

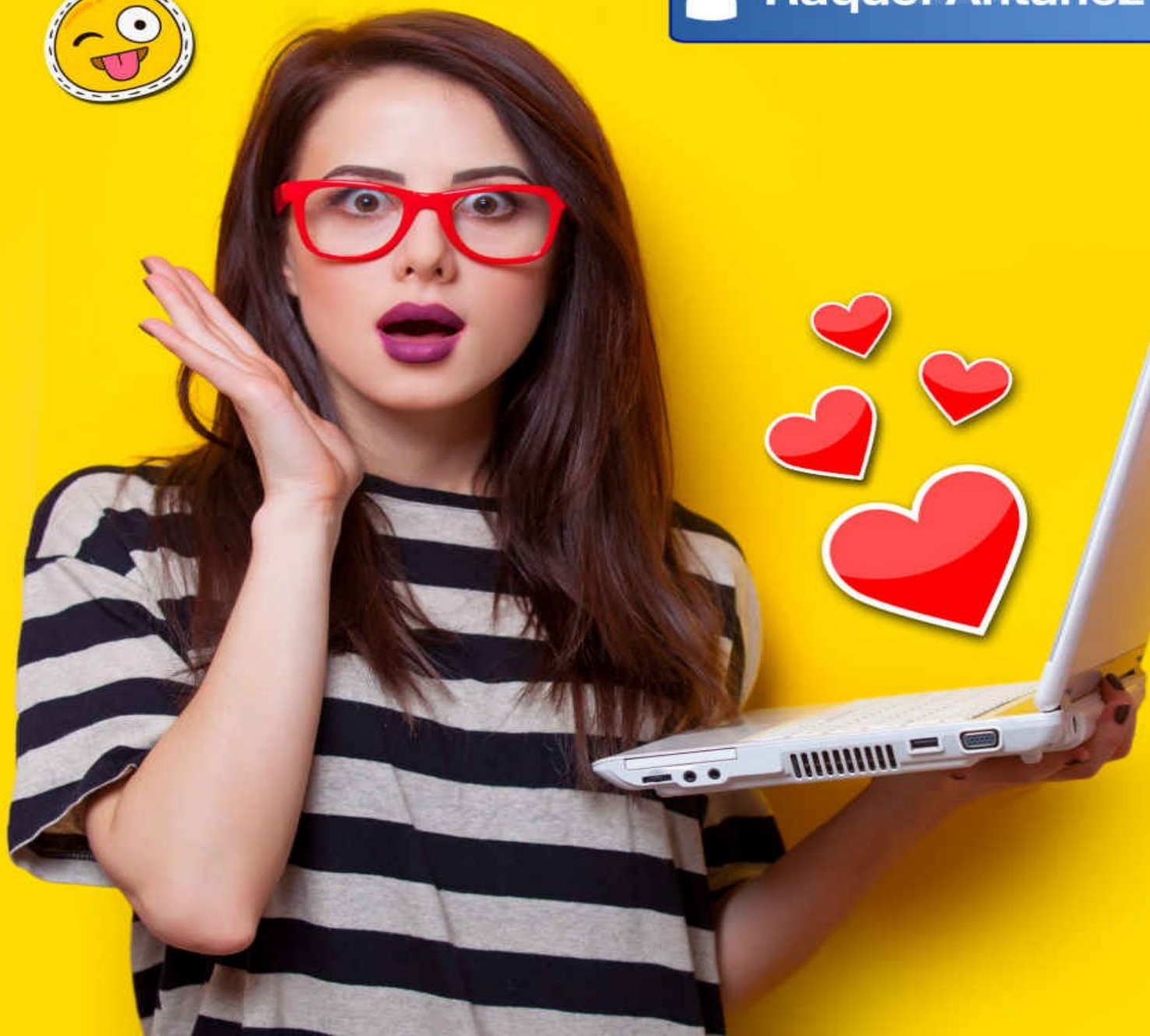
LAS TARÁNTULAS



*venenosas* NO SIEMPRE  
DEVORAN A LOS DIOSES GRIEGOS



 Raquel Antúnez



# **Las tarántulas venenosas no siempre devoran a los Dioses griegos**

**Raquel Antúnez**

Título: Las tarántulas venenosas no siempre devoran a los dioses griegos

Autor: Raquel Antúnez Cazorla

Primera edición: noviembre de 2011 ©

Segunda edición: enero de 2013 ©

Tercera edición: marzo de 2017 ©

Cuarta edición: julio de 2018 ©

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*Para Sole, mi amiga, mi hermana*

## **Índice**

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Biografía](#)

## Capítulo 1

Sin poder evitarlo mi vista bajó hasta sus labios mientras él no paraba de hablar y juro que intentaba con todas mis fuerzas escucharlo, pero esos labios carnosos conseguían ponerme la piel de gallina. Podía entrever el piercing de su lengua y me perdía en la conversación.

— Yo siempre he pensado que era mejor comprarme esa furgoneta...

¡Ah, sí! Me estaba hablando de coches. Asentí y bebí un trago de mi margarita, echando un vistazo alrededor a ver si alguien se había percatado de que mis mejillas cobraban cierto tono sonrosado. No sabía exactamente por qué, ¿se debía a que había tomado ya más de media copa?

Miré mi cóctel pensando en la posibilidad de que el camarero hubiera puesto algo en él que me estuviera dando ese calor soporífero. Le eché una mirada furtiva, ya que en ese justo momento pasaba por mi lado y cogía el cenicero de nuestra mesa para cambiarlo por uno limpio. «¡Estúpido engreído! ¿Qué se habrá creído este camarero entrometido, que aquí mismo voy a caer en los brazos de Héctor? ¡Ah! Héctor sigue hablando, será mejor que lo escuche», pensé.

— ... Por supuesto siempre quise una T1, quizás de la época de los sesenta, puesto que para entonces ya se fabricaban con grandes mejoras mecánicas. Para mí es un sueño. Sería incluso mejor si fuera en color rojo, admito que era con lo que fantaseaba de pequeño...

Otra vez ese maldito piercing plateado de la lengua se había dejado entrever y sentí un fuerte pellizco en el estómago que me hizo dar un buen respingo. Afortunadamente él no se dio cuenta. Sonreí y volví a asentir. «¿Qué diablos será una T1?». No tenía ni idea de lo que me estaba hablando, pero quizás inducida por la terrible droga que aquel estúpido camarero había echado en mi margarita, me resultaba incluso seductor y a mi parecer estábamos manteniendo la conversación más interesante del mundo.

Me avergoncé por un segundo pensando que apenas llevábamos una media hora en aquella extraña cita y no entendía cómo Héctor podía provocarme tanto calor. «Debí pedirme una Coca-Cola», rumié, echándole la culpa al alcohol de mi repentino sofoco.

Bajé un poco la vista porque no soportaba mirar un instante más sus labios y me encontré con esas manos: robustas y en su tamaño perfecto. Dejé volar un instante mi imaginación y pensé en lo que aquellas manos podrían hacer. Por alguna absurda razón lo que me vino a la mente fue la imagen de una jovencita de veinte años derritiéndose en ellas y unos celos incomprensibles se apoderaron de mí.

— ¿Quieres algo más? —Silencio—. ¿Gea? —Más silencio—. ¡Tierra llamando a Gea! ¿Que si quieres algo más?

Por fin volví al planeta donde se había quedado mi cuerpo inerte y oí mi nombre salir de su boca. Claro que yo deseaba oír mi nombre de sus labios, pero quizás con un tono más dulce, ahora parecía molesto. Miré mi copa, comprobando que aún quedaba casi la mitad y negué con la cabeza mientras me sonrojaba aún más.

Héctor rio. Pude ver dientes blancos como perlas colocados perfectamente uno al lado del otro, con la intención de robar el aliento a mujeres como yo.

—¿Te ha subido ya? Igual las siete de la tarde no es la hora más acertada para tomar alcohol —bromeó con una sonrisa haciendo referencia a la copa que tenía entre las manos y negué con la cabeza.

—Perdona, se me fue el santo al cielo. ¿Y cómo terminaste comprándote esa Toyota Hiace? —una gota de sudor asomaba en mi frente, cruzando los dedos debajo de la mesa para no haberme equivocado de marca—. ¿De qué año me dijiste que era? ¿Del ochenta y uno? —¡Tanto a mi favor! Héctor pareció relajar su expresión, menos mal que había escuchado alguna palabra de su conversación. Esto me daría quizás otra media hora para poder explorarle de arriba a abajo.

—Sí, del ochenta y uno. Pues me la ofrecieron por una porquería, creo que no llegó a mil euros. La vi y pensé...

«Será mejor que suba la mirada y deje de pensar en arpías de veinte años revolcándose con Héctor, como lo había hecho yo ¿hace cuánto? ¿Mil años?», pensé mirando de nuevo sus labios. «¡No, aquí no, por Dios!» y seguí subiendo hasta toparme con sus ojos.

Desde un primer momento no había sabido distinguir bien el color de sus ojos. Podría decir que eran algo verdosos con un toque de miel, adornado por aquellas inmensas pestañas que merecían la envidia de más de una mujer. Claro que a mis tiernos dieciocho años, cuando lo había conocido, tenía las hormonas demasiado revolucionadas como para pararme a pensar de qué color tendría



los ojos aquel dios griego, (sí, ya sé que Héctor era un príncipe de alguna época de Troya, por lo que podía recordar, cuya vida fue arrebatada por Aquiles, pero a mí bien me parecía más como Eros. Sin duda alguna sus padres se habían equivocado al elegir su nombre). ¿Cómo te iba diciendo? ¡Ah, sí! ...que me hacía el amor desesperadamente en la furgoneta de su amigo. «¿¡Furgoneta!? ¡Oh Dios!».

Las alarmas saltaron y se me erizó toda la piel, era precisamente de lo que me estaba hablando ahora. Podría jurar que había oído la palabra «furgoneta» al menos unas doce veces en la última hora que llevábamos hablando en aquel bar. Quizás me hubiera recordado aquella tremenda época de sexo desenfrenado y desamor, los tres meses más sofocantes de mi vida y yo no estaba escuchando ni una palabra de lo que decía.

Me sonrojé por mi comportamiento de quinceañera hormonada, sin parar de asentir. Gracias a Dios que me había pedido ese margarita de fresa, así tendría una excusa perfecta para tener ese color de gambón recién pescado.

Héctor sonrió nuevamente, quizás pensó que había logrado captar mi interés en la conversación.

—Quise pintarla, pero no sé... tampoco está tan mal ahora. ¿No crees?

Pues sí, me lo estaba preguntando a mí, como si a mí me importara y ya sé lo que estás pensando y la respuesta es sí, había visto su furgoneta hacía tan solo un rato, pero no pienses mal, porque ni siquiera me subí. Cuando apenas había llegado me soltó: «Tengo que volver al coche a por el teléfono móvil, me lo he dejado atrás» y te juro que por un momento pensé que iba a salir corriendo

y me iba a dejar allí tirada, en plan: «¡Qué horror de mujer! ¿Qué hago yo aquí?». Pero no, me pidió que lo acompañase y volvimos juntos hasta la cafetería, lo que le dio tema de conversación para hablar un buen rato.

—Yo creo que está perfecta como está —respondí.

Menos mal que había escuchado su pregunta, no quería que hiciera un nuevo llamamiento a la Luna que era donde me encontraba en ese momento. Asintió satisfecho, sonriendo y continuó añadiendo algo acerca de que había tenido que reparar no sé qué cosa con fibra de vidrio. Dios, ¿por qué sería tan ignorante con respecto a ese tema? Me gustaría poder intervenir y decirle: «Pero ¿quééééé?, no sería mejor haberla arreglado con un poco de...». ¿Qué narices se utilizaba en estos casos?, ni idea... recuerdo que una vez se estropeó una tubería en casa y mi padre me envió a la ferretería a comprar Poxilina. ¿Serviría la Poxilina para algo en un coche? Tuve que soltar una gran sonrisa por mi ignorancia tan tremenda. Héctor sonrió satisfecho por haber atraído tanto mi atención.

En ese preciso instante decidí que otro cóctel no me vendría mal, al fin y al cabo, el alcohol había conseguido que escuchara de una vez por todas lo que el pobre muchacho me estaba contando con tanto interés.

Pasó a mi lado aquel camarero que nos había atendido nada más llegar, al que no pensaba volver a pedirle, aquella droga imaginaria me daba demasiado calor. Vi a una camarera al fondo del pasillo, venía hacia nosotros, en apenas dos minutos estaría a mi lado. Era pequeña, muy morena, quizás por la estación del año en que nos encontrábamos, y diría que tenía exuberantes curvas, si me

hubiera importado algo. Pero solo quería otro margarita delante para saber dónde narices poner las manos.

Miré a Héctor, la verdad es que le agradecía que hubiera roto el hielo de aquella forma, aunque no me estaba enterando un pimiento de nada. Cuando le vi aparecer me sentí morir de vergüenza. Hacía muchísimo tiempo que no sabía nada de él y ahí estaba de nuevo, nos habíamos vuelto a encontrar.

## Capítulo 2

Llevaba un tiempo enganchada a las redes sociales a través de Internet, era un pequeño vicio que había adquirido hacía tan solo un año, cuando aún salía con el *cuernífero*\* de Marcos (\**cuernífero*: pequeño capullo, hijo de perra, que se había tirado a todo bicho viviente mientras salía conmigo. De lo cual parecía estar enterado todo el mundo sobre la faz de la Tierra menos yo).

Nunca le había prestado mayor atención a ese tipo de páginas que a mí me sonaban a chino mandarín, hasta que Marcos me animó a abrirme una cuenta y me enseñó a crear mi propio perfil de Facebook. No tenía la menor idea de que podría encontrar con tanta facilidad a personas que habían pasado por mi vida. En pocos días tenía añadidos un montón de amigos: compañeros del colegio, instituto o universidad, otros trabajos, o simplemente amigos y conocidos de los que hacía siglos que no sabía nada, incluido en aquella enorme lista a Héctor.

Cuando vi su foto no supe que era él, creo que me estuvo saliendo en sugerencias como dos meses antes de que pudiera darme cuenta. Esto ocurría porque yo tenía un amigo, Sergio, que era sobrino de su ex novia, Helena, una antigua amiga del instituto, si es que se le puede llamar amiga a una arpía como ella, que no había dudado en robarme a mi novio, bueno, no sé si éramos exactamente eso, nunca hablamos de exclusividad, ni futuro, pero al menos yo lo di por sentado.

¿Qué te puedo contar de Helena? Pues que pasó delante de Héctor con sus espectaculares pechos y sus interminables curvas. No era la más inteligente de la clase, pero era una chica mucho más

alta y más delgada que yo, aunque yo tenía unos ojos verdes que no tenían comparación en el mundo, que para ser sincera esto no me ayudó mucho a retener a Héctor a mi lado, claro está, donde estén dos tetas enormes como melones y una larga melena rubia que agitar mientras contoneaba las caderas al caminar... en efecto, no podía luchar contra ella, era imposible: con mi uno cincuenta y ocho de estatura y mis chichas sobresaliendo de aquella talla cuarenta y dos. Mis piernas eran más bonitas y estilizadas que las de Helena, más curtidas por aquellas clases de natación que había tomado hacía un par de años y que después de mucho tiempo habían logrado mantener una forma perfecta. Ella lograba contrarrestarlo bien con aquellos vaqueros ajustados que empezaban justo debajo del pendiente que llevaba en el ombligo y que indudablemente alzaba sus nalgas, ya nadie miraría más abajo, aunque yo me pusiera la minifalda más corta del mundo. Mi lisa melena castaña, no podía luchar con su rubio natural y mi piel tirando a blanquecina, nada tenía que hacer con ese moreno que siempre lograba conservar Helena. En fin... Héctor se quedó obnubilado por ella y me dejó tirada a los tres meses de estar juntos y sí, lo has notado perfectamente, esto afectó bastante a mi amor propio y la seguridad en mí misma.

Cuando yo lo había conocido parecía una persona completamente diferente al que era en la actualidad. Con veinte años llevaba una melena casi del largo de la mía de entonces, que le caía lisa, con gracia, hasta mucho más abajo de los hombros. Cuidada, sedosa y que sin duda alguna aniñaban su expresión haciéndole parecer casi angelical, unido a aquella piel tan suave (juraría que su barba no era más que pelusa, aunque se la afeitara

justo antes de cada una de nuestras citas) y acompañado de aquel moreno cuerpo que nada tenía que envidiar a los que se pasaban horas en el gimnasio.

Me costó reconocerlo porque ahora llevaba el pelo muy corto, incluso más oscuro, que resaltaba unos rasgos que con el tiempo se habían vuelto más varoniles. Sus ojos parecían más grandes y podría decir que su barba se había endurecido, por aquella pequeña sombra que lograba entrever. Sin toda aquella melena sobre la cara, no podía evitar centrar la atención en aquellos apetitosos labios. Estaba más delgado que la última vez que lo vi y menos moreno, pero no descuidado. Podía percibir un pecho bien marcado y un abdomen fuerte debajo de aquella camiseta.

Su foto de perfil quitaba el aliento. Encima de una súper moto, una Ducati Monster que se había comprado su hermana hacía unos meses, según me explicó durante la primera media hora de nuestra conversación. Llevaba unas enormes gafas de sol (causa por la cual me costó aún más reconocerlo), una ceñida camiseta negra y unos vaqueros tan ajustados, que estaba segura de que si estornudaba se le rajarían de arriba a abajo.

Las primeras veces que me salía en sugerencias pensé «¿Quién será este chulo?» y pinchaba en la opción de ignorar sugerencia. Hasta que un día, después de haberlo visto por millonésima vez en aquel recuadro de amigos potenciales, decidí entrar en su perfil para ver quién era ese tipo que se creía el ombligo del mundo.

Al comprobar su lista de contactos, vi a Sergio y de pronto supe quién era. No había caído en su nombre, claro ¿cuántos Héctor podía haber en aquella red social? ¿Dos millones? Cuando

lo había conocido si él me había dicho su apellido, no lo recordaba diez años después. Héctor Suárez. Claro que aunque en algún resquicio de mi mente se hubiera guardado esta información, jamás hubiera pensado que era él.

Durante unos segundos pasé el ratón por encima del botón de agregar a mis amigos y sentí casi instantáneamente una descarga eléctrica. «¡Pero qué estúpida soy!», pensé. «Seguro que ni se acuerda de mí».

En lugar de agregarlo, le escribí un mensaje:

 Gea Almeida

«¡Hola! ¿Qué tal todo? Bueno, te veo muy bien, me alegra saber de ti. Un abrazo».

«¿Me alegra saber de ti?», repetí interiormente sintiéndome una auténtica necia. Seguro que ni siquiera recordaba quién era yo, y desde luego no había sabido nada de él al menos en los últimos ocho o nueve años. Sacudí la cabeza, cerré aquella página de Internet y me fui a cenar o a intentarlo, ya que mi nevera llevaba días vacía y no había pasado por el supermercado.

Odiaba ir a hacer la compra, eso siempre lo hacía Marcos antes de irse a vivir con aquella tipeja cómo-se-llame que se había camelado a mi prometido. Sonaba fatal, a película antigua, pero al fin y al cabo era así. Habíamos decidido que íbamos a casarnos, claro que aún no había fecha, ni se lo habíamos comunicado a nadie, pero sí que lo habíamos decidido. Fue en nuestras últimas vacaciones, al quinto o sexto ron con Coca-Cola él me lo pidió y yo le dije que sí, que no hubiéramos vuelto a hablar del tema no significaba que lo hubiésemos descartado.

En fin, no sé si puedes entender lo estúpida que me sentí. Él parecía incluso más guapo que antes y ¿yo? Quizás había aumentado una talla desde la última vez que nos vimos. Había tenido que tapar mis hermosos ojos verdes con unas gafas por culpa de la miopía, debida a una media de diez horas al día pegada al ordenador —esto era un poco exagerado, para sumarlo a mi completa autocompasión, ya que la mayoría de las veces usaba lentillas, y las gafas tampoco me quedaban nada mal, me hacían parecer más intelectual e interesante—. Quizás me había salido alguna arruga, bueno, no sabía si eran imaginaciones mías. Yo veía una pequeña sombra de lo que hubiera sido un ceño fruncido, aunque todas mis amigas me decían que era una completa estúpida cada vez que lo mencionaba. ¿Se podían acaso tener arrugas con veintiocho años? No lo sabía pero en aquel momento me pareció adecuado para sumarlo a la lista.

Rebusqué en el congelador hasta dar con una tarrina gigante de helado sabor tres chocolates, reservado para exclusivas emergencias\* solo para casos extremos, ya que no iba a pegarme el día contando las calorías que comía para luego atiborrarme a quinientas o mil calorías de una sentada, que echarían por la borda semanas enteras de ensalada de apio, lechuga y tomate con algo de proteínas para acompañar, más un poco de hidratos de carbono una vez a la semana, todo ello seguido de una succulenta manzana de postre. (Emergencias\* como ésta en la que me sentía una perfecta idiota por haber hecho caso a aquella ignorante sugerencia de amistad. ¿Acaso no sabía aquella página web que ese muchacho había destrozado mi corazoncito recién salido del Instituto? La Universidad fue un desastre después de aquello).



Intentando recuperar la cordura y el ánimo, me dirigí hasta la estantería de películas apostada en el salón, directa a la sección: películas de emergencia, la cual suponía una selección de películas ñoñas y sensibleras, empalagosas y surrealistas que me encantaban. Así que dispuesta a atacar mi cuerpo con aquella tarrina de helado y cogiendo antes un paquete de pañuelos de papel, no fuera a ser que la película elegida me hiciera soltar alguna lagrimilla y tuviera que mover el culo del sofá para poder sonar mis mocos, me dispuse a pasar otra patética tarde de miércoles sin Alicia (que se había mudado unos meses a mi casa, hasta que se me pasara la “gran depre” por el *cuernífero* en cuestión) que había salido con su nuevo ligue, Samuel.

Al cine, como te cuento, menuda excusa barata esa. Estaba segura de que se habían ido al primer picadero que se hubieran encontrado a desahogar esa típica llama de las primeras semanas de encuentro.

Ocho días más tarde, cuando ya me había olvidado de Héctor, y de la sofocante decepción al encender el ordenador al día siguiente y no tener ninguna respuesta, y en mi bandeja de entrada aparecía un mensaje que me produjo una descarga eléctrica en todo el cuerpo: «Tiene un mensaje de Héctor Suárez».

Pestañeé varias veces tratando de asimilar que me había respondido y decidiendo si quería leer lo que tenía que decirme o no. Así que como tenía otros diez correos electrónicos nuevos, me paré a analizarlos todos y cada uno de ellos de forma concienzuda. Sí, hasta los de *spam* publicitario los leí, cuando ya no me quedaba nada en lo que entretener mi atención delante de la pantalla, pinché sobre el correo que me llevaría al mensaje de Héctor en Facebook:

🗨 Héctor Suárez:

«Hola preciosa.

Pues las apariencias a veces engañan, je je. ¿Y tú qué tal?

Se te ve muy bien, me alegra saber de ti.

Besos para ti y saludos para Marcos».

Reparé en varias cosas:

Primero, que acababa de enviarme el mensaje apenas hacía unos minutos antes de sentarme delante del ordenador, así que me sentí un pelín estúpida y avergonzada como si él me hubiera podido ver haciendo el tonto evitando leer su mensaje.

Segundo, que prácticamente había hecho un copia y pega del mensaje que yo le había escrito, vamos, que mucho no se había esforzado y eso por alguna causa que no era capaz de identificar me repateaba.

Tercero, me había quedado con la vista fija en el nombre de Marcos, ¿cómo demonios sabía Héctor lo de mi relación (ex relación en realidad)? Me estrujé el cerebro calculando. Marcos y yo salimos juntos alrededor de seis años y yo llevaba casi nueve sin saber de Héctor, por lo que no me cuadraban las cuentas.

Se me encendió la bombillita al acordarme del amigo que teníamos en común en Facebook: Sergio... «¡Maldito Sergio!», sobrino de la roba-novios de Helena tenía que ser.

Al mismo tiempo que rumiaba en todo aquello, advertí que en mi perfil todavía tenía una carpeta con fotos titulada: «Marcos y yo. Vacaciones de Semana Santa», donde había una larga tirada de fotos besándonos y sonriéndonos en las diversas instalaciones de aquel precioso hotel que habíamos decidido visitar hacía como dos

años antes de que se rompiera nuestra relación y que había colgado en el perfil de aquella red social porque en ellas me veía guapa, morena y más feliz que nunca. Claro que una vez que Marcos decidió irse con otra, no se me había ocurrido eliminar aquella sarta de estúpidas y acarameladas fotos que me daban ganas de vomitar.

Así que Héctor jugaba con ventaja, yo no había inspeccionado bien su perfil de Facebook y él ya había visto las fotos que yo tenía colgadas en el mío.

Así que me dispuse como era lógico a investigar cada recóndito lugar de su perfil: Información, fotos, estados, imágenes compartidas... me sentía hasta estúpida por no haberlo hecho antes. Antes de hacerlo fui a la cocina a inspeccionar la nevera, acababa de cenar y aún no había sucumbido al apetitoso postre que me esperaba, un yogur desnatado: bien de fresas, o si me portaba bien, cremoso de fresas y plátano. Me decidí por este último, la ocasión lo merecía.

Casi me atraganto cuando entré en su perfil y vi una escueta carpeta que apenas tenía unas diez fotos donde se veían algunas imágenes familiares y tan solo una me dejó estupefacta, que ponía «Mis chicas» y estaba él junto a una muchacha que podría tener unos veintitrés años y una pequeña mocosa de poco más de un año. Él le pasaba el brazo por encima a aquella niñata de ojos oscuros y pelo castaño, con unos labios tan carnosos como los suyos. La pequeña tenía los rasgos de él, quizá también el color de ojos era igual. ¡Era padre! Miré hacia abajo y me vi con aquel ridículo pijama infantil con pequeños dibujos de Disney y pensé: «Bueno, por lo menos uno de los dos ha madurado». ¿Qué le iba a decir ahora? «Saludos a tu estupenda familia perfecta, yo dentro de

poco me casaré con Marcos y tendré diez hijos», pensé contestarle. En su lugar escribí:

🗨️ Gea Almeida:

«Pues muy bien, con la cabeza sentada de una vez, como todos, que los años pesan...

Veo que tú tienes una peque. ¡Felicidades!

Un abrazo muy fuerte».

A ver, no pensaba decirle lo de los diez hijos, pero no me vendría mal que pensara que por lo menos tenía una vida adulta. Tuve que luchar mucho conmigo misma por darle las felicidades por su hija, cuando realmente quería escribirle: «Capullo sigue-Helenas, que te pudras con tu pequeña familia perfecta». Pues sí, un poco de resquemor quedaba aunque hubieran pasado tantos años.

Tuve que contenerme mucho para no ir a agotar las provisiones de helado sabor tres chocolates que me había sobrado la semana anterior (después de haberme comido más de media tarrina, tuve que estar cinco días sustituyendo el pan integral con pavo por unas repulsivas latas de piña en su jugo, y así compensar el exceso. La vida de la mujer a eterna dieta es así). En su lugar me permití el capricho de coger una galleta Digestive con chocolate que saciaría la ansiedad del momento.

Al fin y al cabo, apenas lo conocía. ¿Qué más me daba a mí que tuviera una hija?, por mí como si tenía cinco. Yo estaba súper a gusto con mi pijama de *Alicia en el País de las Maravillas* y mi culo enorme sentado delante de mi tele extra-plana, donde no tenía que discutir con nadie por ver el canal que yo quisiera y podía dejarla apagada durante todo el día, sin que nadie se quejara por ello.

Cinco minutos después tuve la respuesta. No es que me hubiera dirigido al ordenador para mirar, simplemente tenía que buscar los ingredientes que necesitaba para la crema de verduras que tenía que almorzar al día siguiente y la receta la tenía en el disco duro. Ya que estaba ahí, no me haría ningún mal revisar el correo, por si había entrado alguno de última hora.

🗨 Héctor Suárez:

«Sí, bueno, no soy el padre. En realidad es mi sobrina Daiara y mi hermana pequeña Graz, si te refieres a la foto que tengo colgada en mi álbum de Facebook. Graz tuvo a la niña hace dieciocho meses.

Besos».

Por alguna razón estúpida respiré aliviada y me arrepentí en el acto por aquella galleta de chocolate que acababa de devorar.

### Capítulo 3

Héctor conseguía que me mantuviera a la expectativa de sus mensajes, en una lucha interior en la que no tenía claro si quería volver a saber de él o no. Al fin y al cabo habían pasado un montón de años y yo había rehecho mi vida sin él. El amor nunca fue lo mío, todas las relaciones que había tenido habían sido bastante desastrosas, pero debía admitir que él marcó un antes y un después. Me dolió mucho todo lo que ocurrió con Helena y después de eso me volví una persona bastante celosa, lo que no evitó que años después volvieran a engañarme como lo hizo Marcos. También me volví más selectiva con mis amistades y podía contar con los dedos de una mano quiénes eran mis amigos de verdad.

La cuestión radicaba en que Héctor en sí, su nombre, su recuerdo, sus palabras provocaban un pequeño pellizco en mi estómago (y en mi entrepierna, sí, cierto, no te voy a mentir), que siempre estuvo presente cuando estaba cerca. El sexo con él fue titánico y no habíamos estado juntos demasiado tiempo, pero me hacía reír, mucho y me hacía sentir importante, pero todo eso solo eran recuerdos.

Supongo que aunque intentaba evitar esa atracción, intentando mantener un poco mi amor propio y mi dignidad, una parte de mí me decía que precisamente porque habían pasado tantos años debía dejar lo ocurrido en el pasado, pues entonces no éramos más que dos críos que se liaban en cualquier rincón escondido en el que nadie nos viera dentro de la furgoneta.

Fue ese el motivo por el cual yo seguí contestando sus mensajes, ignoraba el motivo por el cual lo hacía él, pero no podía

evitar estar a la defensiva con él y al final mostraba indiferencia en cada palabra que le tecleaba, es decir, lo mandaba al cuerno pero de forma refinada como método de defensa.

Poco a poco nos fuimos contando lo que había ocurrido en nuestras vidas después de tantos años sin vernos, hablamos de familia, trabajo e inevitablemente hablamos también de relaciones pasadas, como Marcos y Helena.

Pensaba mucho en Héctor, demasiado para mi gusto y Alicia, que me conocía a la perfección, sabía que algo pasaba y no paraba de preguntarme, pero todavía no estaba preparada para contarle que era tan estúpida que me estaba colgando de nuevo por alguien que me destrozó.

Una de las veces que respondí a uno de sus mensajes a través de Facebook pensé que era estúpido que estuviésemos hablando tanto y ni siquiera nos hubiéramos agregado como amigos, así que le envié una solicitud de amistad que él aceptó unos minutos más tarde, como si estuviera al otro lado esperando por mí.

Lógicamente, a esas alturas ya que le había contado a Héctor que Marcos y yo ya no estábamos juntos. Una parte de mí pensaba que tras aquello él se mofaría de mí en plan: «La pobre, sigue sola y desesperada después de tantos años», no dejaba de martirizarme la idea de que sin duda eso sería lo que pasaba por su cabeza, pero otra parte de mí... otra parte tenía la esperanza de que no, que simplemente fuera un dato por el cual él supiera que estaba soltera de nuevo.

Según pasaron los días los mensajes se fueron volviendo más cordiales, menos tensos, más como habíamos sido nosotros en otra época.

 Héctor Suárez:

«Hola preciosa, disculpa pero no paro. Si tengo un ratito te llamo este fin de semana.

¿Qué te parece si quedamos para tomarnos un café y hablamos un rato?».

Pues sí, no sé por qué motivo un día se me ocurrió darle mi número de teléfono. Sin embargo, seguíamos hablando a través de la red social. Supongo que has acertado que entré en pánico, y juraría que a él le ocurrió tal como a mí, pues los mensajes que se sucedieron fueron:

 Gea Almeida:

«Pues no, este fin de semana no voy a poder, otro quizás».

 Héctor Suárez:

«Hola preciosa. Pues no sé, avísame tú».

Me dio su número de teléfono también, que guardé en la agenda de mi móvil, solo por si acaso, porque no tenía pensado llamarlo.

Los días pasaban, debía admitir que cada vez me apetecía más verlo, pero mi orgullo no me permitía admitirlo, así que seguimos haciendo el tonto un poco más:

 Gea Almeida:

«No sé, cuando tú quieras, yo dentro de poco tendré vacaciones».

 Héctor Suárez:



«Hola preciosa. Ah, pues ya te digo algo porque voy a estar un poco liado».

🗨️ Gea Almeida:

«Pues lo cierto es que yo también estaré liada estos días».

Por supuesto que estaría liada, con veinte películas ñoñas y sensibleras que me esperaban y quizás saliera de fiesta con Alicia, pues tenía un top nuevo hacía semanas que no había estrenado.

Unos diez mensajes más tarde...

🗨️ Héctor Suárez:

«Hola preciosa. Perdona que no te haya escrito antes, ya sabes, estoy súper liado.

Mañana te llamo y me acerco a dónde tú quieras por la tarde y nos tomamos ese café pendiente».

Por mi estúpida manía de tomar siempre el postre frente al ordenador estuve a punto de atragantarme de nuevo. Primero pensé cerrar el correo y apagar el móvil hasta que hubiese pasado una semana. Le diría que había estado enferma, o mejor, que me lo estaba pasando tan bien que no había tenido tiempo de mirar el correo. Por supuesto, tampoco para recargar el móvil, cuya batería había muerto hacía días y que me había despistado por completo.

Una vez decidido esto, desconozco por qué razón, al día siguiente mientras preparaba el almuerzo sobre la una del mediodía (por fin estaba de vacaciones y podía almorzar a una hora decente), mis manos fueron solas hasta mi teléfono móvil y escribí un WhatsApp que ponía:

«Acabo de ver tu e-mail. Por mí vale, ¿A las cinco? ¿En la cafetería del Centro Comercial situado junto al muelle?».

Sin querer pensarlo más le di a enviar.

HÉCTOR 

«Lo que tú digas, preciosa. Por mí bien».

¿Lo que yo diga? ¿No era él acaso el que había dicho que quería quedar hoy?

GEA 

«Ok, allí nos vemos».

Me senté frente a mi plato de verduras rehogadas con trozos de pollo que se me hizo más enorme que nunca. Se me había apretado un fuerte nudo en la boca del estómago que no dejaba que pasara alimento alguno. La idea de ver a Héctor me ponía de los nervios, me venían mil dudas a la cabeza y tenía miedo también. Pasé el resto de la tarde intentando deshacer el horrible nudo bebiendo un montón de agua, que lejos de desaparecer me comprimía aún más.

Después de una intensa sesión de depilación, ducha y manicura, estuve algo más de media hora planchando una melena que solía estar lista en unos diez minutos. Ahora llevaba el pelo corto, apenas un poco más abajo de la nuca, con algunos mechones algo más largos en la parte delantera que perfilaban mi cara y la hacían parecer algo menos redonda. La cuestión vestimenta tampoco fue sencilla, tras largo rato de indecisión elegí un top negro ajustado a rayas blancas, sin escote (no fuera a pensar que quería

algo más que un café), me encantaba porque disimulaba bastante las chichas que sobresalían del pantalón. Me decanté por mis vaqueros favoritos, a los cuáles di un repaso con la plancha (cosa que nunca solía hacer, por lo que tardé más de lo que podría ser habitual). Finalmente, con el conjunto listo fui hasta el cajón de la ropa interior y opté por ponerme unas bragas bonitas, no porque pensara que podía tener algo de sexo desenfrenado con aquel chico que hacía siglos que no veía, si no porque siempre se debe llevar ropa interior decente, a ver si resulta que me desmayaba o tenía un accidente y veía las terribles bragas de la abuela con dibujos de ranitas, o peor, la de los gatitos.

Salí de casa alrededor de cuarenta y cinco minutos antes, lo que supuso que llegara demasiado pronto a nuestro lugar de encuentro y que además tuviera que esperarlo otros veinte minutos más, ya que me envió un mensaje diciendo que se iba a retrasar un poco.

No sabía qué postura tomar frente a la cafetería. Metía el estómago, enderezaba la espalda, me apoyaba de forma casual en la pared... a los pocos segundos me cansaba y cambiaba la postura. Parecer sexy y despreocupado era terriblemente agotador.

Cuando al fin llegó Héctor me dolía la espalda de tanto forzarla para parecer más esbelta, alta y delgada de lo que realmente era (a lo que me ayudaba un tremendo taconazo para ocasiones especiales, con el que esperaba no me hiciera caminar mucho, para no tropezar y caerme como ya me había pasado una vez en una cita que tuve solo un día con Víctor, un cuarentón con el que había quedado hacía unos meses, y que me había parecido terriblemente irresistible, guapo, moreno, musculado... y aburrido).

En el momento en el cual lo vi aparecer, intenté forzar la sonrisa más dulce que podía esbozar, aunque por dentro estaba deseando que la Tierra me tragase. La primera media hora me sentí morir de vergüenza y me pregunté mil veces qué hacía tomando un café con un completo desconocido, pues apenas habíamos estado juntos tres meses y luego quizás lo había visto un par de veces con la tarántula arpía. De eso hacía ya casi nueve años. Así que decidí apurar la taza y pasarme a los margaritas para amenizar un poco la tarde, cosa que me había planteado muy mucho, puesto que si bebía no podría conducir de vuelta a casa y tendría que pagar un taxi que me costaría un riñón.

Ignoraba cómo podía haber pasado de ese estado de desesperación, autocompasión y vergüenza a la completa admiración y embriaguez que sentía en aquellos momentos, apenas dos horas más tarde. Seguro que la causa era aquella maldita droga que había echado el camarero en mi bebida.

## Capítulo 4

La tarde iba transcurriendo y la conversación se alargaba, hasta que Héctor comenzó a mirar demasiado el móvil y teclear de vez en cuando, así que, dispuesta a que no se aburriera y se largara, cambié de tema. Le pregunté por Helena (te juro que no soy masoquista, pero no se me ocurría un tema mejor que enlazar exparejas, para hablar de nosotros, de lo que había ocurrido y de las intenciones que guardaba tras ese encuentro).

Me sorprendió que me contase que a pesar de una ruptura bastante complicada con Helena, con la que estuvo saliendo durante siete años, seguían viéndose de vez en cuando para tomarse un café. Se dedicaban a contarse lo espléndidas que eran sus vidas desde que lo habían dejado, y entre esplendor y esplendor, había algún que otro coqueteo. Según Héctor nunca había vuelto a ocurrir nada después de haberla dejado hacía ya dos años. Cosa que a mí me daba exactamente igual. ¿Tenía que importarme algo con quién se acostaba aquel completo desconocido? Aquel giro en la conversación me hizo sentir incómoda, y esta vez era yo la que miraba la hora cada pocos minutos. Sentí que se desvanecía algo la magia al recordar a Helena, aquella tarántula venenosa todavía me revolvió las tripas.

Tras esquivar el tema, que sin duda había elegido mal, llegamos a una conversación algo más agradable y con ella el momento de marcharse. No me dejó pagar mi parte de la cuenta, así que le hice prometer que a la siguiente le invitaría yo. Uf, eso significaba que habría una siguiente.

Caminamos juntos hasta la entrada del *parking*. Por supuesto yo no pensaba conducir, pero tampoco él me había preguntado qué iba a hacer, así que me dediqué a seguirlo y me despedí con la excusa de que mi coche estaba más lejos y tenía que ir por la siguiente entrada. Lo cierto era que esperaba que después de un camino donde cada roce se convertía en una descarga eléctrica, me dijera algo más que “*Bueno, ya nos vemos*”. Le di dos besos decepcionada, dispuesta a hundir mi cabeza en el primer tiesto que encontrara por el camino, cual avestruz avergonzado.

Héctor agarró mi mano y tiró de mí en la entrada de las escaleras mecánicas que llevaban al *parking* antes de que pudiera dar un paso más (había gente esperando para bajar, pero él estaba en medio, las personas que nos miraban molestas le daban un toque atractivo al momento).

—Me ha encantado volver a verte. Me lo he pasado muy bien esta tarde —me dijo.

Debo admitir que tuve una lucha interior titánica, entre orgullo, morbo, amor propio, atracción... no sé qué más, yo me imaginaba una batalla campal ahí adentro por lo que sentía en mi estómago. Por ese motivo me costó soltarle la mano, prácticamente tuvo que tirar para que se la devolviera y esa frase bastó para que fuera con una sonrisa en la cara hasta la parada de taxis más cercana, pero los minutos fueron pasando y la magia se desmoronaba poco a poco, la cabeza me daba vueltas: «Ostras, menudo ridículo acabo de hacer. Pensaré que soy estúpida. Seguro que se parte la caja de mí por no soltarle la mano. No pude evitarlo, mierda... no pude. ¡Maldito dios griego!».

Estaba segura de que lo que se le pasaría por la mente en ese momento era algo como: «Que desesperada está, la pobre, me estaba suplicando un beso con la mirada». Me alegré de que no hubiera pasado nada más y que no se me hubiera ocurrido lanzarme a besarlo, porque no era yo mucho de quedarme esperando a que la otra persona diera el primer paso, pero es que Héctor no era una persona cualquiera, era un ex y eso echaba para atrás aunque hubiera pasado casi una década.

A ver, alma de cántaro, si tu entiendes algo y me lo explicas. Porque tal y como estaba, con el cuerpo como se me había quedado y la cabeza girando como una noria, no entiendo por qué demonios mis manos actuaron por su cuenta, sacaron el móvil de mi bolso y teclearon un WhatsApp para Héctor que envié así, sin pensar... hala, viva la Pepa:

GEA 

«Gracias por una tarde tan agradable, me lo he pasado muy bien. La próxima vez podríamos dar un paseo en tu furgoneta».

¿Un paseo en tu furgoneta? ¿Cómo se me había ocurrido escribir eso? Ahora pensaría que estaba deseando revolcarme con él, y por Dios, no deseaba estar con un tío como él, para nada.

HÉCTOR 

«Por supuesto, cuando tú quieras, preciosa. Yo también lo he pasado muy bien».

Sonreí, sonreí mucho y me dije a mí misma que era una paranoica y me lo dije, quiero decir en alto, la gente me miraba

como si estuviera desquiciada:

—Gea, deja de torturarte, este hombre no ha pensado ni por un momento que hayas hecho el ridículo —solté—, lo que no quiere decir que no lo estés haciendo ahora, así que piensa para adentro, bonita.

Solté una carcajada. El buen humor no me duró mucho, apenas unos diez minutos. La inseguridad siempre volvía, una y otra vez, con Héctor siempre me ocurría. Podía sentirme la mujer más segura, guapa, sexy y simpática sobre la faz de la Tierra y dos minutos después hundirme como el Titanic, porque sí, sin motivo aparente. Tenía un motivo, Héctor me había hecho mucho daño, al igual que Marcos y al igual que todos y cada uno de los hombres con los que había estado. Si esto continuaba por donde yo esperaba (y deseaba) me llevaría otro buen batacazo.

Así que, mi sonrisa se fue a pique y con ella mi buen humor, asomó un puchero a mis labios y evité llorar mientras el taxista me miraba con las cejas levantadas. De pronto estaba avergonzada y mareada, eso también, que me había pimplado dos mojitos de fresa bien cargados.

«¿Por qué, Gea? ¡Demonios! ¿Por qué narices te pones a coquetear con el cenutrio este? ¿Por qué tenía tantas malditas ganas de besarlo? ¿Por quééé?», pensé (esta vez sin abrir la boca). Héctor no era más que un estúpido dios griego que había decidido que Helena estaba mucho más buena que yo. Le estaba bien empleado a aquella serpiente venenosa que siete años después él se diera cuenta de que no la quería y la dejase tirada como una colilla. Está bien, me arrepentí un poco de pensarlo y me daba algo de pena Helena, pero en el fondo deseaba que nos hubiera visto



algún conocido en común y fuera corriendo a llamarla y le dijera «¿Recuerdas a esa foca con la que se acostaba Héctor? Pues la vi desesperada por lanzarse a sus brazos mientras se hartaba a margaritas. Él parecía muy a gusto hablando con ella y dispuesto a rendirse a su deseo». Realmente ansiaba que sintiera un mínimo de celos de los que yo sentí cuando decidió que Héctor sería su próxima presa y por todo lo que había pasado, supuse que estaba en mi derecho.

El alcohol no me habían sentado nada bien, claro, aquella estúpida droga sofocante que me había puesto el camarero no había ayudado. Podría jurar que estaban aliados. «Tú échale esa droga, verás cómo se lanza en menos de media hora a mi cuello». Quizás habían apostado incluso. «Te apuesto cien euros a que en menos de una hora está suplicándome que la bese y la lleve a algún picadero».

Pues sí, eso bullía en mi mente, no me juzgues que estaba muy jodida. Por un momento solo di gracias al cielo por no haber sucumbido a aquella estúpida sensación y odié un poco más al camarero, por echarle la culpa a alguien.

Al final fue inevitable, se me saltaron las lágrimas (de vergüenza más que de otra cosa). El taxista se me quedó mirando preocupado, creí oírle «estupendo, otra borracha energúmena». Así que me serené el resto del camino hasta que llegué a casa.

El alcohol me había subido, demasiado y caí en la cuenta que apenas había probado al mediodía al almuerzo. Para cuando llegué al portal de mi casa ya estaba llorando y me sentía tan estúpida cuando vi que Alicia y Samuel estaban dándose el lote en el sofá de mi salón, que me fui directa a mi dormitorio, intentando no hacer

ruido (claro que me tropecé con veinte trastos que había por el camino) y hundí mi cabeza en la almohada.

## Capítulo 5

Aquello era lo más estúpido y ridículo que me había pasado nunca. Lo mejor que podía hacer era olvidarme de lo ocurrido (tanto en la realidad como en mi cerebro, que a veces tenía cuerda como para una película de Hollywood).

Seguía torturándome con la idea de que había hecho el ridículo porque no encontraba otro motivo por el cual Héctor quisiera quedar conmigo tanto tiempo después de nuestra ruptura. Estaba claro que tan solo quería comprobar cómo había crecido mi culo en proporciones desorbitadas y que una horrible arruga surcaba mi frente haciendo que pareciera que siempre tenía el ceño fruncido (de nuevo la auto-compasión). Así que cuando encendí el ordenador al día siguiente, no esperaba encontrarme el siguiente mensaje:

 Héctor Suárez:

«Hola preciosa, sinceramente me alegro mucho de haberte visto de nuevo. Me debes un café, ¿quedamos el martes?».

Me quedé atontada mirando la pantalla, sopesando si quería quedar conmigo porque le debía un café o es que pretendía reírse otro poco de mí. Tampoco entendía el motivo por el cual volvía a escribirme a través de la red social, si tenía mi número de móvil. Lo cierto es que aún quedaban unos días por delante, me lo pensaría mientras tanto.

Como no le contestaba a través de Facebook me escribió al WhatsApp cada día, y luché interiormente por ignorarle dejando pasar horas o no contestándole directamente hasta el día siguiente. «Toma ya... ¿ahora quién es la loca que está desesperada por

verte? Yo, claro, pero eso tú no lo sabes», pensé con una risa malvada mirando mi móvil cuando Héctor me escribía un mensaje tras otro, sabiendo que estaba leyéndole y que lo estaba ignorando.

Por fin estaba de vacaciones, bien merecidas, que llevaba un año bastante duro en el trabajo. No tenía planes de irme a ninguna parte, primero, porque no tenía dinero reunido para viajar y segundo, porque me apetecía más gandulear y no hacer nada, que ninguna otra cosa. El lunes sobre las nueve de la noche, me dio por sentarme a leer una de esas empalagosas novelas románticas que tanto me gustaban. Como siempre me pasaba, me enganché y para cuando levanté la vista del libro, acababa de terminarlo y eran las diez de la mañana ¡del martes! No podía creerlo, había estado toda la noche leyendo. Esa misma tarde había quedado con Héctor, iba a tener una pinta horrible. «¡Que no cunda el pánico! Son las diez, puedo dormir hasta las cuatro y luego echar tres capas de maquillaje en mi cara, no se notarán las ojeras», me dije. Habíamos quedado a las siete, así que luego tendría tiempo para almorzar, y arreglarme antes de salir de casa.

Sobre las dos y media del mediodía mi móvil me despertó. Era un WhatsApp:

HÉCTOR 

«Buenas tardes preciosa. ¿Te apetece quedar antes?  
¿Sobre las cinco? Tengo que irme pronto a rehabilitación, así  
tendremos tiempo para hablar un rato».

Héctor estaba tomando rehabilitación por una lesión que tenía en la espalda, por la que se suponía que estaba de baja, lo cual no le impedía trabajar en negro en aquel taller de camiones.

¿Taller? Estábamos casi a treinta y cinco grados. Recordé que él me había comentado algo de que el taller estaba al aire libre y de pronto me lo imaginé vestido tan solo con un mono de trabajo, cuya parte de arriba la tendría amarrada a la cintura. Sin camiseta, sudando a mares mientras manejaba aquella... no se me ocurría ninguna herramienta para el coche que no fuera el puñetero gato. Bueno, me lo imaginé en el descanso mientras bebía una Coca Cola. Las gotas de sudor caerían por su pecho desnudo, seguro que tenía las manos completamente negras de grasa. Así que cuando yo me acercara con la toalla para secarle el sudor, él no podría tocarme, ni apartarme cuando decidiera robarle algo de Coca Cola directamente de sus labios. De pronto imaginé que me agarraba de las muñecas y me empotraba contra aquel camión mientras me metía la lengua hasta la campanilla.

¡¿Había dicho a las cinco?! Miré el reloj. ¡Eran las tres de la tarde! ¡Mierda! Me había quedado traspuesta. «¿Qué le digo? ¿Qué le digo?». Me levanté de un salto y me miré en el espejo, tenía la pinta más horrible que hubiera visto nunca. Pensé responderle: «Perdona cielo, pero es que me acabo de morir, te importa que lo dejemos para otro día». No podía, le había dicho que hoy quedaría con él. Al fin y al cabo le debía un café. ¿Y si el pobre se había quedado sin dinero para merendar por haberme invitado a los margaritas del otro día? No podía fallarle.

GEA 

«Por supuesto, sin problema. ¿Dónde nos vemos?».

Tres mensajes más tarde y por tanto media hora después, decidimos que nos veríamos en un sitio, a donde yo no tenía ni la

más remota idea de cómo llegar. Pensé en buscar entre los cajones un GPS que me había regalado Marcos, porque era una auténtica desorientada con el coche, pues no me fiaba del Google Maps, que siempre tendía a llevarme por sitios de los más extraños, pero ese aparato no tendría batería, así que perdería más tiempo que otra cosa. Me entretuve en buscar la dirección en el Google y cuando miré la hora casi me da un soponcio. Tenía menos de media hora para arreglar todo aquel desastre de mi cara.

Corrí hasta el cuarto de baño y me di la ducha más rápida de mi vida. Saqué el arsenal de maquillaje, con lo que perdí quince minutos para arreglar aquellas horribles bolsas que tenía debajo de los ojos. Y los siguientes diez minutos los dediqué a adecentar el pelo, que aquella tarde estaba más rebelde que nunca.

¿Por qué no habría pensado en la ropa el día anterior? Estaba rebuscando en el cajón de las camisetas y solo encontraba cosas infantiles con dibujos animados, palabras de honor con lentejuelas que no eran apropiados para un martes a las cinco de la tarde y tops con escotes que quitaban el sentido. Me decidí por ésta última gama, parecía lo más apropiado de todo aquello. Me vestí en menos de cinco minutos y me di cuenta de que ya llegaba tarde. El corazón daba unos golpes tremendos contra mis costillas, y pensé que en cualquier momento iba a salir lanzado. Activé el Google maps y me puse de camino, rezando para que no se me quedara el móvil sin batería.

Héctor me recibió con una sonrisa agradable. Tal como habíamos hablado, dejamos mi coche aparcado en donde me había recogido y fuimos en su furgoneta a la zona norte. El trayecto fue tranquilo y hablamos mucho, estábamos relajados. Héctor sonreía

todo el tiempo, me hacía preguntas. Hablamos de todo un poco. Sin embargo esta vez no sentí esa magia de la cita anterior. No hubo roces, ni miradas furtivas. ¡Ni siquiera a mi tremendo escote! No hubo demasiado pestañeo, ni coqueteo, solo risas y una agradable conversación.

Habíamos decidido dejar mi coche en el sitio que habíamos quedado e ir en su furgoneta a la zona norte a tomarnos algo. Esta vez me decanté por un refresco, no quería perder el control. Estábamos en una terraza demasiado ventosa, y cuando entré al lavabo de la cafetería, pude comprobar mi temor. Todo el trabajo que había empleado en dar a mi pelo un aspecto suave, liso y sedoso se había ido al garete. Tenía el cabello inflado y alborotado por el viento. Lo coloqué como pude y cuando salí pagué la cuenta (así me evitaría el trago de que él se viera tentado a pagar y tuviera que prometerle que la siguiente vez pagaría yo nuevamente).

Habían pasado cinco minutos y estábamos de camino. Miré el reloj, apenas eran las siete y media de la tarde. Pensé que tenía que haberse aburrido como una ostra para estar volviendo a casa ya, pero luego recordé su rehabilitación, lo que nos dio tema de conversación los tres cuartos de hora que tardamos en llegar a mi coche.

Llegué a casa con la sensación de haber ganado otro buen amigo. «¡Genial!, otro gran amigo que sumar a la lista». (Ironía, por si no lo habíais notado). Me encontré con Alicia expectante en el sofá, que en cuanto oyó la puerta había apagado la tele y se quedó mirándome esperando que le contara un relato de auténtica pornografía.

Mi amiga era más lista de lo que pensaba. Sonreí.

—No ha pasado nada, arpía. No me mires así.

—Llevo esperando toda la tarde aquí sentada sin moverme a que llegases, para comprobar que estabas bien y ¿me llamas arpía? —dijo riendo mientras iba a buscar a la nevera algún Lambrusco barato que habíamos pillado en el supermercado. «¡Estupendo!, esto sumaría unas ciento veinte calorías que tendría que descontar de la cena». (De nuevo ironía).

Reímos durante un rato mientras le contaba todo lo relativo a Héctor, desde que nos encontramos en Facebook hasta la cita más corta de mi vida de aquella tarde. Alicia reía y palmeaba como una foca a la expectativa de un pescadito fresco. Qué le gustaba un chisme.

Ambas miramos mi teléfono, que descansaba en la mesa frente a nosotras, cuando nos interrumpió con un *bip bip*.

HÉCTOR 

«Ha sido una tarde estupenda, espero que podamos vernos de nuevo. Siento haber tenido que irme tan pronto. Me alegro de haber descubierto que puedo hablar de todo contigo».

Tecleé rápidamente sin dejar de sonreír y apartando con el codo a Alicia, que colaba la cabeza por encima de mi hombro para cotillear:

GEA 

«Yo también lo he pasado bien, en realidad siento como si fueses una buena amiga...».

Vale, se lo dije por picarle un poco y marcar un tanto a mi favor, lo último que quería que pensara que todo el tiempo había



tenido ganas de lanzarme a su cuello. Pero soy yo, y no suelo pensar cuando actúo, así que tres segundos después cuando él no me había contestado aún, seguí escribiendo:

«...solo que más guapo, más sexy y que me trae algunos recuerdos subidos de temperatura».

«¡Ostras! ¡Ostras! ¡Filtro, por Dios, Gea!», intenté moverme rápido para eliminar este último mensaje antes de que lo leyera, pero era tarde, se marcó en la pantalla los dos tics azules y me di por vencida.

Ignoro el motivo por el que dije tal le confesé tal cosa, aunque realmente lo pensaba. Habíamos estado hablando durante un rato de nuestros primeros encuentros, sin ningún tipo de connotación sexual, solo recordando los jóvenes que éramos, alguna anécdota que pasamos juntos, cosas así... y había tenido que cambiar de tema en cuanto tuve ocasión, puesto que me había puesto tan colorada, que pensé que iba a estallarme la cabeza en cualquier momento por exceso de grados derritiendo el cerebro y en aquel momento no tenía excusa de alcohol recorriendo y dilatando mis venas.

Me arrepentí aún más al comprobar que durante el minuto siguiente no sonaba el móvil. «¡Bah! ¡Que le den!». Solté el aparato para que Alicia dejara de mirarlo con la misma desesperación e intensidad que yo y justo cuando agarré mi copa sonó de nuevo.

“Tú también me traes esos recuerdos. Cada vez que pienso en tus besos me sofoco. Me ponías mucho”.

¿Le ponía? en pasado. Y sobre todo ¿dónde había quedado esa conversación tan amigable de aquella tarde, en la cual no había ninguna palabra fuera de lugar? ¿De dónde habían salido de pronto esas frases tan íntimas?

Me sonrojé y pasé los cinco minutos siguientes con una tonta sonrisa en los labios, pensando qué responderle. Pero no se me ocurría nada que no terminara en «¡Capullo! ¡Y por qué te fuiste con la reina de las tarántulas!». Así que tecleé:

GEA 

«Je je. Espero que te haya ido bien la rehabilitación. Cuídate mucho. Un beso».

«Je je» era mejor que lo de capullo, estaba segura...

HÉCTOR 

“Tú también. Que descanses. Un beso”.

Las tres horas siguientes me las pasé bebiendo Lambrusco para celebrar la frase más erótica por primera vez en el último año desde que se fue el *cuernífero*. Eso supuso unas quinientas calorías de más, más la pizza que acabábamos de encargarnos que nos trajeran. Además por un instante tuve la sensación de que necesitaba algo de sexo urgentemente, lo que me hizo lanzarme a la caja de las chokolatinas de Alicia, robándole un Kit-kat que calmó un poco la desesperación.

Todo ello supondría una previsión para los próximos días de muchas más latas de piña en su jugo de las que tenía en la despensa.

## Capítulo 6

El día amaneció despejado y con un sol radiante, lo que celebré feliz, porque había quedado con Denisse, una de mis mejores amigas, para ir a la playa.

Por culpa de la incompatibilidad de nuestros horarios de trabajo y el lío de la rutina diaria no habíamos tenido tiempo de vernos en las últimas semanas. Me apetecía un montón pasar la mañana con ella, así que estaba de buen humor.

Tarareando preparé un almuerzo ligero para engullir bajo el sol. Le daba vueltas a la cabeza, me apetecía enviarle un mensaje a Héctor, saber cómo estaba y decirle algo pícaro, pero no encontraba la excusa perfecta. Mientras se comenzaban a quemar los trozos de pechuga de pollo que tenía al fuego, salí de mis pensamientos al escuchar el sonido del WhatsApp de mi móvil.

Puse los ojos en blanco segura de que Denisse iba a insistir, por millonésima vez, en que me diera prisa y que no llegase tarde. El universo tenía la terrible manía de aliarse en mi contra cada vez que quedaba con ella y por el motivo que fuera siempre me retrasaba, cosa que a mi amiga realmente le fastidiaba.

Al ver el nombre de Héctor sonreí sorprendida, pero al abrirlo comprobé que no había textos ni emoticonos, solo un punto, un mísero punto. Reí.

GEA 

«Buenos días cielo, acabo de recibir un mensaje tuyo solo con un punto. ¿? Estás fatal».

HECTOR 

«Ah lo siento, este móvil nuevo que se me desbloquea solo. ¿Con que estoy muy mal? Vale, vale».

Contestó tan, tan rápido que parecía que tenía los dedos puestos sobre las teclas esperando a que yo le escribiera.

Sonrisas y más sonrisas.

GEA 

«¿Te has despertado sensible hoy? Tenías que haber comido chocolate, a mí me funciona. Yo me di un atracón anoche y hoy estoy como una rosa».

HÉCTOR 

«¿Chocolate? ¿Necesitas algo de sexo? Tendremos que buscarte a algún acompañante que satisfaga eso, ¿no?».

GEA 

“No es necesario, ya buscaré algún chico guapo y soltero que quiera meterme la lengua hasta la campanilla. ¿Qué tal tu espalda?”.

Le siguieron dos o tres mensajes que se pusieron más serios y de repente se volvían más pícaros y luego más serios de nuevo. Se me hacía tarde, pero no podía evitar apartarme al arcén mientras conducía cada vez que oía el *bip bip* de mi móvil. Leía y contestaba rápidamente y continuaba el camino hacia la playa, donde, por supuesto, llegué tarde.

Nada más ver a Denisse supe que algo bueno le había pasado, estaba radiante y la veía más guapa que nunca. Sus ojos color avellana tenían un resplandor peculiar, y juraría que su larga melena negra estaba más sedosa y brillante que nunca, hasta su

piel parecía de otro color, por no decir que no se había pegado media hora refunfuñando por mi retraso.

—Robert me ha pedido que vayamos a vivir juntos. ¡Por fin! Hemos empezado a visitar casas —me dijo Denisse en cuanto llegué. Llevaban unos tres años juntos y ya se habían planteado en más de una ocasión el irse a vivir juntos, pero por una cosa u otra siempre lo terminaban retrasando. Sabía que mi amiga estaba harta de vivir con sus padres, que se llevaba muy bien con ellos, pero le apetecía independizarse de una vez. Además la relación con Robert iba viendo en popa. Así que me alegré mucho por ella.

A esta frase siguieron un montón de horas de monólogo. Hasta que se calló al darse cuenta de que no paraba de mirar mi teléfono móvil, cosa que por norma general nunca hacía, no era más que un trasto inútil que dejaba tirado en cualquier sitio ya que estaba completamente segura de que nunca sonaría.

—Aquí pasa algo —dijo al fin mirándome con ojos rasgados. Sonreí y me puse colorada, lo que no me ayudó mucho.

—No, no pasa nada.

—¿Quién es? ¿Cómo se llama? ¿Dónde vive? —soltó sin respirar.

—No sé de qué me hablas, en serio —respondí haciéndome la loca.

—¡Tierra llamando a Gea! —esa frase hizo que se me coloreara hasta la nuca. ¿Dónde la habría oído yo hace poco?—. No soy tonta, soy yo Denisse, ¿recuerdas?

—Es que... —por un momento pensé confesarle todo, pero tendría que gastar un montón de energía en apartarla para que no me mordiese—. No es nada, te lo aseguro.

—¿Qué has hecho esta vez? Algo habrás hecho que no quieres decírmelo. No habrás visto de nuevo a Marcos, ¿verdad? — se cruzó de brazos frunciendo el ceño, vale, no me iba a dejar en paz hasta que supiera lo que había ocurrido. Había metido la pata.

Negué con la cabeza, por lo menos eso era cierto.

—No, realmente he estado con otra persona —dije, antes de que se lanzara a mi yugular.

¿Marcos? No quedaría con él ni aunque fuera el último hombre que quisiera estar conmigo. Imaginé por un momento qué me diría Denisse si le contaba todo. Seguro que pensaría que me había rebajado demasiado, al fin y al cabo él había pasado de mí por Helena. Al igual que el Marcos por esa cómo-se-llame. Claro que Marcos y yo llevábamos años saliendo y a Héctor apenas me dio tiempo a conocerlo.

Suspiré y le pregunté algo sobre si quería que le comprase una vajilla para su casa nueva o una cubertería quizás, intentando cambiar de tema. Pero no funcionó.

—No, no... de eso nada. ¡Cuéntamelo todo!

—Bueno, en realidad he quedado con Héctor. Pero no ha pasado absolutamente nada —dije casi atropellándola con mis palabras, antes de que se lanzara a mi cuello. Le costó un par de minutos reaccionar.

—¿Y quién diantres es Héctor? —en el mismo momento de decirlo cayó en la cuenta y los ojos se le encendieron como dos faros en la penumbra.

—Antes de que digas nada, solo quedamos como amigos. Me encontré con él por casualidad y habíamos estado posponiendo un café desde hace tiempo —no le conté nada sobre Facebook. Mi

amiga odiaba esas cosas, decía que solo traía quebraderos de cabeza. Supongo que en parte tenía razón, aunque a mí no me parecía para tanto. Ella tenía en su cabeza un rollo sobre conspiración y expías que a mí no terminaba de cuadrarme.

Denisse empezó a echarme un sermón sobre ex parejas y dignidad, pero ya yo no estaba allí. De pronto había recordado aquella foto de su perfil, en su moto y me lo imaginé bajándose y quitándose la camiseta. Alguien había pasado a mi lado con el coche muy deprisa y me había empapado de un barro asqueroso que había en el arcén. Justo él venía de frente en ese momento y lo vio. Por supuesto, no podía permitir que me quedara así, llena de barro.

Así que tuve que quitarme la camiseta en mitad de la calle, quedándome con el sostén. Casualmente me había puesto el más bonito que tenía en el armario y él se me quedó mirando, tendiéndome su camiseta para que me la pusiera, pero no dejándome cogerla del todo, para poder observar un poco más y...

—¡Gea! ¡Geeeee! No me estás escuchando, ¿verdad? Todo este esfuerzo que estoy haciendo es inútil —bramó mosqueada.

—Sí, sí te escucho. Dignidad, bla bla bla... él pasó de mí por otra bla bla bla —dije casi en un susurro, solo tenía que cerrar los ojos para imaginar a mi dios griego tirar hacia la moto la camiseta que me estaba tendiendo y acercarse aún más a mí para abrazarme y chocar sus labios con los míos. De pronto ya no había nadie en toda la calle, estábamos solos y vino la noche...

—¡Eres increíble! Tú no te cortes, sigue en tu planeta, imaginando como un chulo de playa te rompe de nuevo el corazón.



—O las bragas —me salió del alma, no pude reprimirlo y una pareja de viejecillas que pasaban a nuestro lado se nos quedó mirando como si hubiera dicho la blasfemia más grande de la historia.

Me avergoncé y quise hundir la cabeza en la arena. ¿Pero qué me estaba pasando? Denisse rio a carcajadas.

—Te está bien empleado, por bruja.

Reí yo también y me coloqué boca abajo en la toalla, tenía unas terribles ganas de continuar con mi fantasía. Yo sabía que Denisse tenía razón, que no debía abrir mi corazón de nuevo a alguien que lo pisoteó en cuanto tuvo ocasión. No lo haría, me prometí que no volvería a quedar con él. Pero la mente volaba y era libre, un poco de imaginación no le vendría mal a mi cuerpo. Sentir un poco de calor después de tanto tiempo, no estaba mal.

Alrededor de media hora después llegó Alicia. Denisse y ella se sentaron a despotricar de mí sin cortarse un pelo, yo volví a la Luna, estaba genial allí arriba, ¿por qué iba a querer bajar de ella?

## Capítulo 7

Con el tiempo los mensajes se volvieron más insinuantes, pero al final si no era el uno, el otro decía «es broma eh, no vayas a creértelo», o «ja ja, te he tomado bien el pelo», o veinte cosas parecidas, como si en el fondo nos diera miedo reconocer que volvíamos a sentir atracción el uno por el otro, que era lo que en realidad ocurría.

Héctor se había colado en mi día a día sin querer, poco a poco y cada vez que aparecía el icono que indicaba que tenía un mensaje pendiente de leer no podía evitar un nudo en el estómago, mariposas, hormigas o yo qué sé, que podía ser hambre, no digo que no, que con la dieta es lo que solía pasar, pero también me ocurría en otras partes del cuerpo, lo cual hacía evidente que no me era indiferente.

No habíamos vuelto a vernos en las siguientes semanas, pero el coqueteo había crecido a pasos agigantados, llegando incluso a nombrar el *piercing* de su lengua jugueteando con la mía, sus manos recorriendo mi piel, sus ganas de desnudarme, mis ganas de merendármelo... y algunas cosas más fuera de lugar. Debo admitir que solía arrepentirme de lo escrito una vez pasado el calentón, así que intenté por todos los medios dejar de responder con tanta frecuencia esos mensajes que me hacían perder el control. Estaba muy jodida, lo sabía, pero prefería ignorarlo esperando a que se me pasara la tontería.

Por supuesto cómo iba a admitir que estaba colada por Héctor de nuevo, tenía mil razones para que eso no ocurriera, entre ellas que se había portado como un cerdo conmigo cuando tuvo

ocasión de tener una relación más o menos estable, que hacía casi diez años de todo aquello y ya había pasado página hacía mucho, que había un dicho popular que decía que no se debe volver para atrás ni siquiera para coger carrerilla, que no sabía nada de él en la actualidad... todas eran excusas válidas, sin embargo no presté atención a ninguna. Solo me negaba una y otra vez lo que estaba pasando dentro de mí, me aseguraba que era divertido seguirle el juego sobre todo en esos días de vacaciones en los que mis ratos libres eran demasiados, que era un entretenimiento cojonudo y un entrenamiento para posibles futuros ligues, pero que no iba a volver a quedar para vernos.

Sin embargo, en la vida hay cosas que son inevitables y yo iba cuesta abajo y sin frenos, porque llegó un momento en el que no solo es que nos escribiéramos a diario, sino que lo hacíamos a todas horas. Si en un momento dado estaba pensando en él, resistiéndome a la tentación de mirar la pantalla, sonaba aquel aparato infernal que me traía algún mensaje morboso. Cuando más convencida estaba de que debía alejarme de él, más conectados estábamos.

Al final llegó el día que temía:

HÉCTOR 

«Buenos días, preciosa. Cielo, me preguntaba si te apetecería quedar para tomarnos un café».

Entré en pánico, lo admito y temblé antes de teclear:

GEA 

«Es que tengo la tensión un poco alta, no me encuentro muy bien. Será mejor que dejemos los cafés para otro día».

HÉCTOR 🗨️

«¿Descafeinado entonces? Si quieres puedo invitarte a otro margarita».

Insistió. Pero no podía ser, no podía ceder, después de las conversaciones que habíamos mantenido si volvíamos a encontrarnos era evidente lo que ocurriría, que no era que no me apeteciera, pero temía que me iba a volver a destrozar. Héctor me iba a partir el corazón de nuevo y la única forma de evitarlo, era no dar un paso más en todo aquello que nos traíamos entre manos.

GEA 🗨️

«¿Alcohol? Que va. Estoy algo enferma, será mejor que me quede en casa unos días y me resguarde».

HÉCTOR 🗨️

«¿Puedo ir a verte?».

«¡Pero será pesado!».

Tardé casi quince minutos en responder a éste último mensaje. Podía fingir una gripe perfectamente, pero Alicia no iba a estar esta tarde en casa. No quería que pensase que me iba a encontrar tumbada e indefensa y que podría atacar y llevarse algo de sexo de regalo. De eso nada. Aunque pensándolo fríamente la existencia de un virus era una buena manera de verlo en terreno neutral, no querría que le contagiase... pero aún así... no, mejor no. Lo ideal sería evitar cualquier riesgo.

GEA 🗨️

«Uf, que va. Está todo manga por hombro y no tengo ganas de ponerme a recoger ahora. Además no quiero

contagiarte».

HÉCTOR 

«Tranquila, nunca me enfermo y por la casa tirada no te preocupes. A lo mejor puedo ayudarte a recoger».

Sin duda alguna ese hombre estaba mal de la cabeza. Ayudarme a recoger, decía... Miré a mi alrededor, estaba todo como una patena. Alicia se había encargado la tarde anterior de ello, ya que tenía el SPM\* (SPM: síndrome pre-menstrual, solo cuando la mujer se vuelve completamente histérica, irascible y con mucha falta de chocolate) y siempre se ponía de un humor de perros, no paraba quieta y no estaba tranquila hasta que no quedaba una mota de polvo que limpiar. Tenía que luchar un poco más, no podía darme por vencida.

GEA 

«Si te pones enfermo por mi culpa no me lo perdonaría, mejor quedamos otro día».

HÉCTOR 

«En serio, me apetece ayudarte. Te llevaré naranjas, te vendrá bien la vitamina C. A las cinco estaré ahí».

Era inútil discutir con él. Saqué algo de ropa del armario y la regué por encima de los sofás. Me tomé una Coca cola y una chocolatina y dejé la basura tirada en la mesa del salón. Servilletas arrugadas aquí y allá... Si por casualidad Alicia llegaba a casa y veía lo que estaba haciendo me mataría, me estrangularía hasta que no quedara un ápice de aire en mi cerebro y tuviera que pedirle perdón arrastrándome por el suelo.

Intenté tirar un par de cosas más y miré la hora. Las cuatro, tenía que intentar parecer enferma. Lavé mi cara y quité todo rastro de maquillaje, bueno, en realidad dejé un poco de corrector que cubrieran mis ojeras y algo de polvos compactos, seguro que no notaba un pelín de máscara de pestañas. Tampoco quería que me viera hecha unos zorros, leches, me había puesto nerviosa. Me planché la melena, al fin y al cabo había hombres que se pensaban que las mujeres siempre estábamos perfectamente peinadas, que habíamos nacido así y no nos costaba ningún esfuerzo y resoplé, mucho, demasiadas veces, eso no era buena señal, me estaba agobiando.

Frente al armario pensé que ropa ponerme, mi pijama de *Alicia en el país de las maravillas* no era mala opción, pero quería asustarlo y que se fuera pronto, no estaba segura de querer espantarlo de por vida. Así que simplemente me dejé los vaqueros, una camisilla sin asas y con gran esfuerzo, por el tremendo calor que hacía, me coloqué encima una sudadera. Estaba segura de que me asfixiaría de un momento a otro, no haría falta la ayuda de mi amiga Alicia.

Uno rato antes de la hora temblaba, me sudaban las palmas de las manos y se me había revuelto el estómago. Definitivamente, que Héctor se metiera en mi casa era la peor idea del universo. Rezaba para que se arrepintiera. ¿A quién le apetece pasar la tarde en casa de alguien enfermo?

Sudaba a mares, así que me quité la sudadera. Luego pensé que si Alicia llegase y viera toda la casa tirada, se llevaría un buen disgusto, así que volví a recoger todo aquello que había desordenado. La casa era una patena de nuevo. Tenía la esperanza

de que a Héctor le saliese un plan mejor. Apenas quedaban unos cinco minutos para las cinco, así que tuve que decidirme entre sofá o cama. La cama era peligroso, tendría que encerrar a Héctor en mi habitación, dónde sería fácil perder el control y darle a conocer lo desesperada que me sentía por un poco de cariño. Así que elegí sofá.

Saqué una manta y antes de tumbarme me miré al espejo. Tenía el aspecto menos enfermo que había tenido nunca, así que tendría que ocurrírseme algo.

Sonó el timbre.

Esperé un rato dentro del baño, unos instantes aguantando la respiración, a ver si pensaba que me había quedado dormida y se iba.

—Vamos Gea. ¿Vas a abrirme la puerta o vas a dejarme toda la tarde aquí tirado? —escuché al otro lado. Debería vivir en un edificio de esos con hiper-seguridad, clave pin para el portal, conserje y demás barreras que le impidieran llegar a mí, pero no... vivía en una casa terrera. Suspiré y fui a abrirle.

—Hola, cielo. Pasa. Lo siento, estaba en el lavabo —murmuré.

—No pareces muy enferma —me recriminó mientras dejaba unas bolsas en el suelo. Se me había olvidado ponerme la sudadera y el top sin mangas era muy corto y escotado, elegido así explícitamente para no agobiarme con la dichosa sudadera que se me había olvidado ponerme de nuevo. Dejaba entrever mucha más carne de la que hubiera deseado que él viera, incluida chichas y grasa. «¡Mierda, Gea! Menudo despiste» —. Y esto no parece para nada una pocilga. ¿Acaso no querías que viniera?

Mister elocuencia...

—¡No! No, perdona... es que después de hablar contigo rebusqué en la despensa hasta dar con una caja olvidada de un antigripal que debía llevar algunos meses allí porque ni lo recordaba. Me lo tomé y como me sentía algo mejor pues me puse a ordenar. No me apetecía que vinieras a un estercolero a pasar la tarde.

Me miró algo extrañado, molesto diría yo.

Llevaba una camiseta celeste ajustada, perfectamente planchada, que contrastaba con el color de su piel y unas bermudas por las rodillas en color blanco, junto a unas sandalias de piel abiertas, ideales para el tremendísimo calor que hacía. Pestañee con fuerza un par de veces, necesitaba recuperar el aliento antes de seguir hablando.

—Pensé que iba a venir a ayudarte —me dio dos besos y entró en mi casa.

Me tiré en el sofá y solo de ver cómo me miraba me dieron ganas de taparme hasta las orejas.

No quería que aquel tío volviera a partirme el corazón y quería preguntarle cuáles eran sus intenciones, o si se veía con alguien. Sin embargo, no sabía abordar el tema, entrar en algo cuya respuesta me iba a resultar incómoda de afrontar.

Héctor continuaba de pie frente a mí, escrutándome, quizás evaluando la gravedad de mi enfermedad y si debía crearme o no. Había dos sofás más en la habitación y un par de pequeños pufs en el suelo, pero decidió sentarse a mi lado y me sonrió. Pusimos una película. Por supuesto de mi lista ñoña y pastelosa (con la esperanza de que se aburriera tremendamente y se fuera por donde



había venido), lo que me permitió dar rienda suelta a mi imaginación. Héctor despedía un olor que me dejaba sin aliento. La mezcla entre su perfume y loción de afeitado hicieron que me subiera realmente la temperatura. Estaba completamente segura de que si me ponía un termómetro en estos momentos, estallaría.

Imaginé a Héctor preparándome un zumo de naranjas (había traído una docena, tan atento él), y que cuando viniera a traérmelo, viese que yo había perecido a las altas temperaturas provocadas por la fiebre, estaría a punto del desmayo. Él se daría cuenta y se le caería el vaso al suelo (aunque me costase un disgusto por parte de Alicia). Vendría corriendo a tocarme y al ver que estaba tan caliente, me cogería en brazos y me llevaría hasta la bañera, donde me quitaría toda la ropa (era la parte que menos me gustaba, al fin y al cabo con ropa las chicas estaban a buen recaudo) y me metería en el agua tibia. Cómo le costaría mantener mi peso, tendría que meterse también en la bañera para sostenerme, al fin y al cabo estaba medio desmayada. Acariciaría despacio cada parte de mi cuerpo para comprobar que la temperatura iba bajando. Aunque si realmente ocurriese estaba segura de que el agua podría llegar a hervir.

—Gea, ¿te encuentras bien? De pronto te has puesto muy roja —se lanzó a tocarme la frente, sacándome bruscamente de mi fantasía.

—Sí, sí, tranquilo. Estoy bien, nada que no se pase con un poco de agua —respondí.

—Estás ardiendo. Destápate —exigió tirando de la manta, pero yo la agarraba más fuerte— hazme caso, Gea, por favor. Destápate o te subirá la fiebre.

Por alguna razón tenía la certeza de que eso no aliviaría la temperatura de mi cuerpo. Se levantó de la esquina del sofá y se sentó justo en el estrecho espacio que quedaba delante de mi barriga. Me puso de nuevo la mano en la frente.

—Gea, ¿seguro que te encuentras bien? Estás completamente caliente y tienes la piel de gallina.

«¿Cuándo habían aumentado tanto de tamaño esos bíceps? ¡Mierda! Chica, quieres centrarte de una vez». Tenía que salir de esa situación embarazosa, con el pobre dios griego intentando hacer de doctor. Me lo imaginé con su bata y su estetoscopio, diciéndome que debía subirme la camiseta para poder comprobar mis latidos... esto no me ayudaba.

—La verdad Héctor, es que necesito dormir un poco, no me encuentro muy bien —había llegado el momento de que se largara de mi casa de una vez y luché por ser amable, porque a estas alturas ya me importaba poco cómo sucediera, solo sabía que tenía que alejarme de él.

—Te acompañaré a la cama —pues sí, lo sé, eso era todo lo contrario de lo que quería conseguir.

—Siento que tengas que irte —no perdí de vista mi objetivo y dejé de imaginarlo en mi cama, abrazado a mí mientras me desnudaba.

—No pienso irme. No voy a dejarte sola hasta que estés mejor, o hasta que llegue tu amiga —era un hacha cumpliendo misiones.

Me había quedado clavada en el sofá, deseando que se me ocurriera algo ingenioso que decirle para que se largara corriendo, pero él tiraba de mi brazo.

—Vamos, Gea. ¡Vamos! No puedo cogerte. ¿Recuerdas mi lesión de espalda? —me pidió algo irritado, derrumbando toda la fantasía que se había formado en mi cerebro.

Me di por vencida, Héctor era terco como una mula, mucho más que yo y además, me resultaba completamente imposible ir en contra de esos ojos de cordero degollado que me miraban preocupados. De exagerado que era resultaba hasta conmovedor. Era el primer tío que conocía que realmente se preocupaba por mí cuando me ponía enferma. Cuando Marcos vivía en casa, si podía salía huyendo para que no le pidiera ni un vaso de agua, y por supuesto no telefoneaba en todo el día a ver cómo me encontraba o si necesitaba que fuera por la farmacia a comprar alguna medicina.

—¿Por qué no te pones más cómoda? ¡Quítate esos vaqueros! —me pidió cuando estábamos quitando los cojines de encima de la cama. Me dejó nokeada. Tragué con fuerza... Dios mío... mi imaginación iba a la velocidad de la luz.

—Héctor, no pienso desnudarme —contesté al fin, no demasiado convencida, todo sea dicho de paso.

—Solo digo que te pongas algo más cómodo y fresco. Esperaré fuera.

¿Algo más cómodo? Recorrí con mi cabeza buscando si tenía algún pantalón corto que no tuviera dibujos infantiles, pero no los había. Así que me decidí por uno de “*El monstruo de las galletas*” de *Barrio Sésamo*. Decidí quedarme con la camiseta que tenía puesta. No podría permitir que me viera enteramente a conjunto con un monstruo azul encima de mi pecho derecho y una enorme galleta con chips de chocolate encima de mi pecho izquierdo, por ahí no podía pasar.

Le dejé entrar a la habitación y tuvo que pedirme que me tumbara en la cama, porque aún me resistía. Agradecí enormemente que Alicia hubiera tenido uno de sus ataques y mi cama tuviera sábanas limpias, que olían a suavizante de flores. Mi dormitorio se veía completamente recogido y acogedor, sin toda esa ropa que solía dejar tirada por todas partes.

—Nada de mantas —quitó el edredón y lo dobló, poniéndolo en la silla que estaba junto a la puerta, y yo asentí como una niña buena. Cuando en realidad quería chillarle que se fuera de mi casa de una vez, que no era una estúpida cría que tuviera que cuidar.

El momento que temía llegó cuando Héctor se tumbó en la cama a mi lado y abrió el brazo, indicándome que me acomodara junto a él. Me abrazó, Héctor me abrazó y me quise morir.

—Parece que ya estás algo más fresca —murmuró. «No creo que dure mucho», farfullé. Cerré los ojos con mi cabeza apoyada en su pecho, mientras acariciaba mi melena con su mano izquierda, y con la derecha acariciaba mi mano, que estaba encima de su estómago, ese firme y apretado abdomen me estaba volviendo loca.

Bloqueé mi mente, no podía pensar nada más, si mi imaginación volvía a volar, ya no iba a poder evitar lanzarme a besarlo, porque, debía admitirlo, era lo que me apetecía de verdad. La necesidad de sentirlo había ido creciendo y seré franca, llevaba demasiado tiempo sin contacto masculino, eso influía.

Juraría que él estaba mucho más centrado, al menos se estaba portando. Aparte de las naranjas me había traído algo de vitamina C, paracetamol y un sobre de sopa de pollo. ¿Estaría dispuesta a tomarme una sopa de pollo a treinta grados cómo estábamos, solo para seguir con el engaño?

Por el momento no tenía que preocuparme. Se quedó así buena parte de la tarde y yo me quedé dormida, de tanto mimo junto. Al fin y al cabo, la noche anterior había estado tonteando y apenas había dormido unas cuatro horas.

Para cuando me desperté no lo vi a mi lado. Respiré aliviada, porque estaba babeando. No quería que tuviera esa imagen mía. Me levanté y estiré las sábanas, me había venido bien el sueño, y por fin Héctor se había aburrido y se había largado. Mi gripe había sido su Aquiles, exterminándolo y haciéndolo desaparecer. Salté, sí, pero al mismo tiempo no pude evitar pensar que había sido tierno que se esperara hasta que me quedase dormida para irse. Resoplé exasperada. Era la viva imagen de esas películas en las que uno tiene un pequeño ángel y un demonio a cada lado que le dice cómo debe actuar o pensar.

Decidí ponerme la camiseta del pijama, ya eran casi las ocho y media de la tarde. Estaría mucho más cómoda y ya no pensaba moverme de casa. Debería salir a hacer la compra, apenas quedaban cuatro cosas decentes en la nevera, pero no me apetecía para nada. Acababa de acordarme de que no le había ofrecido nada a Héctor, era un desastre como anfitriona.

Se escuchaban risas y voces, Alicia ya había llegado con Samuel y yo ni me había enterado, al menos eso fue lo que pensé, porque ni se me pasó por la cabeza que Héctor y Alicia pudieran estar apostados en la cocina, tomando una copa de Lambrusco, tal como estaban. No sé sobre qué despotricaban, porque me quedé demasiado alelada cuando entré y los vi allí, pero reían. Mi amiga daba vueltas a lo que sin duda, por el olor que desprendía, era la

maldita sopa de pollo que había traído Héctor. También había una tortilla de patatas y cebolla al fuego.

—¿Todavía estás aquí? —pregunté.

Ali me miró y me guiñó un ojo. «¡No! ¡No es lo que piensas!» Tenía ganas de chillarle. Me miraba como si hubiera perecido ante el más terrible de los pecados carnales. Sonó el timbre de casa, Samuel, pensé, pero era Denisse: la fiesta al completo. La hice pasar después de saludarla, no le expliqué a quién se iba a encontrar un minuto después, cuando entrase a la cocina, así que se topó de bruces con Héctor. Después del saludo forzado entre ambos y la mirada asesina de mi amiga, pensé que se iría por fin.

Decidí ir a vestirme de nuevo, no parecía que hoy me fueran a dejar pasar una noche tranquila. Era lo que tenían los viernes por la noche, la gente esperaba algo de fiesta. Denisse entró en mi dormitorio como alma que lleva el diablo, los ojos inyectados en sangre y no podía verlos, pero estaba segura de que le habían salido colmillos. Dios, qué miedo daba.

—¿Estás loca? ¿Lo has traído a tu casa? —Miró mi cama deshecha— Madre mía... ¿te has acostado con él?

—¿Quieres tranquilizarte? No es lo que crees —intenté explicarme.

—Claro... No es lo que creo. No has caído en sus garras, no has echado un polvo con él y no está en tu cocina tomándose una copa. ¡Gea! Estabas en pijama. ¿Por qué intentas ocultarme lo evidente? Tanta confianza habéis tomado que ya le has dejado ver tus pijamas de dibujos animados.

Reí y cerré la puerta para explicarle de forma esquemática lo que había ocurrido mientras me vestía. Por supuesto, mi amiga no

creyó ni una palabra de lo que acababa de relatarle (era bastante inverosímil y ridículo, era consciente de ello). Le rogué que quitase esa cara de mosqueo y que fuera amable, que ya me desharía yo de él.

No pensaba seguir fingiendo una enfermedad y mucho menos tragarme aquella estúpida sopa de pollo. Definitivamente le explicaría que no estaba enferma y que solo quería darle largas, él se enfadaría y no volvería a verlo. Punto pelota. Fin de la historia. Era lo mejor.

—Tienes muchísimo mejor aspecto, cielo —Héctor se acercó y me tocó la frente—. Estás completamente fría, creo que hemos matado a esos gérmenes.

Asentí.

—No pienso tomarme eso con el calor que hace —me dirigí más bien a Alicia, que cogía la cuchara de palo dispuesta a remover el mejunje.

Alicia apagó el fuego.

—La verdad es que empezaba a pensar que si te tomabas esto ibas a morir derretida —dijo Alicia mientras apartaba la cacerola—. Pero Héctor insistió.

—Bueno, si te encuentras mejor, está bien —¿Está bien? ¿Pero quién se creía que era? ¿Mi padre? Sonreí.

—Gracias por todo —me dije que por ser amable un poco más no pasaba nada.

En lugar de levantarse e irse, que es lo que pensaba que iba a hacer. Se acercó, me dio un abrazo y rozó sus labios con los míos. Una gran descarga eléctrica recorrió todo mi cuerpo y sentí una

mirada punzante y asesina de mi amiga Denisse, mientras Alicia nos miraba dejando escapar una risilla divertida.

—Denisse, ¿por qué no nos vamos al salón y dejamos aquí a los tortolitos? —preguntó Alicia en alto.

—No, tranquilas. Ya tengo que irme, tengo la espalda fatal. Me he saltado la rehabilitación y tengo mil cosas que hacer —al fin Héctor se despidió.

Respiré aliviada cuando le vi recoger sus cosas. Se acercó y besó de nuevo mis labios, mientras colocaba un tiro de mi top que había resbalado hombro abajo, dejando entrever más de lo que debía.

—Te llamaré mañana, cielo. Que descanses y que te mejores.

—Gracias —mascullé, mientras me llevaba las manos a los labios para recordar el beso que acababa de darme preguntándome qué significaba aquello y, lo más importante, cuándo habíamos traspasado esa línea que yo no me había enterado.

En cuanto salió por la puerta Denisse empezó a soltar otro de sus grandes y aburridos sermones. Alicia y yo nos miramos y nos echamos a reír. No había entendido nada de lo que había ocurrido.

Tuve que contarles todo desde el principio, y cómo se me había subido demasiado la temperatura estando en la Luna, mi mundo de fantasías, dejando completamente preocupado a Héctor. Al final se rieron las dos, Denisse y Alicia, por mi poca vergüenza y me sumé a servirme una copa de Lambrusco junto a mis amigas.



## Capítulo 8

Esa noche recapacité, porque por muchas vueltas que le daba a la cabeza seguía sin comprender un pimiento. Me costó conciliar el sueño y estaba intranquila. Así que al día siguiente, en cuanto me levanté de la cama, apagué el teléfono móvil, con la clara idea de que no iba a permitir que Héctor, que había vuelto a mi vida sin comérmelo ni bebérmelo, controlase mi vida.

Lo mejor que podía hacer para no pensar más en ello, era salir de casa, me apetecía mucho irme de compras. Tenía la reserva de los ataques de nervios intacta. Cuando me ponía histérica lo único que conseguía tranquilizarme de verdad era un par de buenas horas de compras.

Después de almorzar algo ligero (para compensar la tortilla de Alicia y el Lambrusco), me metí en la ducha y me dediqué un buen rato. Me apetecía ponerme guapa, así que saqué el arsenal de maquillaje y estuve algo más de media hora probando maquillaje, hasta que di con la sombra perfecta para mi color de piel de aquella mañana. Había visitado tanto la playa ese mes que llevaba un bonito bronceado, cosa que muy pocas veces conseguía.

Me decanté por un top en palabra de honor en color fucsia y unos vaqueros ceñidos, con unas sandalias a juego. Y tras ponerme las gafas de sol y coger las llaves del coche y mi bolso, salí de casa, chocándome casi de bruces con Héctor, que estaba a punto de llamar al timbre.

—Hola, ¿qué haces aquí? —le dije por saludo.

—¿Pero se puede saber dónde demonios tienes el teléfono? No he parado de llamarte desde las once de la mañana —me

recriminó.

Mi teléfono continuaba apagado, por supuesto, tal y como había decidido esa mañana y yacía inerte en el fondo de mi bolso. Al sacarlo intenté simular cara de sorpresa. A estas alturas ya te habrás dado cuenta de que mentir no es lo mío.

—Debe haberse quedado sin batería. Lo siento, iba a salir —le expliqué.

—¿Puedo acompañarte? —me pidió.

—Pues la verdad es que no —pensé en algo convincente—. He quedado con alguien.

—Ah —su expresión decepcionada me tocó un poco el corazoncito, pero no me dejé achantar, estaba decidida a alejarlo de mí—. ¿Con Denisse?

Era peligroso decir que sí, querría unirse igualmente quizás.

—No. La verdad es que he quedado con un amigo —le expliqué restándole importancia.

—¿Un amigo?

—¿Un amigo? ¿Un amigo?... pues sí, no pensarás que eres mi único amigo. ¿No? —gruñí molesta.

—Perdona, tampoco hace falta que te pongas así —parecía sorprendido y enfadado a partes iguales.

—¡Hombres! ¡Se creen el ombligo del mundo! —solté mientras cerraba la puerta de casa tras de mí y dándole al botón del cierre centralizado de mi coche al mismo tiempo. Lo había conseguido, había sido tajante y hasta cruel, lo que haría que pensara que no era más que una arpía que no estaba sola, ni desesperada y se fuera por donde había venido.

—Lo siento —dijo en un susurro, le noté muy incómodo—. Solo quería saber cómo estabas. Ayer parecías haber cogido mucha fiebre y no me contestabas al teléfono, pensé que te habías puesto peor.

—Pues no, estoy bien. Gracias por cuidarme ayer, pero era completamente innecesario. Hace muchos años que me cuido sola.

Bajé corriendo los cuatro escalones que me separaban de la calle y me subí al coche. Me largué dejándolo completamente estupefacto y boquiabierto frente al portal de mi casa.

Me sentí un poco mal, al fin y al cabo se había portado muy bien conmigo el día anterior. Pero yo sabía que detrás de aquello solo había un motivo: un espectacular revolcón, que necesitaba con urgencia, pero que no iba a dejar que fuera él quien lo aprovechara.

No podía permitirle que me viera vulnerable, que me atacara como lo había hecho ya una vez y me dejase de nuevo tirada como a las sobras de una copiosa cena. Realmente no podía olvidar la imagen de la bruja de Helena, con sus perfectas curvas y sus exuberantes pechos llamándolo como si fuese un perrito faldero. Helena, aquella estúpida engreída que me lo había robado. Helena, si me la encontrase le diría cuatro cosas. Helena...

¡Joder! ¡Helena estaba frente a mí! Venía por el pasillo sonriendo con su uniforme del trabajo. Había olvidado por completo que trabajaba en aquel Centro Comercial. No podía escapar de ella, ya me había visto y venía directamente hacia mí.

—¡Hola Gea! —Me abrazó—. ¡Cuánto me alegro de verte!

—Hola Helena—contesté forzando una sonrisa que tapara mi disgusto.

—Estás guapísima y muy morena. ¿De vacaciones? — asentí, intentando auto controlarme. Habían pasado al menos tres años desde la última vez que la había visto, y no sabía qué había hecho tan malo para merecerme este castigo de encontrármela en el momento menos oportuno.

—Tú estás muy delgada y guapa también —Le contesté. Me miró de arriba a abajo y me abrazó de nuevo.

—Vamos a tomarnos un café, anda. Todavía me queda una media hora para entrar a trabajar —me pidió.

—No puedo, Helena, tengo mucho lío.

—¿Has quedado con alguien?

—No, pero he de comprar algunas cosas e irme pronto a casa —intenté escaparme de sus garras.

—Venga, ¿qué mal puede hacerte un café?

Suspiré y asentí. Esto se estaba convirtiendo en una pesadilla. ¿Por qué demonios todo el mundo quería controlar lo que yo hacía o dejaba de hacer?

Estuvimos unos quince minutos sentadas en la cafetería, donde le dio tiempo a contarme toda su ruptura con Héctor. Que aunque la había dejado él, ella sabía que la seguía queriendo, y que en cualquier momento la llamaría para suplicarle que volviesen. La miré divertida, de pronto me empezaba a interesar la conversación.

Me comentó que cuando él lo hiciera, por supuesto le diría que se fuera a freír morcillas, ella tenía un nuevo novio desde hacía algo más de un año, al que no dejaría por nada del mundo y mucho menos por Héctor. Lo dejaría llorando tirado en la cuneta, cual perro abandonado. Lo merecía.

Helena seguía tan engreída como siempre, pero igual de guapa, incluso más. Me daba una rabia tremenda que los años no le hubieran pasado factura. A decir verdad, estaba exactamente igual que hacía diez años, incluso en lo que a cerebro se refería, no había madurado absolutamente nada.

Mientras ella me hablaba encendí mi móvil, me daban ganas de grabar aquella conversación para poder jactarme de ella más tarde con Alicia y Denisse, pero no lo hice. Vi los mensajes con las llamadas perdidas de Héctor esa mañana y solté el aparato dentro del bolso. Sabía que después de esto iba a pasar a mejor vida, no volvería a sonar jamás y nunca, a no ser que telefonara mi madre.

Fue bueno llevar la reserva de los ataques de pánico, porque después de aquella tarde de encuentros, debía comprarme el doble de cosas para quedarme igual de satisfecha.

Apenas me quedaban un par de días de vacaciones y pensaba emplearlos al máximo en gandulear, gandulear y gandulear y si me quedaba algo de tiempo, podría darme un salto a la playa a tomar algo más de sol y volver tan morena que causase la envidia más horrible en todas mis compañeras de trabajo.

Habían pasado como unos cuatro días desde mi último encuentro con Héctor, por un instante me deprimí. Pensé que no se iba a rendir tan pronto, pero sabía que era lógico. Le había dado un buen corte. Empezaba a pensar que no volvería a saber de él, hasta que una mañana oí mi móvil.

HÉCTOR 🗨️

«Hola preciosa, espero que estés mejor de tu gripe. Quería pedirte disculpas por lo del otro día. En ningún momento he pretendido controlarte o ponerte una etiqueta de propiedad privada, tal como iban las cosas pensé que había algo más entre nosotros y me sorprendió tu reacción».

GEA 🗨️

«Tranquilo. Estoy bien. Siento haberte hablado así».

Respondí rápidamente, aunque no lo sentía en absoluto, lo merecía por haberse liado con la tarántula viuda negra, se me había abierto algo aquella vieja herida olvidada después de encontrarme con Helena.

HÉCTOR 🗨️

«Me gustaría volver a verte. Si a tus otros amigos no les importa. ¿Quedamos?».

GEA 🗨️

«La verdad, Héctor, estoy súper liada. Me encantaría quedar contigo, pero ya te avisaré, ahora mismo me coges fuera de juego».

Y me autoconvencí de que así era, deseaba terminar de leerme aquella novela romántica antes de empezar a trabajar. Luego no tendría tiempo para nada, estaría siempre con prisas y mal humor y no me apetecería leer. Definitivamente estaba demasiado ocupada para quedar con él. Posé el libro en mi estómago tirada en el sofá y recordé su roce de labios. Me hubiera encantado sentir ese piercing, pero lo que realmente quería era hacer míos sus besos y que ninguna otra mujer los probara, lo cual sabía que era imposible. Me estaba engañando, era consciente de ello, me apetecía verlo más que nada en el mundo, pero no quería ceder porque me daba

miedo encariñarme de él y que volviera a hacerme daño. Al fin y al cabo, Helena se había enterado de que él estaba a punto de rogarle que volvieran, y yo no quería entrometerme en nada parecido.

Me sentí deprimida, no me contestó al último mensaje. Se había hartado de esperar. Yo no necesitaba otro *cuernífero* que arruinara mi vida. Si ya se había cansado, es que para nada estaba interesado en mí. Y definitivamente, con el paso de los días, descubrí que se había cansado.

Las vacaciones llegaron a su fin, llegó la hora de volver a la oficina, lo que ayudó a que el tiempo volara. No tenía un instante para pensar en él ni en ningún otro hombre. Excepto cuando llegaba el fin de semana. Si salía de fiesta con Alicia, veía a todos aquellos babosos arrastrándose por un poco de sexo, que yo no les iba a dar. Ella me intentaba animar para que llamase al dios griego, pero yo no terminaba de convencerme.

Salir con Denisse era diferente, los tíos seguían siendo los mismos arrastrados, sobones y borrachos de siempre a los que yo no hacía caso. Pero ella me repetía una y otra vez que lo mejor que había hecho era apartar a Héctor de mí. Tenerlo cerca me produciría muchas heridas que luego costaría cicatrizar.

Eran como mi ángel y mi demonio particulares. Decidí no hacer absolutamente nada y dejar pasar el tiempo.

## Capítulo 9

El nivel de estrés en el trabajo estaba a punto de terminar conmigo. No paraba en todo el día, y la mayoría de las veces me quedaba horas de más para poder avanzar un trabajo que se apilaba cada vez más encima de mi mesa. Necesitaba ayuda de inmediato, esto pasaba de castaño a oscuro. No podía trabajar siempre al doscientos por ciento.

Entré al despacho de mi jefe, con el que me llevaba realmente bien, lo que me permitía una serie de privilegios, como suplicarle algo de ayuda sin que me diera una patada en el culo.

—Por favor, Omar, lo estoy pasando mal. No doy abasto. Necesito algo de ayuda, aunque sea a media jornada —le supliqué una vez más.

—Se sale del presupuesto Gea, sabes perfectamente que andamos contando hasta el último céntimo que gastamos —contestó tan radicalmente como lo hacía otras veces.

—Pero si pudiéramos sacar adelante todo el trabajo atrasado tendríamos más contentos a los clientes y aumentarían el número de pedidos, estoy casi segura de ello. Ahora tenemos un volumen de facturación bastante elevado, y la mitad de las veces los clientes se quejan por lo lento de los trámites o por no poder darles un servicio adecuado, no contestar con relativa rapidez sus llamadas y sus quejas —expliqué desesperada.

—Está bien, está bien... lo pensaré. Pero no puedo permitir que te relajes. Si entra alguien nuevo al despacho, tú serás la encargada de enseñarle y serás tú la que tenga que asignarle las



tareas que consideres oportunas. Yo ya tengo bastante jaleo como para centrarme en alguien nuevo.

—No te vas a arrepentir. Tú elige a alguien y yo haré todo lo demás.

Así que no me sorprendió para nada volver tres días después y ver a una joven muchacha esperando por mí en el sofá de la recepción que se presentó tendiéndome la mano en cuanto me vio.

—Buenos días. ¿Es usted Gea Almeida? —asentí—. Soy Graciela Suárez, me envía el señor Omar Dasilva. Me pidió que estuviera hoy aquí a las ocho y que usted sería la responsable de asignarme el puesto.

Me quedé algo sorprendida. Era una chica encantadora y muy joven. No le echaba más de unos veintidós o veintitrés años.

—Hola, sí, yo soy Gea. Pasa, te acompañaré hasta nuestro Departamento. Primera regla, no vuelvas a tratarme de usted nunca más —le sonreí y le guiñé un ojo.

Estuve toda la mañana con aquella muchacha. Parecía un encanto y no la dejé respirar. Otra en su lugar, hubiera salido huyendo de esa locura.

—Te pido que no te asustes. Este puesto es una gran oportunidad. Aquí nunca vas a aburrirte. Hay muchísimo trabajo —ella asentía sin perder la sonrisa ni por un instante.

Durante la hora del café me la llevé al *office* para que pudiera comprar algo en la máquina expendedora y desayunar. Por primera vez iba a tomarme los veinte minutos que me correspondían para poder charlar con aquella chiquilla. Su rostro se me antojaba familiar, y me resultó tan respetuosa y agradable, que al final del día era como si la conociese de hacía meses.

Le asigné una mesa junto a la mía. Cerca de la ventana, había unas vistas preciosas y le harían las mañanas de locura algo más amenas.

—Ésta es tu mesa. Por favor, es tuya. Si quieres personalizarla, darle tu propio toque, adelante. Yo tengo un montón de trastos inútiles que —miré alrededor y bajé la voz hasta que sonara como un susurro para que nadie me oyese—. Nadia odia a muerte —Nadia era la limpiadora y siempre me estaba llamando la atención cada vez que traía algún muñequito nuevo para mi escritorio o añadía alguna foto o un bolígrafo nuevo a la colección.

Ambas reímos y Graciela parecía muy a gusto al final de la jornada. Para nada necesitaba una chica que me hiciera perder el tiempo y saliera histérica por la puerta gritando que parecía una loca energúmena. Mejor era tomarme mi tiempo, aunque el trabajo se acumulara, para poder explicarle a la nueva ayudante, cuáles serían sus funciones y que se sintiera acogida antes de soltarle todo el trabajo.

Esa misma tarde pasé delante de una librería donde le compré a Graciela unos bolígrafos infantiles con florecillas, a mí me encantaban esa clase de bolígrafos y no veía la razón de por qué no tenerlos en el trabajo si eso me hacía sentir mejor.

Al día siguiente me agradó ver que la muchacha había traído un portarretratos, con una foto que no atinaba a ver desde mi sitio. Agradeció los bolígrafos nuevos y me ofreció la más amplia de las sonrisas. Ya me la había ganado, estaba segura, ya no iba a salir corriendo cuando viera que no iba a tener tiempo de respirar.

En la hora del descanso me acerqué a su mesa y me quedé mirando la foto, en ella había una niña muy pequeñita. Tenía unos

ojos preciosos y se parecía mucho a ella. ¿Era madre? ¿Podría aquella chiquilla de no más de veintitrés años ser madre? Me resultaba familiar, pero ¿acaso no se parecen todos los niños cuando son pequeños?

Mientras nos tomábamos un café, Graciela me contó que su pequeña tenía algo más de un año y que era fruto de una noche loca con su actual ex novio, Jaime. Cuando el pequeño pterodáctilo se dio cuenta de las responsabilidades que acarrearía tener una hija, cogió vuelo cual dinosaurio asustado, dejando tiradas a la madre y a la niña. Graciela me contó que su familia la había ayudado mucho, sobre todo su hermano, que se desvivía por la pequeña y no dejaba que nunca le faltara de nada.

Definitivamente me parecía una chica muy madura para su edad y que trabajaba de una forma muy responsable. Además habíamos conectado bien, lo cual me parecía importante, ya que pasaríamos muchas horas al día juntas.

Días más tarde vi llegar a Graciela por la mañana en su moto, era enorme, cosa que sorprendía al ver el aspecto de ella. Era muy menudita y delgada, con una piel realmente morena y no demasiadas curvas. Tenía una angelical cara de niña de esas que nunca han roto un plato. Unos labios carnosos y un pelo sedoso de un color castaño claro, con algún que otro toque rubio debido al sol del verano. Sus grandes ojos eran muy oscuros, no sabía distinguir si llegaban a ser negros, y seguía resultándome muy familiar, cada vez más. Pero no tenía ni idea de dónde podía haberla visto antes. Al menos hasta que me fijé bien en aquella moto, juraría que ya la había visto, era una moto peculiar. Y caí en cuenta.

«¡No puede ser!», me dije, notando como se me secaba la boca. Se me puso la piel de gallina y no necesitaba pensar demasiado para saber que esa moto estaba en mis fantasías más tórridas con Héctor, cuando se quitaba la camiseta para poder salvarme de un gran charco de barro que me había pringado por completo y luego se acercaba y... agité la cabeza. No era el momento para pensar en aquello.

Tenía que acordarme de aquella primera conversación hacía meses, ¿Cómo demonios había dicho él que se llamaba la marca de aquella moto? No podía recordarlo en aquel momento en que había entrado en pánico por la posibilidad que se me venía a la cabeza.

—¡Hola Graciela! Pero pedazo de moto más bonita, con esa cara de niña buena que tienes, jamás te hubiera imaginado en un trasto así—Graciela rio alegre.

—¡Eh! Gea, no le llames trasto a mi Ducati Monster. Lo nuestro fue amor a primera vista, estuve reuniendo mucho tiempo para poder comprármela y mi hermano me ayudó como regalo de cumpleaños.

Ya no me cabía la menor duda de que Graz era la hermana de Héctor.

En cuanto entramos a la oficina, mi compañera se ausentó al cuarto de baño y lo más deprisa que pude, entré en Facebook para comprobar mis temores. Al pinchar en las fotos del perfil de Héctor vi que tenía una carpeta nueva que ignoré y fui directamente a la que había estado curioseando al principio de encontrarnos en esa red social.

No me lo podía creer, era Graciela. Dios, tenía que intentar que Héctor no supiera que trabajaba conmigo.

Entonces recordé que los primeros días que Héctor y yo hablamos me dijo algo de que su hermana necesitaba trabajo, que nadie le había ofrecido una oportunidad según terminó sus estudios de Administración y yo le di el correo electrónico del Departamento de Recursos Humanos de mi oficina, para que ella pudiera echar el currículum. Realmente lo hice para quedar bien, puesto que hacía meses que en la empresa no contrataban a nadie.

Vi acercarse a Graciela y cerré rápidamente la pantalla de Internet y pinché en el acceso del programa de facturación. Me brindó una enorme sonrisa y se puso a trabajar.

## Capítulo 10

Nos adentrábamos en diciembre y Graciela había pasado a ser Graz, que era como la llamaba toda su familia. Enlazamos una bonita amistad, ya no era la hermana de Héctor que me suponía un peligro. Al fin y al cabo llevaba más de dos meses trabajando allí y él no había dado señales de vida. Si sabía o no, que su hermana trabajaba en la misma empresa que yo, no se había dejado caer por allí.

—Oye Graz, no sé si podrás librarte un ratillo de la pequeñaja. Pero este fin de semana vamos a reunirnos unos amigos en mi casa. Nada del otro mundo, un par de botellas de vino y algo de comida. Quizás te apetece venirte y despejar la mente un poco de la vida de madre. Eres muy joven, deberías divertirte más. Si no quieres conducir después hasta tu casa puedes quedarte a dormir, tengo una habitación vacía.

Graz sonrió ampliamente, parecía agradecida. La había invitado porque me apetecía realmente, nos llevábamos cinco años, pero era una chica muy madura para su edad (a veces podría jurar que más que yo, incluso) y me caía muy bien. El encanto sería de familia, seguro.

—Pues la verdad es que me apetece mucho. Le voy a pedir a mi hermano que se quede con Daiara —contestó feliz.

—No creo que Héctor tenga el menor problema.

A Graz se le volatilizó la sonrisa de la cara y se me quedó mirando asombrada.

—¿Cómo sabes que se llama Héctor?

—Eeeehh, pues no sé —«¡Que se me ocurra algo! ¡Que se me ocurra algo!» —. Sin duda alguna me lo habrás dicho tú en alguna de nuestras conversaciones, no voy a adivinarlo, ¿no?

Reí tranquilamente, quitándole importancia y Graz me miró extrañada. La verdad es que dudaba que ella alguna vez lo hubiera llamado por su nombre, ya que apenas había pasado una semana desde que me dijo cómo se llamaba su pequeña. Pero pareció quitarle importancia y yo respiré aliviada por ello. No me apetecía contarle toda la historia de Helena, la tarántula quita novios.

El viernes por la noche apareció Graz en casa, traía una bolsa con un montón de golosinas. Genial, como le metiera mano a aquella bolsa, le embutiría tantas calorías a mi cuerpo, que necesitaría algo más que piña y una buena semana de ejercicios intensivos para bajarlo todo. Le serví una copa de vino y se sentó en la cocina, mientras Alicia y yo terminábamos de preparar unas patatas bravas, tortilla española, pimientos fritos y alguna que otra cosa más.

Alicia y Graz encajaron a la perfección. Yo le había contado todo a mi amiga sobre mi nueva compañera de trabajo, y le pedí que por favor no se le ocurriera nombrar a Héctor en su presencia. Me llevaba muy bien con ella y no quería que supiera que conocía a su hermano y menos que habíamos tenido un medio romance cuando éramos más jóvenes, con todas las explicaciones que eso conllevaría.

Graz se desenvolvía muy bien, al principio podía parecer algo tímida, pero enseguida comenzó a hablar con todo el mundo. Su voz sonaba muy dulce, siempre tenía una sonrisa que ofrecer y algo inteligente que decir.

Samuel, Denisse y Robert llegaron prácticamente al mismo tiempo y un rato más tarde vino Mario, el hermano de Samuel.

Le había insistido al novio de mi amiga hasta la saciedad para que trajera a su hermano a casa, pues yo lo había conocido hacía unos meses y me pareció un chico serio, responsable y agradable. Un tanto inmaduro para sus veintiséis años, pero ¿qué hombre no lo es?

Mario era guapo, tenía buen cuerpo y una sonrisa de dientes perlados digna de un anuncio de Profident y estaba soltero, por lo que había pensado muchas veces en presentárselo a Graz, la cual, para mi desilusión, no le prestó la menor atención en toda la noche. Se había pegado a mí cual lapa, escuchaba todo, reía, contaba alguna anécdota y hacía como en ese villancico de Navidad. Bebía, bebía y volvía a beber. Hacia el final de la noche Mario se acercó a ella y los vi hablando durante un ratito.

Lo estábamos pasando bien, solo se escuchaban risas y cuando habíamos vaciado buena parte del alijo de botellas, conectamos un videojuego nuevo que me había comprado, con el cual nos pusimos todas a bailar. Los hombres no, claro, no fueran a perder su dignidad.

Cuando nos cansamos de menear las caderas y nos costaba mantener el equilibrio, la respiración y seguir el ritmo, dejamos que ellos pusieran un juego de esos de disparos y zombies, que había traído Samuel la semana anterior. Ninguna de nosotras parecía muy entusiasmada con el cambio, así que nos apostamos en la cocina a tomarnos la última.

—Oye Graz, te quedas a dormir, ¿verdad? No quiero que cojas ahora la moto —le pedí, aunque lo cierto es que lo daba por



hecho, con la cantidad de alcohol que había ingerido.

—Ah, tranquila, no he traído la moto. Me iré en taxi a casa, no quiero molestar.

—¡Pero si es muy tarde! ¿Tienes que recoger ahora a la niña? ¿No la puedes dejar a dormir con alguien? —protesté.

—Sí, sí. Está con mi hermano, pero no sé, no quiero abusar. Ni de ti, ni de él —insistió.

—A ver, Graz, son cerca de las cuatro de la madrugada y tienes al menos botella y media de vino en el cuerpo. Es mejor que duermas hoy aquí y cuando estés descansada y despejada vayas con tu mocosa, seguro que si te vas ahora no podrás dormir más de un par de horas.

Se lo pensó un rato y aceptó. La vi teclear un mensaje para Héctor, supuse. De pronto me sentí súper triste y sola. Lo echaba de menos y odiaba con toda mi alma reconocerlo. Me hundí poco a poco en lo que ingería el contenido de la última copa. Como Graz se dio cuenta de mi cambio de humor y no quería mentar a su hermano, le conté la historia de Marcos, con la que había terminado muy jodida. El nivel de alcohol alcanzó su punto más álgido y, cuando caí en la cama, hundí la almohada en mi cara para llorar un rato antes de quedarme dormida, que horrible me sentaba siempre ese Lambrusco barato.

Me desperté sobre las ocho cuando oí ruido en la cocina. Era Graz, estaba intentando prepararse un calmante y una infusión de manzanilla. Reí.

—Chica, necesitas salir más. ¿Con cuatro copas ya necesitas un remedio para la resaca?

—Perdona —se disculpó susurrando, como si con su voz pudiera despertar a Alicia y a Samuel, que aún con la puerta cerrada de su dormitorio se oían los ronquidos. Los demás se habían ido la noche anterior—. Dentro de un ratito me voy, ya sabes, mi pequeña diablilla me necesita. No acostumbro a salir.

—Espera, me ducho y te llevo a casa.

—Ah, tranquila. Anoche le mandé un mensaje a mi hermano y le di tu dirección para que viniera a recogerme. Me ha llamado hace una media hora, que sobre las nueve estará aquí.

Palidecí por completo, atiné a girar mi cabeza a un lado y ver las pintas que tenía en el espejo. ¡Estaba horrible!

—¿Estás bien? Tranquila, es mi hermano. No pasa nada —se excusó.

—Sí, claro, estoy bien. Voy a vestirme.

Me duché a toda prisa y me puse unos vaqueros y la primera camiseta limpia que encontré en el cajón. Até mi cabello en una cola de caballo y me puse un mínimo de maquillaje.

—¿Vas a salir? —me preguntó Graz.

—¿Eh? No, no.

—Genial, quiero presentarte a mi hermano. Te va a encantar —dijo con una sonrisa. «Ya... ya... no sabes cuánto, bonita», pensé.

—Graz, yo...

Oímos un coche parar en la entrada. «Que no sea él, que no sea, por Dios, que no sea». Y oí el timbre. «¡Mierda! Es él».

Las piernas me temblaban camino a la puerta. Lo primero que vi fue una renacuaja mirarme desde muy abajo que en cuanto vio a Graz entró corriendo a casa, sin ser invitada, para abrazarla.

Mi compañera se agachó para besuquear a la pequeña suelta mocos.

Y ahora sí, me giré, no me quedaba más remedio que enfrentarme a ese momento. Allí estaba él. Estaba morenísimo, nunca le había visto ese color tan tostado y parecía aún más delgado que la última vez.

—Hola Héctor, pasa por favor —murmuré.

Héctor se acercó y se me quedó mirando a los ojos. Me dio dos besos y pasó dentro. En ese instante Graz se dio cuenta de que ahí pasaba algo raro. Así no se saludaban dos completos desconocidos, normalmente uno espera a las presentaciones.

—Hola Gea. ¿Has cuidado a mi pequeño monstruo? —dijo mientras daba un abrazo a su hermana.

—Bueno, ¿alguien va a explicarme que está pasando aquí? —preguntó Graz cruzándose de brazos. Suspiré y cerré la puerta. Necesitaba otro café urgentemente.

—Siento que esté todo hecho un desastre —desvié el tema, evitando su mirada— puedes sentarte donde veas un hueco libre. Voy a hacer café —Graz me miraba sin poder cerrar su boca, pasmada y me dirigí a la pequeña— Hola Daiara, yo soy Gea, ¿quieres una galleta de chocolate?

A la niña parecieron salirse los ojos de las órbitas y me dijo que sí mientras cogía mi mano y me la llevaba a la cocina a atacar la caja de oreo que Alicia había comprado. No quise salir de allí. Oí a Héctor y a Graz hablando en el salón. No sabía si ella se enfadaría por haberle ocultado que conocía a su hermano.

Llevé una bandeja con tres cafés y el paquete de galletas de chocolate, puesto que la niña ya iba por la segunda galleta y no

parecía haberse quedado satisfecha aún. Le serví un vaso de leche a la pequeña. Me senté silenciosamente en el sofá, al lado de Héctor, frente a Graz. Dejando que hablara él.

—Bueno y ella me dio la dirección donde enviamos tu currículum —no sabía hasta dónde le había contado, pero Graz miraba como un pasmarote de mí a él y de él a mí. Y me lancé a hablar.

—Perdona que no te dijera que conocía a Héctor. Cuando entraste a trabajar ni siquiera sabía que eras su hermana. Una vez vi una foto tuya y me sonaba mucho tu cara, pero no caí en quién eras hasta que vi tu moto —me sonrojé, porque cada vez que recordaba aquella moto venían pensamientos impuros que ahora mismo no me podía permitir tener en la cabeza—. Luego me pareció algo fuera de lugar hablarte de él, al fin y al cabo, hacía mucho que no nos veíamos.

—¿Y por qué ya no os veis? —preguntó sin entender aún que me resultaba muy incómoda toda aquella situación. Miré a Héctor y él me dio una señal para que siguiera hablando yo.

—Mira, cuando lo conocí no tuve una buena experiencia con él y después intenté que fuésemos amigos, pero no resultó —expliqué al fin.

—¿Amigos? —preguntó él molesto—. Pero si me comías con la mirada desde el primer momento.

—Por favor, Héctor, no es el momento.

Graz empezó a sonreír, le estaba divirtiendo todo aquello. Ella era mi compañera de trabajo, casi mi subordinada, tenía que guardar la compostura para que no me perdiera el respeto.

—Gea, no sé a quién pretendes engañar. Sabes tanto como yo que había algo más y me espantaste como a un gato negro en mitad de la noche —me sorprendía que Héctor soltara aquello tan directo y delante de su hermana y sobre todo me alucinaba que pareciera molesto.

—Bueno, si tú sabías que ella trabajaba conmigo, ¿por qué no le dijiste nada?

—¡No lo sabía! Yo no recordaba el nombre de tu empresa. Además llevo fuera casi dos meses. He estado trabajando en Túnez en una obra para poder reunir algo de dinero. Llegué la semana pasada —miró a su hermana buscando apoyo, que aún le costaba asimilar que su media jefa y su hermano estuvieran discutiendo en un salón por motivos sentimentales mientras tomaban café.

—Es cierto Gea, se fue hace tiempo, ¿por qué crees que está tan moreno?

—No sé... ¿la playa? —contesté molesta. No era justo, dos contra uno—. Bueno, me es indiferente, tú tampoco te has esforzado por verme.

—Bueno, creo que no hace falta que mi hermana lo sepa todo, pero se podría decir que me espantaste al menos dos veces —explicó refiriéndose al día que le dejé plantado frente a la puerta de mi casa y al último mensaje que recibió de mí.

—Pues sí, no es necesario que ella lo sepa todo, no vaya a averiguar que su hermano fue un capullo que me partió el corazón.

De repente me miraron los dos como si hubiera dicho la cosa más horrible del mundo y por alguna extraña y estúpida razón se me saltaron las lágrimas, supuse que el alcohol todavía hacía mella. Me sentía juzgada y amenazada. Sin duda había sido mala idea trabar

esta amistad con Graz, no me traería nada bueno. Tarde o temprano esto iba a ocurrir.

Graz fijó la mirada en su hermano, no podía abrir más la boca del asombro, pero todavía parecía divertida. Cosa que aún me fastidió más.

Recogí la bandeja y me dirigí a la cocina, donde sin necesidad alguna (teniendo en cuenta que tenía lavaplatos) empecé a lavar los platos sucios de la noche anterior.

—Gea... yo... —Héctor me había seguido.

—Déjalo, Héctor, ¿quieres? Es agua pasada, no sé por qué he dicho eso —me disculpé abochornada por el espectáculo gratuito que acababa de dar.

—Lo siento, sé que fui un cerdo y te hice daño.

—He dicho que lo dejes, ¿acaso no me has oído? —me estaba empezando a cabrear, de un momento a otro iba a empezar a echar a gente de mi casa.

—Gea, yo no soy tan mala persona. ¿Por qué no me das la oportunidad de conocernos?

—Porque tú no querías conocerme, lo que querías era echar un polvo y salir corriendo. Lo veía en tu cara, veía como pensabas. ¡Vamos! Está desesperada por un poco de cariño, es el momento oportuno... ya lo he vivido, Héctor, sé cómo funciona esto.

—Me parece increíble que pienses eso. Ya no tengo veinte años, no soy un niño con las hormonas revolucionadas. Realmente quería que nos conociésemos mejor, ser tu amigo. Tú fuiste la que coqueteaste desde un principio.

—¡No es verdad! —protesté, enfadándome más.

—Gea, sabes que sí lo es.

—Bueno, quizás un poco —susurré enfurruñada.

—Gracias por darle trabajo a mi hermana.

—No sabía que lo era, no mentí en eso —expliqué.

—Gracias de todas formas, parece otra persona desde hace meses.

—Es muy fácil quererla. Es muy buena persona y muy buena trabajadora —dije con sinceridad, Graz había calado mucho en mi corazón, para mí era inevitable quererla.

—Lo sé —me dijo henchido de orgullo.

—Estoy aquí, ¿recordáis? ¿Podéis dejar de hablar de mí como si os diera pena? ¡Los que dais pena sois vosotros! —gritó desde el salón riendo. Héctor también rio y yo intenté esbozar una sonrisa, que se quedó en algo de medio lado demasiado falso.

Oí a la pequeña Daiara llamar a gritos a su madre, había descubierto mi colección de películas Disney y parecía como loca. Fui hasta el salón y le dejé elegir una que le puse en el reproductor. La pequeña se sentó en el sofá con la sonrisa más amplia del mundo y desde ese momento no había niña en aquella habitación.

—No te molestes Gea, ya me voy. No quiero darte más trabajo, seguro que quieres dormir un rato —me pidió mi compañera.

—Tranquila, Graz. Quédate, aún pareces cansada. La niña estará entretenida un par de horas, a no ser que Héctor se tenga que ir —una parte de mí quería que se fuera y otra que se quedara, poder hablar un rato más... sí, Héctor me gustaba, a pesar de todo... me gustaba.

—No, no tengo nada que hacer, por mí está bien —replicó Héctor rápidamente.

—Está bien —Graz abrió la nevera y se sirvió un vaso de leche, al que añadió dos buenas cucharadas de Cacao, ¿Quién tuviera ese cuerpo angelical para poder tomar cacao de nuevo? Se sentó al lado de la cría y se dispuso a pegarle un buen asalto a la caja de galletas de chocolate. Alicia iba a matarme cuando viera que se había quedado sin provisiones.

Sonreí, me gustaba que se sintiera como en su casa.

—¿Me darás una oportunidad de ser amigos? —preguntó Héctor cuando nos quedamos a solas de nuevo. Decidí meter los platos que quedaban sucios en el lavavajillas.

—Sigues aquí, ¿no? Si no quisiera darte una oportunidad, ya estarías de patitas en la calle.

Sonrió y se acercó a mí por detrás. Me abrazó.

—Gracias, bruja.

—De nada, capullo devora tarántulas —solté.

Él me miró extrañado, pero yo no estaba dispuesta a explicarle los diversos motes que le había puesto a Helena. Me ayudó a poner el resto de loza en el lavaplatos y nos sentamos en la cocina a mantener la conversación más larga, agradable y sincera que habíamos mantenido.

—¿Sales con alguien? —me preguntó.

—No —la pregunta que temía había llegado. No, no salía con nadie y tampoco me salía mentirle.

—¿Y todos esos amigos con los que quedas? —preguntó desconfiado.

—Eehh, bueno quizás te dije alguna mentira. No voy quedando por ahí con todos los tíos con los que me cruzo —expliqué algo avergonzada—. Y tú, ¿sales con alguien?



—No, la última fue Helena —se me revolvieron las tripas al oír el nombre de la serpiente venenosa.

—¿Todavía la quieres? —pregunté incómoda.

—¡No, por Dios! Bueno, un cariño siempre queda por alguien con el que has pasado un largo tiempo de tu vida, pero nada romántico.

—Pues ella está convencida de que vas a volver suplicándole —le conté el pequeño encuentro que tuve con ella el día que me iba de compras.

—No le hagas caso. Ella sabía que nos habíamos visto últimamente y supongo que lo que quería era que se lo contases todo o quizás darte a entender que cuando ella quisiera volvería a ser suyo —dijo.

—¿Y es así? —insistí.

—No me escuchas, ¿verdad? ¡No! La dejé hace mucho tiempo, no quiero volver con ella ni loco. Mira, no me preguntes qué vi en ella, ni por qué te dejé a ti. No lo sé, pasó y ya está. Con ella tuve una bonita relación, pero ya se terminó —parecía ofuscado por la cara que se me quedaba cada vez que salía Helena en la conversación.

—¿Y ahora vienes a buscar el segundo plato?

—¿Segundo? ¿Creí que ella había sido la segunda? Tú fuiste la primera.

Agaché la cabeza, todavía lograba enojarme tremendamente al imaginar a aquella arpía contonearse delante de él, dispuesta a llevárselo por todos los medios. Pero en parte él tenía razón, yo había sido la primera, aunque después me volviese invisible para él.

—Ya —sin embargo, no me hacía sentir mejor.

Héctor elevó mi cabeza del suelo y se acercó para besarme, cosa que no hizo, pues de repente una criaturilla entró en la cocina.

—Toto, caca —Daiara tiraba de la pernera del pantalón de su tío.

—¿Toto? —Reí a carcajadas y Héctor se sonrojó.

—Es que todavía es muy pequeña, no sabe decir Héctor. Voy a cambiarle los pañales.

Le seguí hasta el salón. Graz se había quedado dormida en el sofá, fui hasta el cuarto donde había dormido ella y cogí la manta que había dejado doblada encima de la cama. Hoy no hacía demasiado frío, pero toda la noche con las ventanas abiertas, hicieron que se refrescara demasiado el salón. Le pasé la manta por encima y me reuní con Héctor que luchaba con un pañal asquerosamente lleno de cacas, para no mancharse. Parecía tener mucha maña.

—¿Quieres probar? —preguntó mirándome con gesto divertido.

—¿Yo? Ni muerta. Todavía no me ha aflorado tanto el instinto maternal, gracias, Toto —dije entre risas y él me dirigió una mirada asesina.

—Tengo un pañal lleno de cacas en la mano, no me hagas usarlo contra ti.

—Oh, perdóname señor Toto —más risas. La niña también reía como si entendiera de qué iba todo aquello y le divirtiese que le estuviera tomando el pelo a su tío.

Una vez quedó limpia y reluciente, Daiara fue a sentarse en el sofá, esta vez más cerca del televisor, porque yo había bajado un

poco el volumen para dejar descansar a Graz. Dejó de haber niña otro buen rato más.

Héctor tiró el pañal y fue al cuarto de baño a lavarse las manos. Vino hasta donde estaba yo en la cocina, que andaba buscando en la nevera algo para picar que no tuviera chocolate, ya había comido demasiadas calorías y agarré un yogur desnatado.

Me abrazó por detrás y empezó a hacerme cosquillas.

—No, Héctor, no, que están todos durmiendo —protesté sin parar de reír, derritiéndome en sus brazos.

—Este es el ataque de Toto —me dijo y siguió haciéndome cosquillas sin responder a mis plegarias. Acabé en el suelo pataleando mientras él no me dejaba escapar de sus brazos.

De pronto entró a la cocina lo que quedaba de Alicia, con los pelos completamente alborotados y los ojos aún pegados. Llevaba un pijama demasiado escotado y demasiado transparente. Se despertó de sopetón al ver a Héctor y a mí allí jugando en la cocina.

—Tranquilos, solo quiero un café, yo no estoy —pasó y se sirvió el café sigilosamente, mientras Héctor había parado de hacerme cosquillas pero, aferrado a mí, no me dejaba moverme.

Alicia se acercó hasta mí, parecía que todavía estaba borracha. Se agachó dejando entrever demasiado de su escote y Héctor apartó la mirada.

—No sé cómo ha pasado esto, pero que os divirtáis —me susurró como si él no estuviera allí o no pudiera oírlo.

Se dio la vuelta y se metió otra vez en su dormitorio, donde pronto se empezaron a oír risas. Samuel se había despertado.

Me quedé sentada en el suelo, entre los brazos de Héctor. Ya no me parecía un dios griego, me parecía un chico normal y

corriente. Alcanzable por primera vez desde que lo conocía.

—Gracias por perdonarme la forma en que te traté —le dije arrepentida por haberlo espantado de aquella manera sin mantener esta conversación antes.

—Lo mismo digo —sonreí— y gracias por haber venido a cuidarme, pero realmente no estaba enferma.

—Pero... ¡serás mentirosa! Estabas caliente como una estufa —al segundo de decirlo, se dio cuenta de lo que había pasado y se echó a reír, dejándome completamente ruborizada.

—No tiene gracia, Toto.

—Sí la tiene, bruja —refutó.

Ahora sí, nuestros labios se rozaron y sentí un pellizco en la boca de mi estómago. Pensé que iba a seguir, que me besaría de verdad, que me dejaría probar ese piercing que tanto me había provocado. Pero se levantó y me tendió las manos para ayudarme a levantar.

—Tengo que irme, cielo. Hemos quedado con mis padres en menos de dos horas y seguro que Graz quiere tomar una ducha antes de salir de casa.

Asentí decepcionada. Pretendía que no se marchase nunca más de mi casa. Que pasase a mi habitación y me hiciera sentir mujer de una vez por todas pero en lugar de ello despertó a su hermana y cogió en brazos a la pequeña.

—Gracias por todo Gea, lo pasé muy bien anoche —me dijo Graz.

—De nada. Yo también lo pasé bien. Espero que vuelvas a venir otro día. Nos vemos el lunes —me dio dos besos y Héctor vino hasta mí con la cría en los brazos.

—¿Le das un besito a Gea? —la pequeña mocosa asintió con la cabeza y posó un tierno y baboso beso en mi cara. Sonreí. Me caía bien aquella niña.

Héctor se acercó y me besó en los labios dejando a Graz con la boca abierta.

—Pero bueno, ¿esto qué es? No se puede dormir una un rato —los tres reímos y me dio otro beso antes de salir de casa.

—Te llamaré esta noche, por favor, no apagues el teléfono ni desaparezcas del mundo —me pidió.

—No lo haré —le di un último beso antes de cerrar la puerta y quedarme con una sonrisa de bobalicona sentada en el sofá del salón. Me lancé a las galletas de chocolate, la ocasión lo merecía.

## Capítulo 11

No pude ver a Héctor en toda la semana, teníamos un lío tremendo en el trabajo y sus jornadas tampoco bajaban de las doce horas. Él aprovechaba para ir a buscar alguna vez a Graz, que como estaba a media jornada, podía permitirse desconectar un poco y tener algo de vida propia.

La primera vez bajé a saludarlo, con un beso fugaz en los labios. La segunda subió hasta mi oficina, donde yo debía guardar las formas y no le di más que un par de besos en las mejillas.

Estaba deseando que llegase el fin de semana, verlo y quedarnos a solas.

—Cielo ¿Qué haces mañana por la noche? —le llamé para preguntarle el jueves.

—Mmm... creo que lo que me vas a ofrecer va a sonar más apetecible que cualquier plan que yo tenga, pero no puedo quedar este fin de semana. Tenemos una boda fuera de la ciudad y nos vamos mañana al mediodía hasta el domingo por la noche.

¡Qué idiota! Graz llevaba semanas hablando de esa dichosa boda, pero no lo había relacionado con él. Suspiré decepcionada, me moría de ganas por verle y sobre todo por besarle de verdad.

—Bueno, no pasa nada. Supongo que puedo esperar otra semana más —dije decepcionada.

—¿Esperar a qué?

—Eeeh, ¿qué? ¿De qué hablas? —disimulé—. No sé, a verte...

—Si no tienes mucho trabajo podríamos almorzar juntos mañana. Graz tendrá que salir corriendo a preparar las cosas, pero

yo ya tengo todo mi equipaje hecho.

Pensé en mi agenda, no debería salir antes de las cuatro de la oficina. Pero me apetecía tanto verle, que me acerqué a pedirle a Omar que por favor al día siguiente me permitiese salir a la una, que se lo compensaría.

Gruñó algo y luego dijo:

—Está bien, ya está más que compensado, no has dejado de hacer horas extras en los últimos tres meses —por eso me llevaba tan bien con mi jefe, era un cacho de pan.

Llamé feliz a Héctor de que pudiésemos tener una o dos horas juntos antes de irse.

El jueves a la una en punto me recogió en la puerta del trabajo, su hermana y yo acabábamos de salir por la puerta, íbamos charlando. Se acercó y me dio un beso fugaz en los labios antes de despedirse de Graz.

—Adiós, monstruito. Nos vemos después.

Me apetecía comer algo rápido y que nos diera tiempo a pasar por casa para darnos algunos arrumacos. Así que decidimos ir al primer McDonalds que nos pillara cerca del trabajo, en el cual tardaron más de tres cuartos de hora en atendernos y servirnos el almuerzo, estaba completamente masificado. Me había puesto del mal humor y ya no tenía hambre. En menos de una hora Héctor tenía que marcharse por piernas y no habría tiempo para nada.

Conseguimos sentarnos, me miró divertido y rio.

—¿Qué? —pregunté molesta.

—¿Estás enfadada?

—¡No! ¡No estoy enfadada! —tomé un sorbo de mi refresco intentando suavizar mi cara de mosqueo.

—De acuerdo, estás enfadada —bebió él también.

—Bueno, un poco —dije susurrando y forzando una pequeña sonrisa.

—¿Y puede saberse por qué la señorita bruja está enfadada? —bromeó.

—No me digas bruja, Toto —Héctor sonrió—. Quería darte al menos un beso en condiciones antes de que te fueras, ese piercing tuyo está a punto de volverme loca —me sinceré susurrando, no quería que me oyese nadie.

—Eso tiene arreglo —Héctor se levantó de su sitio frente a mí y cogió su bandeja. Se sentó a mi lado, soltó la bandeja y agarró mi mano.

—Héctor, ¿qué haces? Que no tenemos quince años para ir besándonos por ahí —protesté.

—¿Quieres callarte de una vez? Me vas a desconcentrar — me puse completamente colorada, mientras en la mesa de al lado un niño de unos cinco años se nos quedaba mirando asombrado y su madre le gritó: «¡Quieres comerte de una vez los nuggets!». El niño se volvió hacia su almuerzo y ya no me dio tiempo a ver nada más.

Me latía el corazón muy fuerte y no podía apartarme, Héctor me agarraba con firmeza. Me rozó los labios y se apartó un poco para mirarme a los ojos.

—Te daré solo un adelanto de lo que soy capaz de hacer — volvió a bromear.

Sentí su lengua caliente colarse en mi boca y por un instante pensé que me iba a derretir allí mismo. Jugeteó con la mía un pequeño espacio de tiempo y se apartó. Cogió la hamburguesa



dispuesto a comer, y me miró, como yo seguía pasmada, casi con la misma postura, soltó de nuevo la hamburguesa y me dio otro beso rápido antes de darle un mordisco a su almuerzo.

Creo que el color salmón me duró al menos una hora. El almuerzo fue un desastre, casi no pude probar bocado, deseaba más llevarme a aquel hombre a mi casa y hacerle el amor que comer aquella estúpida comida llena de grasa y calorías. Aún así intenté masticar lo más rápido que pude, no quería que Héctor llegase tarde.

—¿Por qué no te vienes? —me pidió.

—¿A la boda? ¿Fuera de la ciudad? No tengo equipaje hecho, ni ropa adecuada para vestir en una boda —protesté.

—No importa, coge lo primero que pilles y vente. Voy a sentirme muy solo sin ti.

—No puedo, Héctor. Soy incapaz de prepararme para ir a una boda de fin de semana en menos de una hora, en realidad creo que soy incapaz de dedicarle por lo menos unos dos o tres días.

Sonrió, parecía decepcionado. Algo me decía que llevaba todo el tiempo intentando reunir el valor para pedírmelo.

—Si me lo hubieras dicho desde el lunes, quizás hubiera aceptado, pero hoy es demasiado precipitado —aparte de que me daba pánico el hecho de que quisiera presentarme a toda su familia de repente en un acto como una boda. Muy buena idea no me parecía.

—El lunes no sabía que me iba a enamorar locamente de una bruja loca —soltó, así, sin anestesia ni nada —definitivamente no iba a poder probar un bocado más de aquel almuerzo. Me sonrojé

aún más de lo que estaba y agaché la cabeza—. Bueno, para ser sincero, sí lo sabía, pero no creí que fueras a corresponderme.

Sonreí de nuevo y tenía ganas de meter la cabeza entre los trozos de pan de la hamburguesa. Los chicos que estaban en la mesa de enfrente se nos habían quedado mirando y sonreían tiernamente. Le di una patada por debajo de la mesa a Héctor.

—Estupendo, yo te digo cosas bonitas y tú me pegas. Está bien eso —me sermoneó.

Reí aún más y me levanté dispuesta a tirar a la basura el resto de mi hamburguesa y a salir de allí de una vez. Él hacía rato que había terminado de comer y yo no podía comer más.

—Que te diviertas mucho, cielo —me obligué a no parecer triste. «¡Se va un fin de semana, Gea, por Dios no un año!», me auto-reprendí, porque no quería separarme de él.

—No podré sin ti —tampoco me ayudaba mucho que me dijera esas cosas.

—Sí que podrás, tonto.

Me abrazó y me dio un pequeño beso antes de subirse en la moto de Graz y salir calle abajo.

La sonrisa en mi cara duró esta vez todo el fin de semana, que trascurrió tranquilo entre películas, libros y charla distendida con Alicia.

El domingo por la noche me puse mi pijama de *Los osos amorosos*, me sentía más tierna que nunca y cené una ensalada rápida. Me senté delante del sofá y estuve media hora pasando canales sin ver absolutamente nada. Alicia estaba empezando a desquiciarse.

—¡Pero quieres estarte quieta de una vez! —bramó exasperada.

—Perdona —le tiré el mando— pon lo que tú quieras, esto es un aburrimiento.

Cogí la novela que había empezado a leerme el día anterior y me tumbé dispuesta a devorar lo que quedaba de ella, no tenía nada mejor que hacer. Cuando más cómoda me había colocado sonó el timbre, pero no moví mi culo al escuchar a mi amiga.

—¡Yo voy! ¡Yo voy! ¡Seguro que es Samuel!

Gruñí algo en el sofá y volví a hundir la cabeza en mi libro.

De pronto vi como unas rosas se interponían entre mi lectura y yo. Levanté la cabeza y vi a Héctor con un precioso ramo de flores. Quise que la tierra me tragara, tenía el pijama más infantil de toda la gama. Gracias al cielo que acababa de plancharme el pelo, para no tener que hacerlo a la mañana siguiente.

—Hola princesa —me levanté y cogí las flores, eran preciosas. Era la primera vez en mi vida que un hombre me regalaba flores. Alicia me las quitó de las manos para ponerlas en agua, sonriendo como si el regalo fuese para ella.

—Ey, me dijiste que llegarías muy tarde y no te podrías pasar —protesté.

—Realmente estoy muy cansado, pero solté todas las cosas en casa y vine nada más llegar. Me moría de ganas de verte.

Sonó el timbre de nuevo. Esta vez sí que era Samuel, que pasó y saludó a Héctor. Robándomelo durante unos minutos.

—Eh, no, no. Conversaciones de hombres otro día. Hoy es mío.

Eran cerca de las once de la noche y no quería que me dijera «me voy» sin siquiera haberme contado algo de su fin de semana.

—Vamos a mi habitación —tiré de él y nos tumbamos en mi cama.

—Eh preciosa, si me quedo aquí mucho rato, me voy a quedar dormido.

—No importa. Quédate hoy aquí si estás muy cansado, mañana puedes levantarte un poquito antes para pasar por tu casa a cambiarte para ir a trabajar —me escrutó con las cejas levantadas, no sé qué pensaba exactamente, supongo que creía que quería hacerle el amor durante toda la noche, que quería, obvio, sí, pero tampoco iba a decírselo abiertamente.

—Gea, yo... hoy no sé si... llevo casi todo el fin de semana sin dormir y... —adiós a mi idea de sexo desenfrenado.

—Oye tú, pervertido, he dicho ¡DORMIR! —dije riendo y haciéndole cosquillas.

—Vale, vale, me rindo. No se me ocurre nada mejor que dormir contigo.

—Como se te ocurra roncar te mando a la habitación de invitados.

—Única para romper el momento —esta vez era él quien me hacía cosquillas a mí.

Se acercó y me besó. Me besó de verdad, como había deseado desde hacía meses. Sentí su piercing dar vueltas en mi boca y su lengua desesperada buscar la mía. Se encendió tanto calor en mi cuerpo que temí una combustión espontánea. Diez minutos después él dormía plácidamente y yo tenía más calor del

que había sentido en mi vida. El cansancio finalmente me venció y me quedé dormida abrazada a él.

Cuando me desperté ya se había ido y había cogido, cual película ñoña y romántica, una flor del ramo y la había puesto en la almohada donde había reposado su cabeza. Me desperté con una sonrisa que me hizo estar de mejor humor que nunca en el trabajo y que hacía que Graz me mirara frecuentemente riendo más de la cuenta.

—Oye tú, mocosa. Ponte a trabajar y no te rías más de tu jefa —protesté y ella volvió a reír.

—Héctor le habló de ti a todo el mundo este fin de semana —me sonrojé.

—Calla niña, que no me concentro —la amonesté y volvió a reír.

—Anoche no durmió en casa. ¿Tienes idea de dónde pudo pasar la noche? —volvió a reír y yo le lancé un clip de los grandes para que cerrara la boca de una vez.

## Capítulo 12

Quedaban apenas unos días para Nochebuena y entre el trabajo y las compras al final del día me sentía reventada de cansancio. Odiaba los centros comerciales abarrotados, y esta sensación de estrés permanente que no cesaría hasta después de noche vieja.

Por otro lado Héctor tuvo que volver a Túnez unos diez días atrás para terminar aquel trabajo que había comenzado, ya se había comprometido, tenía un contrato firmado y no podía echarse atrás. Me lo contó al día siguiente de dormir en casa, como un cobarde, por teléfono para no ver mi profunda cara de decepción y tristeza. No volvería al menos hasta el día veintitrés de diciembre. No tuvimos tiempo de labrarnos una bonita despedida, y yo quise hacerme la dura y hacerle ver que no me importaba en absoluto que se fuera dos semanas en las que apenas iba a tener noticias suyas. Puesto que se habían propuesto que el trabajo había que terminarlo antes de volver, lo que significaba una media de catorce o quince horas diarias trabajando. Había pasado muchos años sin él, no iba a morirme ahora por esperarlo unos quince días más (era autoconvencimiento, y supongo que funcionó).

No me dio mucho tiempo a pensar en él con todo el lío que tenía en ese momento. Alicia y Samuel habían discutido y las pocas horas que podía pasar en casa no hacía más que recoger pañuelos llenos de lágrimas y mocos y consolar a mi amiga. Graz y yo nos habíamos hecho más íntimas, nada tenía que ver con que fuese la hermana de mi dios griego, solo que nos caíamos bien y nos habíamos cogido cariño.

Tampoco ella pasaba por un buen momento. Sin Héctor sus posibilidades de vida social se materializaban en una mocosa que no llegaba al metro de estatura, no tenía tiempo de hacer las compras navideñas (lo que había reducido considerablemente mi tiempo libre, ya que me había ofrecido a meterme en decenas de jugueterías con una lista de cosas casi imposibles de encontrar).

Graz se había enfadado con sus padres, que nunca estaban en casa y tenía que hacer malabarismos para poder recoger a la pequeña de la guardería, sin que perjudicara en su trabajo. Bueno, he de reconocer que algo sí que perjudicó en su puntualidad laboral, pero yo la cubrí. Al fin y al cabo no era culpa suya. Además tenía verdaderos problemas para llegar a fin de mes con un sueldo de media jornada, pude ver que Héctor la ayudaba muchísimo más de lo que ella quería reconocer, quizás por miedo a que yo me sintiera molesta por el desbordamiento de bondad que lograba de su hermano. Pero a mí no me parecía mal, sabía que él le había prestado el dinero para los regalos de Navidad de Daiara, y yo misma lo hubiera hecho, con tal de ver aquella sonrisita babosa en su cara menudita. Jaime, el padre de la niña, no la ayudaba en absoluto y su único apoyo, era su hermano, que estaría fuera.

Así que Graz estaba algo cabizbaja, pero por diversas razones no me decía nada. Supongo que el que yo fuera su jefa directa no ayudaba y que fuera la nueva «amiga» de su hermano tampoco, no fuera a llamar preocupada a Héctor para contarle todo. Aun así yo sabía las cosas que le pasaban, la oía hablar por teléfono disgustada y más de una vez tuve que disimular que la había visto salir corriendo al baño a llorar.

Con la semana de Navidad llegó la jornada reducida, lo que me permitía tener al menos cuatro o cinco horas más libres para mí. Acompañé a Graz a la guardería a buscar al pequeño piojo con coletas y fui hasta el parque con ella, rumiando una idea.

—No sé, Graz. Quizás deberías empezar a plantearle el independizarte —Graz rio a carcajadas y me miró divertida.

—Te agradezco la comprensión, pero con un sueldo de media jornada que apenas sobrepasa los quinientos euros al mes es imposible.

—Además cobras cien euros más de ayuda que te da el Estado por ser madre trabajadora. Yo podría hablar con Omar para que te aumente una o dos horas diarias la jornada laboral —insistí.

—Gea, ¿en serio crees que con seiscientos euros podría pagar un apartamento, más la comida, pañales y guardería de la niña? Además Omar no va a ampliarme a un contrato de treinta horas semanales, y tú lo sabes, por lo menos hasta que aumente algo más el volumen de facturación.

Pensé en algo. Odiaba que por culpa de su situación económica estuviera teniendo problemas con sus padres, los cuáles se escudaban en que ella debía exigir ayuda a Jaime. Ellos ya habían criado a dos hijos y querían disfrutar de su vida. Supongo que lo hacían por orgullo, porque aquel niño había salido huyendo en cuanto Daiara nació y al fin y al cabo era su responsabilidad, le gustase o no y Graz nunca le exigía nada, era demasiado comprensiva con él. «No es más que un crío que no quiere responsabilidades, no puedo obligarle. Él quiere mucho a la niña, pero no sabe cuidar de ella, diría que apenas sabe cuidar de sí



mismo», yo la miraba y me daban ganas de gritarle, «*¡Pero no te das cuenta de que tú también eres una cría!*».

Se me pasó una idea por la cabeza, que me pareció estupenda.

—¿Por qué no compartes piso?

—Lo he pensado alguna vez. Pero no quiero vivir con cualquier desconocido —me explicó.

—¿Y con tus propios amigos?

—Pues, la verdad es que la mayoría de mis amigas viven aún con sus padres, tal como yo. A mí no me desagrade vivir con ellos, sé que a veces les exijo demasiado y actúan de esa forma por mi bien. Las pocas que viven fuera lo hacen con su pareja, no es buena idea siquiera sugerir compartir piso en esas condiciones.

Lo dudé por un momento, me parecieron unos padres egoístas. Se me encendió una pequeña bombillita.

—¿Por qué no te mudas a mi casa? —los ojos fueron a salirsele de las órbitas.

—¡No! Jamás podría causarte ese problema.

—Bueno, no te digo gratis. Necesito algo más de dinero para poder llevar ese desastre de casa y tengo una gran habitación libre. Dormiste en ella el otro día. Además temo que de un momento a otro Alicia cogerá vuelo con su amorcito, desde que han hecho las paces está de un empalagoso insoportable —expliqué feliz.

—Gracias Gea, te lo agradezco mucho, pero no.

—...digamos doscientos euros —hice como que no la escuchaba— agua y luz incluidos. Podrías ahorrarte el dinero de la gasolina. La guardería de la pequeña queda a unos cinco minutos de mi casa y podríamos venir juntas al trabajo. Yo tengo que hacer

el recorrido igualmente. En el garaje hay hueco para tu moto, si es que quieres traértela. Eso te dejaría cuatrocientos euros libres para lo que necesites.

—No es suficiente Gea, de verdad. No tienes que esforzarte por ser agradable conmigo. Te has portado siempre muy bien, pero no puedo permitirme esto —era cabezota la tía.

—...podrías mudarte hoy mismo si te apetece, tranquila no te cobraré la parte proporcional al alquiler por lo que queda de mes. Tomémoslo como un período de prueba —pero yo también lo era.

—No. Eres mi jefa.

—No soy tu jefa, el jefe es Omar. Yo solo organizo el trabajo de las dos. Además pensé que éramos amigas. No se hable más. Además me harás un favor trayendo al pequeño piojo a casa, si empezaba a asomar algún resquicio de instinto maternal seguro que muere tras un par de días con ese revoltijo.

Las dos reímos al ver a la chiquitina corriendo de un lado a otro detrás de una pequeña pelota.

—No.

—¡No seas cabezota! —Quise simular algo de enfado—. Piénsatelo al menos.

—Está bien, me lo pensaré. Haré cálculos y te diré algo.

Sonreí satisfecha. Graz y yo nos llevábamos muy bien, convivir con una chica tan organizada, agradable y joven como ella no nos vendría mal a Alicia y a mí.

## Capítulo 13

La relación que tenía con mi familia era un tanto caótica, quería mucho a mis padres, pero cada vez que sonaba el móvil y veía el nombre de mi madre en la pantalla del teléfono temblaba, temblaba mucho. Casi siempre terminábamos discutiendo por algo. Lo cierto era que siempre choqué mucho con ella y fue una de las razones por las que me independicé desde que tuve capacidad económica para hacerlo.

Así que esta vez no iba a ser menos. Vi su nombre mientras vibraba el aparato delante de mis narices y resoplé antes de descolgar. Cuando escuché su tono ya sabía que me diría algo que no me iba a gustar un pelo.

Después de los saludos pertinentes y echarme en cara que no la había llamado al menos en las últimas dos semanas me soltó la bomba.

—¿Pero cómo que vamos a pasar la Nochebuena en casa de Daniela? ¡Por qué no lo hacemos en casa, como siempre! — protesté.

—Cielo, papá y yo siempre hemos organizado las fiestas desde que nos casamos, hace casi treinta y seis años —mi madre y su manía de contar en años todo lo que siempre había hecho por nosotros—. Cada vez que hay una celebración de este tipo terminamos agotados. Por una vez Daniela se ha ofrecido a prepararlo. Así que cariño, solo te lo voy a decir una vez: ¡Pórtate como es debido! No rechistes y ve a casa de tu hermana a pasar las fiestas.

—Pero, está demasiado lejos. Cinco horas en coche y sabes que odio conducir. Tendré que quedarme a dormir allí después y no me apetece —gimoteé sabiendo que no me iba a servir de nada.

—Pues vente con nosotros, nos quedaremos en casa de Daniela hasta después de Nochevieja. Ella me ha pedido que te llamara para invitarte, sobre todo porque sabía cómo te ibas a poner y que le iba a doler que no quisieras ir a su casa. De verdad, no entiendo por qué te supone un esfuerzo tan grande—fruncí el ceño, no me extrañaba nada que estuviera naciendo aquella arruga en mi frente.

—Bueno, ya veré lo que hago. Mira, este año me han invitado a una fiesta y lo estaba pensando, pero creo que voy a aceptar —no sabía qué me iba a inventar, pero tendría que ocurrírseme algo si mi madre me preguntaba.

—Gea. Deja de sacarme de quicio y de portarte como una niña mimada. Ve a casa de tu hermana Daniela. Ella va a hacer un gran esfuerzo para que estemos cómodos en su casa y está muy ilusionada. No puedes hacerle el feo de no ir. Además la Navidad es para pasarla en familia y no se hable más.

Dios, yo no quería ir a casa de Daniela. Siempre estaba llena de gente extraña y remilgada. Sus amigos eran tan pijos como se había vuelto ella en los últimos diez años. Con su maridito perfecto y sus niños que siempre iban vestidos con la ropa de los domingos. Perfectos y planchados, bien peinados. Odiaba la idea.

A regañadientes acepté porque temía provocar el demonio que se escondía bajo la piel de mi madre y que empezara a soltar culebras por la boca hasta que me estallara el cerebro. Colgué el

teléfono lo antes posible para poder ayudar a Graz con el resto de las cajas de la mudanza.

Lo que más me fastidiaba de tener que ir a casa de mi hermana Daniela, era que como llevaría buena parte del día al volante tendría que salir el día antes de Nochebuena a primera hora, lo cual significaría que no podría ver a Héctor hasta después de Navidad. Hacía casi dos semanas que apenas hablábamos y me moría de ganas por verlo y sucumbir de una vez al calor de nuestros cuerpos. Pero ahora volvería a retrasarse el momento, lo cual me cabreaba mucho.

Cuando Graz vio mi cara mustia sabía que algo me había pasado y exasperada y con un mohín le conté la conversación con mi madre. No se cortaba un pelo en reírse de mí porque le había confesado que odiaba tener que retrasar el momento de ver a Héctor.

—Oye arpía, no te regocijes en mi mal —protesté.

—Llevas dos semanas sin verlo, dos días no van a suponer nada. Además la Navidad está hecha para pasarla en familia —sentenció. Me empezaba a caer mal la niñaata toca narices.

—Mi hermana y yo no nos llevamos bien —le expliqué exasperada.

—Pero es tu hermana, tus sobrinos, tus padres. Tienes que ir. Te guste o no —le eché una mirada asesina por estar tocándome tanto la moral. Como si no tuviera suficiente con mi madre.

Gruñí algo y soltamos la cuna junto a la ventana del dormitorio. No se había quedado nada mal después de todo. El pequeño bicho con los mocos colgando se acercó a mí.

—Ea... ea... caca —balbuceó.

—Ah no, de eso nada. La caca tendrá que limpiártela la arpa de tu madre —rezongué.

—caca ea... ea... —repitió la pequeña.

—Me niego, de verdad Graz, me niego—. Salí de la habitación dispuesta a esconderme de aquella cosa maloliente mientras mi amiga se partía de risa.

Héctor me había dicho que no podía estar atento al móvil mientras estuviese en Túnez. Apenas había cobertura en la zona en la que trabajaba y, además, no podía distraerse para que no se retrasara el trabajo y poder volver a tiempo para Navidad. Sin embargo, necesitaba hablar con él, así que le mandé un mensaje, a ver si con suerte lo veía pronto y me llamaba.

GEA 

«Cielo, quiero hablar contigo. Mañana por la mañana tengo que ir a casa de mi hermana, un absoluto rollo. Pasaré allí la Nochebuena y la Navidad. No volveré hasta el veintiséis. Me muero por abrazarte».

HÉCTOR 

«No puedo llamarte ahora. Te prometo que en cuanto vuelvas no dejarás de abrazarme. Diviértete mucho y felices fiestas. Un beso».

Miré el teléfono mosqueada. «¡Mierda! ¿Por qué tenía un minuto para enviarme un mensaje y no podía telefonarme?», protesté interiormente.

Me lo imaginé tumbado en una cama redonda gigante de unos tres metros de diámetro y él en el centro rodeado de un montón de mujeres, con sus velos de colores, y tops ajustados, junto con aquellos pantalones de bombacho que empezaban justo

debajo de su ombligo, en un abdomen moreno y liso, sin rastro de celulitis, tipo Jazmín en *Aladín*. Lo abrazaban, le secaban el sudor, masajearon su espalda o le ofrecían agua para que pudiera recuperarse de tantas horas de trabajo. Grrrr... grrrr... No entendía por qué me ponía tan celosa.

Le dejé un listado a Graz de lo que debía hacer en caso de emergencia, y un listado a Alicia de lo que debía hacer en caso de ataque de pánico maternal de Graz. En ambas notas, lo primero que aparecía era el teléfono de los padres de Graz y el número de móvil de Héctor. Seguido por un montón de instrucciones tipo: «que no cunda el pánico, vuelvo en dos días». Ambas se me quedaron mirando como si estuviera realmente loca.

—Gea, no tengo quince años. Se cuidar de mí y de la pequeña —protestó Graz.

—¡Y tú qué te has creído! Soy mayor que tú y estoy menos loca, las instrucciones debería dártelas yo a ti —dijo Alicia dándome un golpecito en el brazo y echándose a reír.

—Felices fiestas, brujas arpías. Volveré en un par de días —gruñí una vez más antes de abrazarlas.

Como suponía una fiesta en casa de Daniela era más decepcionante que una tableta de chocolate light. Fue aburrido y los días se hicieron pesados y largos.

El día veinticinco, después de abrir los paquetes de Navidad, por supuesto envueltos perfectamente (cada papel de fantasía a juego con su cinta) y escuchando como hablaban de política ¿Por qué estaba hablando mi padre con Diego de eso? Si él odiaba la

política. Me estaba poniendo enferma así que me escabullí hacia el jardín de atrás.

Lo único con lo que hizo que lo pasara bien fue intentar que mis sobrinillos se ensuciaran algo sus lindas caritas. Revolcándome en el césped del jardín con Kathie, un esponjoso perro perfecto (en serio, quién demonios llama Kathie a un perro español...), con el que parecía que nadie jugaba desde hacía siglos, ya que estaba realmente agradecido de sentir unas manos darle algo de alegría y acariciarle su pelo.

Los dos pequeñajos me miraban asombrados y al rato, estaban tirados en el césped, intentando enseñarle a Kathie a dar vueltas, riendo a carcajadas como si nunca en sus vidas hubieran hecho nada más divertido. Fue realmente agradable ver la cara de la estirada de mi hermana cuando vio la ropa blanca de los niños llenas de un color verde que yo sabía que no se iría fácilmente y con tierra por todas partes.

—¡Pero Gea! ¡Te has vuelto loca! ¡Qué estaban haciendo ahí fuera! ¿Maniobras de guerra? —bramó enfurecida.

Reí a carcajadas, mientras no dejaba escapar a los niños, haciéndoles cosquillas. Era la primera vez que realmente me divertía con ellos. Sus carcajadas me hacían reír mucho más y a mi hermana estaba a punto de salirle humo por las orejas.

—Tú también fuiste niña, Daniela. Y no recuerdo yo que fueras tan remilgada de pequeña —protesté al comprobar que realmente estaba enfadada de verdad.

Mi hermana se ofendió y empezó a echarme un sermón sobre que la ropa que llevaban los niños puesta era de diseño y muy cara, que el día de Navidad había que ir bien vestido y no como una



zarrapastrosa (suponía que eso lo decía por mi blusa de cuadros, mis vaqueros desgastados y mis zapatillas viejas, lo que me la soplaba bastante para ser sincera) y que no debía enseñarles aquellas costumbres salvajes, ya que cuando repitieran esa acción se llevarían una buena reprimenda. Ellos tenían que aprender juegos educativos y sociales, no aquella barbaridad. Los niños estaban a punto de echarse a llorar.

—¡Dios, Daniela! ¡Bájate de esa nube asquerosa! Nosotras estábamos todo el día tiradas en el patio de la abuela, jugando con caracoles y babosas, y mezclando barro con todo lo que encontrábamos. Son niños, tienen que jugar y ensuciarse. Eso es sano —le reprendí.

—¡Crece de una vez, Gea! No me digas cómo debo educar a mis hijos.

—No, claro, que no. Tú lo haces estupendamente. ¿En qué momento de la vida te convertiste en una auténtica arpía?

—En el momento en el cual me di cuenta de que no se puede vivir como tú, rodeaba de todo tu infantilismo. ¡Casi tienes veintinueve años y sigues soltera! Te vas a quedar sola toda la vida —solté una carcajada seca al escuchar tal cantidad de estupideces.

—¡Estúpida engreída! ¡Qué te den! ¡Me largo de aquí!

Me levanté del suelo y ayudé a levantar a los pequeños a los que di un beso en sus cabecitas. Entré en la casa como alma que lleva el diablo.

—Gea, ¿pero qué te has creído? No me dejes hablando sola. No eres más que una salvaje y una malcriada consentida —mi hermana me seguía, con la cara tan roja que daba la impresión de irle a estallar la cabeza de un momento a otro.

Sin más que hacer allí cogí mi bolso, y la mochila donde había traído un par de mudas de ropa y el pijama y me largué de aquella casa. Eran las diez de la mañana, con suerte sobre las cinco podría estar entre los brazos de Héctor.

Cuando había recorrido un par de kilómetros y estaba más tranquila paré el coche para llamar a Héctor, pero tenía el teléfono apagado y Graz no contestaba. Decepcionada y malhumorada arranqué de nuevo e intenté animarme pensando que le daría una sorpresa.

Telefoneé a mi madre, que ya me había llamado dos veces sin obtener respuesta y aguanté un sermón de unos diez minutos sobre respeto y familia, del que no escuché ni una sola palabra. Colgué en cuanto tuve ocasión, deseándole Feliz Navidad.

Conduje bastante enojada todo el camino. ¿Qué podía haber ocurrido para que Daniela se hubiera transformado tanto? Cuando éramos pequeñas siempre estábamos juntas. Era mi mejor amiga. Mi madre se había quedado embarazada de mí en la cuarentena del parto de Daniela, y nos habíamos criado juntas.

Cuando empezamos el Instituto también éramos inseparables. Nos íbamos de compras juntas y compartíamos un montón de amigos. Ella eligió una especialidad diferente a la mía y pronto nuestros grupos de amigos fueron distintos. Pero fue solo cuando conoció a Diego cuando nos separamos de verdad. Odiaba a aquel chico estirado, que me miraba por encima del hombro y había transformado a mi hermana en su homólogo femenino.

Envidiaba a Pedro, mi hermano mayor, que acababa de cumplir treinta y cinco años. Había decidido pasar la Nochebuena este año en casa de los padres de Evelin, su esposa y futura madre

de una pequeña princesa que venía de camino. Él sí que había sido inteligente, después de todo, él era igual que yo, y odiaba en lo que se había convertido Daniela.

Me salieron unas pequeñas lagrimillas de los ojos, como si me importara todo aquello, no era más que basura familiar. Sacudí la cabeza y recordé a Héctor. Volví a parar para telefonarlo, pero seguía con el móvil apagado y Graz sin contestar.

## Capítulo 14

Llegué a casa y lo primero que hice fue deshacerme de toda aquella ropa que apestaba a perro y a césped húmedo, tras lo cual pasé por la ducha. Había pensado en ir directamente hasta casa de Héctor, pero no quería sufrir un absoluto rechazo por mi mal olor.

Tomé un sándwich de pie en la cocina y al comprobar que eran las cinco y media de la tarde, me puse en camino, intentando volver a telefonar primero, sin ningún éxito.

Cuando entré con el coche en la calle de Héctor ya me sentía mejor, se había disipado algo el malestar por el día horrible que había tenido, al fin y al cabo estaba a punto de ver a mi dios griego, abrazarle, tocarle, besarle... sí, ya me sentía mucho mejor. Al bajar del coche ya tenía una sonrisa, que se fue apagando cuando el tiempo pasaba tras llamar al timbre y no obtener ninguna respuesta. Insistí maldiciendo mi mala suerte, quizás aquella era una de esas típicas familias que cantaban villancicos alrededor de la chimenea, con la música a todo volumen. Desde donde yo estaba no se oía nada y juraría que en aquel dúplex no había salida de humo.

«Venga, venga, vengaaaa... por favoooooor. Abrid de una vez...», pensé dando saltitos de un lado a otro.

—¡Sííí! —grité dando un buen brinco de celebración cuando escuché ruido al otro lado de la puerta.

Las voces se acercaban y eran demasiado elevadas, como en una discusión y entonces la puerta se abrió de golpe. Héctor tenía el ceño más fruncido que yo hubiera visto nunca y Graz se daba la vuelta mientras lo mandaba a freír espárragos, limpiándose

las lágrimas con la manga del jersey. Mi sonrisa se volatilizó cuando Héctor me miró y en lugar de sonreír parecía aún más enfadado.

Mi dios griego se estaba transformando realmente en *Hellboy*, completamente rojo y enfurruñado vino hacia mí y por un instante me dieron ganas de salir corriendo.

—Hola... ¿sorpresa? —susurré.

—Pero ¿cómo se te ocurre? —bramó.

—Oh, lo siento, debí avisar antes de venir. Pero es que tu teléfono está apagado y Graz no contestaba mis llamadas. Si te he cogido en mal momento volveré luego —contesté aturdida sin comprender lo que pasaba.

—¡Mi teléfono está apagado porque no quiero hablar con nadie! —gritó.

—Lo siento —se me apretó un nudo de profunda tristeza y decepción en la garganta, hacía semanas que no lo veía y no me esperaba aquel recibimiento—. ¿Ha pasado algo? ¿Puedo ayudar?

—Ya has ayudado suficiente. Lárgate de aquí.

Entró en la casa y cerró de un portazo dejándome completamente perpleja ante aquella reacción que no llegaba a comprender.

Me dirigí nuevamente a casa, donde eché mano a un helado de Tiramisú que había comprado, solo para emergencias como ésta (donde se acababa de hundir todo mi mundo sin saber exactamente por qué), tras lo cual desplegué sobre la mesa del salón mi selección de películas ñoñas, que realmente se había quedado algo desactualizada, pero estaba segura de que había algo que serviría para animarme. Hacía meses que no veía ninguno de aquellos videos.

Sobre las diez de la noche, medio dormida en el sofá, di un buen respingo al escuchar la puerta, pues no esperaba a nadie en casa hasta el día siguiente. Alicia se había ido de viaje con sus padres y se había llevado a Samuel con ella y Graz, pues, no la esperaba tampoco después de lo que había pasado.

Pero era ella exactamente la que entró por la puerta. Con la cara bañada en lágrimas y con la niña cogida en brazos que se había quedado dormida. Se la quité de los brazos y la llevé hasta la cuna. De vuelta al salón pasé por la cocina a coger un paquete de pañuelos de papel que le tendí, mirándola expectante, esperando que de un momento a otro me aclarara por qué lloraba de aquella manera.

Después de un buen rato de palabras sin sentido que no lograba comprender, pude descubrir que Héctor estaba tan enfadado porque me había traído a Graz a casa. Sus padres estaban realmente disgustados porque se marchó sin avisar, de pronto llegaron a casa y ya no estaban sus cosas. Yo no sabía nada de todo aquello, daba por hecho que Graz, que era la chica más buena y responsable que conocía, había hecho las cosas bien y había hablado con ellos antes de marcharse.

El padre de Graz estaba algo sensible de tensión y había tenido una tremenda subida cuando ella se fue, se pasó una noche entera en urgencias en observación. Graz tampoco contestaba a las llamadas, no sabían dónde se había metido. Para mi sorpresa Héctor pensó que todo había sido una artimaña mía y ella no le había explicado lo ocurrido, no quería que su hermano se enfadara con ella y realmente lo haría si descubría que me había ocultado todo aquel embrollo.

Me quedé perpleja y completamente enojada con Graz, tenía que habérmelo pensado antes de ofrecerle mi casa. Al fin y al cabo acababa de salir de la adolescencia, y hacía tonterías como todos los demás de su edad. Sin embargo permanecí en silencio, ahora no podía hacer más que esperar a que ella se tranquilizara.

Media hora después de llanto, sonó el timbre. «Oh Dios mío, esto no me gusta», mascullé. Abrí y vi a Héctor que entró en mi casa como alma que lleva el diablo, sin siquiera esperar a que le invitara a entrar. Su gesto no era más afable que el que me había encontrado hacía unas horas en la puerta de su casa.

—Hola, puedes pasar —ironicé cerrando la puerta.

—Estúpida —le oí refunfuñar dejándome de nuevo turbada y sin palabras.

Aunque debí de haberlo echado, entendía el motivo de su enfado y yo no quería estar en medio de aquella discusión familiar, pero él estaba perdiendo las formas, lo que en parte le hacía perder la razón.

Me acerqué al salón y en cuanto Héctor dejó de gritar a Graz, al comprobar que la niña estaba llorando por haberla despertado con tanto jaleo, aproveché para hablar.

—Oye, yo ya tengo bastantes problemas familiares. No quiero estar en medio. Graz, explícale todo a Héctor y tú —me dirigí a él—, es la última vez que te permito que entres en mi casa de esta forma. Te pido que hagas el favor de hablar como una persona civilizada lo que tengas que hablar con ella y después largarte de aquí, no tengo por qué aguantar todo esto —me ardían los ojos, no era la primera vez que me llevaba una decepción por parte de él y

no iba a permitir que me hiciera llorar. Él no parecía serenarse en absoluto, estaba aún más enfadado y a punto de estallar.

—Gea, por favor —me dijo Graz llorando, mientras agarraba mi mano— déjame hablar con él. Yo lo aclararé todo, por favor, no te enfades.

—Haz lo que quieras —dije, apartándole mi mano. Había conseguido ponerme de muy mal humor—. Voy a ver a la niña. No gritéis más, si no queréis que os eche a los dos. ¡Por Dios! ¿A nadie le importa que sea Navidad?

Todo aquello me estaba superando, había pasado dos semanas difíciles y una Nochebuena y Navidad bastante tensos y desagradables. Mi única ilusión era volver a casa y estar con mis amigos y con Héctor y de pronto todo se había hundido. Entré en la habitación de Graz y me senté en el suelo apoyada en la puerta, dejé que las lágrimas cayeran en silencio, la niña me miraba de pie desde la cuna, había dejado de llorar y estaba como asombrada mirándome allí tirada.

Sonó mi teléfono móvil. «Estupendo, la que faltaba para la fiesta», pensé al mirar la pantalla del aparato y ver el nombre de mi hermana.

—Espera un momento, Daniela.

Me acerqué a Daiara, dándole un arrumaco y acostándola, le puse la chupa y le di su osito de peluche. Pareció quedarse más serena.

—Tú tranquila, lo único que pasa es que tu tío está loco —expliqué con voz suave.

—¿Toto? —preguntó ella con los ojos como platos aferrada a su osito.



—Sí —sonreí con todo el esfuerzo del mundo—. Toto está loco —le hice una seña dando vueltas con el dedo alrededor de mi sien y sacando la lengua, para que entendiese lo que quería decir y se echó a reír.

Abrazó más fuerte a su muñeco y pareció quedarse tranquila. La dejé sola en la habitación, encendiendo el proyector de luz, que tenía una suave melodía que Graz solía ponerle a la pequeña para dormir. Fui hasta mi habitación para poder hablar con mi hermana, suspiré resignada antes de contestar.

—¿Qué quieres? —pregunté al fin.

—No entiendo por qué te has ido así —me recriminó. Puse los ojos en blanco y bufé, tenía la esperanza de que hubiera colgado el teléfono, pero allí estaba, dispuesta a seguir aquella absurda discusión.

—Porque no me sentía bienvenida en tu casa para nada. Puedes pudrirte con tu familia perfecta —pasaba de andarme con más tonterías, prefería ser directa.

—Gea... ¡por favor! Quería disculparme por lo que te dije, pero veo que no tienes ganas de hablar conmigo.

—Pues no, no tengo nada de ganas de oírte lloriquear.

—¿Por qué te comportas así? —el tono arrogante de mi hermana se iba difuminando, dando paso a un auténtico ruego. ¿En serio me lo estaba preguntando? ¿No se había dado cuenta por sí misma ni siquiera con todo lo que le había reprochado en su casa antes de marcharme?

—Porque no sé quién eres, Daniela. Desde luego no eres la hermana con la que yo me crie. Ahora, si me disculpas estoy en

medio de un embrollo que desearía solucionar —no me apetecía nada continuar aquella conversación de besugos.

—Solo te enfadas conmigo porque he madurado —protestó llorando. Estupendo, sabía que empezaría a gimotear de un momento a otro—. No sé si sientes envidia, pero seguro que tú tendrás una vida magnífica cuando conozcas a la persona adecuada.

—Daniela, no necesito conocer a nadie. Soy perfectamente capaz de tener una vida plena y estupenda yo sola. Mira, siento mucho haber montado un espectáculo, pero de verdad que ahora mismo no puedo hablar —intenté suavizar mi tono para que Daniela se tranquilizaba, se empezaban a oír gritos de nuevo fuera.

—¿Con quién estás? Se oyen muchas voces.

—Uf, es una larga y aburrida historia. Dale un beso a papá y a mamá de mi parte. Te llamaré mañana, te lo prometo.

Sin dejar que dijera nada más corté la comunicación.

Salí fuera hecha un manojo de nervios. Entré a coger a la niña que se había puesto a llorar de nuevo. Tuve que hacer la cosa más asquerosa que había hecho nunca, quitar unos mocos colgando de una renacuaja nariz. Saqué a la niña del dormitorio con la esperanza de que aquellos dos dejaran de gritar.

Daiara vio a su tío y se me escurrió de los brazos. Fue corriendo y abrazó sus piernas.

—¡Toto!

—¡Eh! Hola, preciosa — dijo mi dios griego a la cría. ¡Genial!, una mocosa de año y medio me había robado mi saludo. Héctor se agachó y la cogió en brazos llenándola de besos.

Graz me miró arrepentida y se disculpó:

—Siento haberte metido en todo este jaleo.

—Fue culpa mía, por no consultarle a él primero —mascullé, aunque no estaba muy convencida de ello. Me parecía que todo esto se había exagerado demasiado y que la reacción de Héctor no tenía justificación.

—¡No soy una cría!

—Pues realmente, has demostrado todo lo contrario —le reproché.

Héctor le dio la niña a su madre y se acercó a mí.

—Gea, yo... —su voz sonaba mil tonos más bajos que la última frase que me había ofrecido.

—Ahórratelo, Héctor.

—Lo siento, yo pensaba... cielo, es que pensé... —continuó.

—Me da igual, Héctor. Tenías que haberme preguntado antes de formar un espectáculo. Vine con toda la ilusión, me moría por verte y casi me da un soponcio al encontrarme en medio de algo que no entendía. No tengo necesidad de aguantar todo esto.

—Lo siento —intentó acercarse y tocarme, pero me aparté justo a tiempo para que su mano no cogiera la mía.

—Púdrete, ¿vale?

Fui hasta mi dormitorio y di un portazo. Me permití gimotear y llorar un poco. Al fin y al cabo nadie me veía.

## Capítulo 15

Cuando me desperté eran cerca de las doce de la mañana. Había logrado quedarme dormida sobre las dos de la madrugada, cuando ya no se oía ninguna voz fuera.

Mi aspecto era deplorable, eso me chivaba el espejo de mi armario, esperaba que no quedara nadie en mi salón, aunque en el fondo me daba igual que Héctor me viera así, no era más que un engreído y devora tarántulas venenosas. ¿De verdad en algún momento pensé que lo nuestro iba a funcionar? La culpa de todo la tenía yo, por haberme encariñado tanto con Graz, nunca debí dejarla entrar a mi casa, ni invitarla a mis fiestas. Así me hubiera ahorrado bastantes dolores de cabeza.

Cuando salí del dormitorio con un montón de pañuelos de papel usados en las manos para tirarlos a la papelera, vi que mi salón estaba lleno de cajas, que la habitación de Graz estaba vacía y que había una nota pegada en la nevera.

«Gea, gracias por todo. Siento haberla armado tan lamentablemente. Me vuelvo a casa con mis padres. No quiero traerte más problemas, al fin y al cabo eres mi jefa. No quiero quedarme sin empleo.

Héctor irá sobre las dos del mediodía a recoger las cajas que quedan, le he dejado las llaves para que te las devuelva. Por favor, haz las paces con él.

Una vez más mil gracias por haberme acogido.

Nos vemos la próxima semana en el trabajo».

¿Vendría Héctor? ¡Yo no quería verlo! Ya había tomado la decisión, no quería volver a saber de aquel *Hellboy* arrogante.

A las dos en punto llamaron a la puerta, pero yo estaba enfurruñada, en el único sofá libre de cajas, con los brazos cruzados viendo la tele. Sonó de nuevo el timbre, que ignoré subiendo el volumen. Insistió un par de veces más hasta que sentí una llave en la cerradura. Héctor se percató de que había alguien dentro, por el sonido de la tele, y antes de abrirla del todo dijo:

—¿Gea? ¿Puedo entrar? —*Hellboy* había llegado.

—Haz lo que quieras —refunfuñé, no sabía si él me había oído pero me era indiferente.

Pasó al salón donde se me quedó mirando esperando quizás que yo le dijera algo, pero no pretendía abrir mi boca.

—Hola, vengo a recoger las cosas de Graz —me explicó

Asentí sin dejar de mirar el televisor. Estuvo sacando un montón de cajas y vi que se llevaba las manos a la espalda. Me vino a la cabeza su lesión, todavía no se había recuperado por completo y no debía coger peso, pero si no me pedía ayuda no pensaba moverme. No iba a darle el menor indicio de poder hacer las paces.

No dijo nada y en cuanto se fue vaciando el salón los ojos se me fueron llenando de lágrimas.

—¿Dónde te pongo la llave? —«¡Métetelas por el culo!», me dieron ganas de chillarle. Pero solo encogí los hombros, en señal de que me daba exactamente igual—. ¿Tengo que pagarte algo por la estancia de Graz? —lo fulminé con la mirada, lo cual le bastó para entender que no—Vale, vale, está bien. Ya me voy. Adiós.

Moví los dedos de mi mano respondiéndole a su despedida. Por un segundo tuve ganas de hablarle, de preguntarle si le dolía la espalda, pero ¿y si solo estaba fingiendo para obtener un poco de compasión? No hablé. Héctor salió por la puerta y no volví a verlo.

Cuando Alicia llegó y vio mi expresión triste y enfadada se sentó a mi lado, esperando pacientemente a que me decidiera a hablar, un rato más tarde, cuando me sentía más tranquila le relaté todo lo ocurrido. Sin duda alguna, esas habían sido las peores Navidades de mi vida.

Mi amiga me abrazó y me consoló. Le conté también la discusión con Daniela y que había prometido llamarla hoy, que no tenía ganas de hablar con ella, que no tenía ganas de volver a verla, que para mí no era mi hermana.

## Capítulo 16

Cuatro copas de Lambrusco después llamaron al timbre y le supliqué a Alicia que si era Héctor o Graz les dijera que no estaba ni estaría en toda la semana, ya había tenido suficiente por el momento, solo quería pasar un rato tranquila con mi amiga y desconectar de todo.

Alicia asomó la cabeza, de pronto me parecía más pálida y asustada. Temía que mis sospechas eran ciertas.

—Por favor Alicia, hazlo por mí, no me apetece nada hablar con ellos —rogué.

—No es Héctor, ni Graz —susurró cerrando la puerta a su espalda para que la persona que esperaba fuera no pudiera oírla— Es tu hermana Daniela.

—¿Qué dices? Pero ¿qué hace aquí? ¡Dios! ¡Por qué no me dejan todos en paz! —Daniela empujó la puerta y pasó al salón.

—Me parece increíble que me trates como un invitado cualquiera y me dejes ahí fuera tirada.

Puse los ojos en blanco y crucé los brazos en el pecho, mientras Alicia salía huyendo, tardó menos de un segundo en coger el bolso y tirarme un beso antes de cerrar la puerta tras de sí.

—Pasa Daniela, ¿quieres sentarte? —fingí amabilidad.

—Estás horrible y esto está todo manga por hombro.

—No tengo un buen día —respondí con los ojos llenos de lágrimas a punto de estallar—. Por favor, siéntate por donde puedas —intenté ser amable y esbozar una sonrisa.

—Quería hablar contigo y pedirte disculpas por la forma en que te hablé delante de los niños, la verdad es que no pensé que

fuera a afectarte tanto.

Asentí y la dejé hablar. No tenía ganas de contarle a mi hermana que mis lágrimas no tenían que ver con ella, y por consiguiente contarle toda mi vida, lo que quería es que acabara ya aquel momento y se fuera por donde había venido.

—Gea, tienes que entender que mi vida es muy diferente a la tuya, que yo tomé un camino distinto y tienes que respetarlo —me explicó.

—No tendré ningún problema en respetar esto... esto que eres ahora, siempre que tú me respetes tal y como soy —contesté de forma dura y seca.

—Por eso he venido a disculparme. Sé que no tienes una vida fácil.

—¿Qué quieres decir? —me estaba exasperando.

—Bueno, vives en esta especie de pocilga, tú sola...

Me empezaba a enfadar, por qué estaba todo el mundo emperrado en hundirme.

—Daniela, por favor, no te preocupes —dije forzando aún más la sonrisa—. Vivo perfectamente, aunque no lo creas no estoy sola. A decir verdad, si no fuera por tus niños yo diría que tú estás más sola que yo.

—No empieces con eso de nuevo, Gea —protestó.

—Tú misma. Sigue engañándote con Diego, sigue pensando que es el marido perfecto, cuando no es más que otro *cuernífero*.

—¿Un cuerqué?

—Nada, son cosas mías. No sé por qué no quieres creerme. Ese tío no es legal. No te quiere. Ya te dije que lo vi coqueteando con una chica en un restaurante hace meses, no quise seguirlo pero



si lo hubiera hecho seguro que hubiera descubierto algo más — repetí lo que un día ya le expliqué, el motivo por el cual odiaba tanto a Diego.

—No debes sentir envidia de mi vida, tú puedes tenerlo todo también, lo que pasa es que eres muy orgullosa —me hablaba como si fuera estúpida. Reí. Intentaba no tomármelo en serio y terminar aún más enfadada.

—¿Envidia? Claro, será eso. ¡Vamos Daniela! ¡Despierta de una vez! ¿Por qué no quieres creerme?

—No puedo. Confío demasiado en Diego, en mi familia, en lo que hemos construido juntos.

—Y en cambio desconfías de tu hermana, la que siempre lo ha dado todo por ti, la que te ha querido siempre con toda su alma y prácticamente me tachas de loca. No te engañé, no tengo ningún motivo para hacerlo, lo siento si te hizo daño que fuera corriendo a decírtelo.

Daniela suspiró y miró la botella de vino que había colocada en el suelo al lado del sofá, se levantó, fue hasta la cocina y cogió una copa limpia que se sirvió casi hasta arriba. Estuvimos en silencio largo rato, prácticamente hasta que terminó de beberla.

—¿Sabes qué? Ya sé que Diego es un *cuernífero* como tú le llamas, que es un capullo, pero no pienso destruir mi perfecta vida por eso, por mí puede hacer lo que le dé la gana mientras vuelva a casa cada noche —confesó.

La miré sorprendida.

—No sé cómo puedes caer tan bajo —susurré tomando un trago de mi copa. Entonces recordé como yo misma había caído en una trampa de alguien que me había roto el corazón hacía mucho

tiempo, al que le había vuelto a abrir las puertas de mi corazón y que había vuelto a destrozar—. ¿Sabes qué? ¡Qué les den a todos ellos!

Brindamos y abracé a mi hermana.

Media botella más tarde...

—¡Tú eres guapa! ¡No lo permitas Daniela! ¡No te conviertas en una esposa florero, amargada de la vida! ¡Tú no eres así! — hablé mientras se me trababa la lengua.

Daniela no paraba de reír, creo que no la había visto borracha desde que teníamos dieciocho años más o menos y nos cogimos un pedo tremendo, tal que terminamos tiradas en medio de la playa donde nos quedamos dormidas hasta el día siguiente. Cogimos un gran constipado después de eso, pero nuestra amistad se había reforzado. ¿Cómo pudo cambiar todo tanto?

—Lo sé.

—¿A qué tienes miedo? —pregunté.

—No sé, yo sola, con dos críos. ¿Cómo voy a darles todo lo que necesitan?

—Daniela, hazme caso. Tus hijos lo único que necesitan es salir al jardín a jugar cada día, a revolcarse en la tierra como lo hacíamos tú y yo cuando éramos pequeñas. Correr, escalar árboles... esas cosas que hacen los niños normales.

Estuvimos toda la noche recordando nuestros juegos de pequeñas, nuestras primeras aventuras, nuestros primeros novios, como nos encubríamos una a la otra... era reconfortante recuperar por un rato a mi hermana, hasta que nos quedamos dormidas en el

sofá, no sé quien dejó de hablar primero, solo que a una hora incierta simplemente nuestros ojos se cerraron.

Por la mañana me despertó el olor a café, de pronto pensé que había vuelto al pasado. Daniela se había duchado, se había quitado toda esa ropa de niña pija y me había tomado prestados unos vaqueros, una camiseta y unas deportivas. Estaba frente a mí, tendiéndome una taza de café.

—Tengo que irme dentro de un rato y no quería hacerlo sin despedirme —me explicó con una sonrisa.

—Gracias —dije, cogí la taza que me tendía y me lo tomé despacio absorbiendo con mis manos el calor de la taza—. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Irme a casa y seguir con mi vida. Pero te prometo que dejaré a los niños jugar en el parque y en el jardín —contestó.

Asentí y sonreí. Era duro cambiar, dejar una vida cómoda. Mi hermana pensaba que yo tenía una vida complicada, pero no se daba cuenta de toda la porquería que tenía en la suya. No pensaba meterme más en su matrimonio, ella debía decidir cómo seguir.

Fue un alivio dejar de sentir ese odio que me había embargado desde que le conté a mi hermana lo de Diego. Marcos y yo habíamos ido a visitar a mi hermana y su familia. Esa noche decidimos salir a cenar en plan romántico, mi hermana me había recomendado un restaurante donde solía salir con su marido y allí nos lo encontramos con una mujer a la que agarraba de la mano, acariciaba la cara, y cogía un mechón de pelo y lo colocaba tras su oreja, fue todo lo que necesite ver antes de dar media vuelta, correr a casa de mi hermana y contarle todo lo que había visto.

Para mi sorpresa me puso de patitas en la calle, me insultó, me tachó de envidiosa y de rastrera, no nos habíamos visto desde entonces, y casi no habíamos hablado y desde luego, no había charlado de aquella forma desde hacía años, y sabía que su viaje, las copas, los recuerdos... eran una forma de disculparse y de pedirme que no me interpusiera, así que no lo haría.

## Capítulo 17

Alicia y Denisse me hicieron prometerles que saldría con ellas en Nochevieja. Realmente no tenía que volver al trabajo hasta el dos de enero, Omar había decidido cerrar unos días para poder relajarnos del nivel de estrés de las últimas semanas. Aunque sabía la respuesta, casi le rogué para que subiera de horas a Graz, realmente necesitaba adelantar más trabajo del que podía con cuatro horas de una ayudante. Finalmente me dijo que lo pensaría y que tendría la respuesta después de Navidad.

Quedaba algo de dinero en mi reserva de la histeria, gracias a una paga extra que apenas había tocado ese año. Devolví el regalo que le había comprado a Héctor, y también el de Graz, estaba muy enojada con ellos y no me apetecía hacerles ningún tipo de regalo por Navidad. El de la pequeña Daiara no tuve corazón para devolverlo, ya se lo daría la próxima vez que la viese. Todo ello sumaba algo más de dinero que podía gastar en mí con el cual me agencié el vestido más provocativo que encontré. Al fin y al cabo con tanto disgusto había bajado algo de peso y me veía más atractiva.

En color azul eléctrico, tenía un gran escote en V que quedaba unos siete centímetros más arriba del ombligo y con la espalda totalmente descubierta, si mi madre hubiese visto ese tremendo escote se llevaría las manos a la cabeza. El vestido llegaba casi hasta el suelo (si no fuera por el tremendo taconazo negro que acababa de adquirir lo iría arrastrando). Se adaptaba a mi cuerpo como un guante y me sentía realmente atractiva con él. Me permití el lujo de pasar por la peluquería a que hicieran algo

divertido con mi pelo, al fin y al cabo me había crecido mucho en los últimos meses, algo se podría hacer. Me hicieron la manicura y la pedicura y Vicky, mi estilista habitual, me dejó espléndida después de acabar de ponerme todas aquellas capas de maquillaje. Antes de salir de casa me miré en el espejo y me sentí radiante. Aquella noche estaba dispuesta a olvidarlo todo y pensaba coger una buena cogorza.

Mis amigas habían decidido adquirir una entrada múltiple, es decir, que en un autobús que pasaba cada hora, podías ir de lugar en lugar, haciendo un pequeño tour por unos cinco o seis espléndidos bares donde teníamos cena y barra libre incluidos. Claro que las entradas habían costado un riñón, pero quién mejor que yo podía hacerme el mejor regalo de Navidad.

Aquellos sitios estaban masificados de gente, y acababa de empezar mi quinto gin tonic cuando vi a Graz al fondo, hablando con un chico, ¿era aquel Mario, el hermano de Samuel? Le di un codazo a Alicia para que mirara donde yo lo hacía, y Samuel, que andaba medio borracho ya, bailando con Robert, como si fueran una pareja de enamorados, o más bien, como dos patéticos borrachos, también miró (ellos habían decidido salir por su cuenta, “casualmente” nos los encontramos y se quedaron con nosotras).

—Ah, sí. Mario me había comentado algo de que había invitado a una chica a salir. Pero no pensé que fuese tu amiga «hundo-relaciones-como-el-Titanic».

Le di un golpe en el brazo a Samuel. Ella tampoco había tenido culpa, él tendría que haberme preguntado antes de atacarme, aunque yo debí haberle consultado mi idea antes de proponérselo a su hermana. Pensé en Héctor y me sentí un poco triste, había visto

una vaga esperanza de amor a la vista y se había desvanecido por completo en un abrir y cerrar de ojos.

A pesar de todo lo que había ocurrido, le tenía un cariño especial a Graz y me pareció lo más correcto acercarme a saludarla. Estaba guapísima esa noche y parecía muy feliz. Quedaba poco para que se acabaran las vacaciones y nos vendría de perlas romper en aquel instante el malestar que sin duda se instalaría entre nosotras cuando nos encontrásemos, además no me vendría mal cotillear un poco, la noche que estuvieron en casa Mario y Graz no habían cruzado más que un par de frases y ahora estaban bailando juntos y parecían divertirse. En cuanto me fui acercando se esfumó mi sonrisa, al ver allí a Héctor, que justo me vio en ese momento, por lo que no pude darme la vuelta y huir como me hubiera gustado hacer.

Me di cuenta de que no estaba solo, había una chica bailando con él. Rubia, alta y de exuberantes curvas. ¡Era Helena! Me sentí como nueve años antes, una víbora atrapa sueños rompía en mil pedazos la poca dignidad que me quedaba. Para cuando me di cuenta los cuatro miraban en mi dirección algo cortados por la cara que se me había quedado.

Alcé la mano en forma de saludo y me di la vuelta antes de que Héctor pudiera ver los lagrimones que estaban a punto de caer mejillas abajo.

Alicia y Denisse bailaban ahora con sus respectivas parejas una canción salsera que acababa de empezar y yo me quedé compuesta y sin amigos a los que estropear la noche. Decidí que la autocompasión no era buena idea en aquel momento, no iba a estropear todas esas horas en la peluquería por un idiota que no lo

merecía. Me dirigí a la barra y le pedí al camarero que me pusiera un gin tonic, bueno, mejor que me pusiera dos, porque mi «amiga» también quería uno.

Me bebí el primero como si fuese un vaso de agua y me sentí mucho mejor cuando empecé a tragar del segundo. El camarero me miraba estupefacto y me echó la sonrisa más sexy que yo hubiese visto nunca.

—Eh, guapa, no bebas tan deprisa, que aún es muy temprano. No vas a durar el primer asalto —gruñí algo en plan «métete en tus asuntos», pero él no se dio por aludido—. Si quieres déjame tu número de teléfono y te llamo más tarde para saber que estás bien, me preocupan mucho mis clientes —dijo guiñándome un ojo.

Me quedé mirándole un instante y cogí el bolígrafo que me tendía. Apunté mi número en una servilleta y se lo di. Pensé en escribirlo mal, tan solo para quedar bien. Pero me apetecía saber si aquella especie de Hércules sería tan guapo cuando yo no tuviera tanto alcohol encima. Le dediqué lo que yo pensé que era una sonrisa seductora, aunque casi me tropiezo al darme la vuelta y lo oí reír tras lo cual me crucé de bruce con Héctor, que esta vez estaba solo.

—No pierdes el tiempo, ¿eh? —me reprochó mirando hacia al camarero algo molesto.

—No tengo que daarte explicaciiiiiones. Vuelve con tu tarántula venenosa, estoy perrrrperrrrfectameennnte —me terminé la copa que tenía en la mano de un trago. Noté un ligero mareo y me agarró para que no me tambalease. Me cogió de la mano y sin darme tiempo a protestar y sin posibilidad alguna de soltarme de él,



me llevó fuera del bar. El aire gélido de la noche me golpeo, y a pesar de la borrachera que llevaba encima, noté como se me congelaba el escote y la espalda.

Quería cruzar los brazos para que él no se fijara en cómo se me habían erizado los pezones, lo menos que quería era que me mirara, ni allí ni a ninguna otra parte de mi cuerpo. Pero Héctor no me soltaba la mano.

—¿Tarántula venenosa? ¿Te refieres a Helena? —preguntó sin llegar a entender lo que le había dicho.

Antes de que terminara la frase estaba potando, tuvo el suficiente tiempo de reacción como para soltar mi mano y apartarse antes de que le vomitase encima. Me agarró de la cintura, para no permitir que me cayese y ensuciase mi precioso vestido.

—¡Joder, Gea! —le oí gruñir.

—Déjame sola, vete con ella —protesté en un momento de resuello.

—No voy a dejarte aquí así.

—No te necesito —me estaba costando más de lo que esperaba retener las lágrimas que estaban a punto de salir. Tenía en la cabeza la imagen de Helena, con ese vestido rojo fuego. Era la sensación, todas las miradas pasaban por ella. Tenía la espalda casi al descubierto, con un escote que le llegaba prácticamente hasta donde empezaban las nalgas. ¡Cómo odiaba a esa arpía!

—Eh, Gea, no llores —murmuró.

—¡No estoy llorando! Solo se me ha metido un poco de... un poco de... bueno, algo de vomito se me ha metido en los ojos y me escuecen —Héctor sonrió y me acompañó a sentarme a un banco que estaba cerca de la entrada.

—No es lo que crees, no he vuelto con ella, por si es lo que pensabas —entre el frío y la vomitona había empezado a pasárame la borrachera. Además sentí que un gran peso se aliviaba de mis hombros.

—Me da igual, Héctor.

—Ella discutió ayer con su novio y llamó a casa muy triste esta mañana. Me dio mucha pena y me preguntó si podía salir con ella hoy para poder despejarse un poco. Vinimos aquí, porque sabía que Graz estaría con ese chico y no nos dejarían solos ni un momento, eso le hice prometerme.

—No es más que una arpía, una serpiente asquerosa — Héctor sonrió de nuevo.

—¿Y qué me dices de ese guapo camarero al que acabas de darle tu número de teléfono? Parecía diez veces más fuerte que yo y mucho más alto, además no dejaba de sonreírte —rebatíó.

—No me sonreía, se reía de mí —Héctor se fijó precisamente en aquella parte erizada que yo quería ocultar e hizo que me ruborizara. Se apretujó contra mí en el banco, pasándome el brazo por encima para darme algo de calor.

Yo me sentía vulnerable, lo odié por querer aprovecharse de mí y me odié a mí misma por no tener la más mínima intención de apartarle.

—Oye, si lo que quieres es echar un polvo, yo ya no me voy a resistir más —solté tras rumiarlo un momento. Me miraba desconcertado sin encontrar las palabras.

—Gea...

—Luego ya llamaré a alguien que recoja los pedazos, dije mientras se me saltaban las lágrimas —vale, eso era

autocompasión, lo sabía, pero yo qué sé... fue lo que me salió en ese momento.

—Joder, Gea. ¡Qué salvaje eres! —Héctor se acercó y besó cada lágrima en mi mejilla, secándome los ojos.

—Lo siento, es que he bebido demasiado.

—Se te va a estropear el maquillaje. Estás preciosa, no deberías dejar que nada te arruine la noche, bueno lo que queda de ella —empezaba a amanecer.

—Ya.

—Te besaría, pero... no me apetece mucho —dijo señalando al lugar donde acababa de vomitar. Ambos nos echamos a reír.

Me contó su versión de por qué se había puesto de aquella manera. Cuando Graz se fue de casa estaba muy enfadada con sus padres porque no la ayudaban, y ellos no lo hacían porque estaban muy enfadados porque ella no quería denunciar al padre de la niña para que le ayudara, tanto a criarla como económicamente. Según ellos era una irresponsabilidad de la que algún día se iba a arrepentir. Siempre habían sido unos padres muy abiertos, le habían ofrecido toda la información y la protección que necesitara, y aun así se quedó embarazada. Jaime nunca la había hecho feliz en su relación, siempre la menospreciaba y la trataba a lo bruto, pero podía con ella. Graz lo quería tanto que cada vez que a él le daba la gana terminaba en su cama. Su madre la advertía una y otra vez que no era un buen chico, que no la quería, pero no hacía caso.

El día que Graz se quedó embarazada llevaba tres semanas sin ver ni saber nada de Jaime, empezaba a recuperarse de la ruptura y de pronto llamó a la puerta. Graz estaba sola en casa y le dejó pasar. En menos de media hora estaban en su cama, él no

había traído protección y Graz no quería que parara, no quería que se fuera. Así que él se aprovechó de la situación, la dejó embarazada y luego se desentendió de todo.

Graz que era la hija perfecta, ejemplar en todo, había metido bien la pata. Después del embarazo tuvo que dejar de estudiar y sus padres le dijeron que tendría que buscarse la vida, que tendría que ser responsable y cuidar ella misma a la niña, y mantenerla por sus propios medios, ya que ellos ni siquiera estaban de acuerdo en que siguiera adelante con el embarazo. Los padres de Héctor se desvivían por la pequeña Daiara, pero no veían otra forma de mostrarle a Graz lo mal que había actuado.

Aunque Héctor no estaba de acuerdo en cómo llevaban aquel asunto sus padres, poco podía hacer más que ayudar a su hermana económicamente y en el cuidado de la niña. Graz estaba tan enfadada cuando él se fue a Túnez y sus padres se negaban en rotundo a echarle una mano que se fue de casa sin avisar y ellos se asustaron, luego pasó lo de su padre, que tuvieron que llevarlo a urgencias. Ella no contestaba las llamadas y cuando Héctor llegó agotado del viaje le montaron un pollo que no fue normal. Héctor buscó a su hermana y cuando lo vio tan enfadado le contó una versión un pelín diferente para que no se enojara más con ella.

En parte entendía que Graz no quisiera que Héctor se enfadara, al fin y al cabo prácticamente actuaba de padre de Daiara, pero me dolía tremendamente que por una falta de responsabilidad y una decisión mal tomada yo hubiera terminado pagando el plato roto.

Héctor se disculpó por décima vez, me levantó y me llevó de la mano hasta dentro del bar. Estaba a punto de pillar una pulmonía.

Entramos y él ya llevaba su brazo agarrado a mi cintura, lo primero que hizo fue buscar con la vista al camarero, que de pronto levantó la mirada y se fijó en nosotros. Sonrió, dijo algo a su compañero y negó con la cabeza, como si me hubiese ido con el primero que se hubiese cruzado en mi camino. Para cuando vi a Helena, parecía muy enojada, nos miraba con auténtica cara de asco y pude obtener por un minuto mi momento de gloria.

Aquella arpía estúpida sabía lo que era bueno por fin. Héctor no iba a suplicarle un poco de amor, como ella había pretendido, ni siquiera le había hecho el menor caso.

Denisse vino hasta donde yo estaba y casi me arranca el brazo para apartarme de Héctor. Le echó una mirada asesina, pero yo ya no estaba atenta a nada. Me empezaron a fallar las piernas, tenía un mareo horrible. Supuse que las copas habían alcanzado su punto álgido.

Denisse me acompañó de nuevo fuera donde volví a vomitar, y solo recuerdo dos cosas más. Abrir los ojos y verme en un taxi y volver a abrirlos y verme en mi cama, completamente desnuda y con el pelo húmedo y tres mantas por encima. ¡Joder! Mi peinado de peluquería se había ido al traste.

¿Habría soñado lo de Héctor? Mi dios griego al rescate. Me acerqué al baño y vi el bolso de Denisse encima de la mesita del salón. Me asomé al cuarto de invitados y la vi allí durmiendo, no veía a Robert por ninguna parte, así que supuse que ella me había traído a casa y se había quedado para no dejarme sola.

Fui directa al baño a vomitar otro poco, cuando oí mi móvil. Estuve a punto de clavarme la esquina de la mesita cuando corrí a buscarlo. No sabía dónde demonios lo había puesto Denisse.

Encontré mi pequeño bolso cuando el tono ya había sonado unas ocho veces «que sea Héctor, que sea Héctor», rogué. Pero no conocía el número.

—¿Sí? —pregunté extrañada.

—Hola, ¿eres Gae? —¿De qué me sonaba a mí esa voz?

—¿Gae?, no —reí—. Soy Gea.

—Ah, debiste escribirlo mal anoche —reí de nuevo, ya sabía quién era—. Hola Gea soy Leo.

—Hola Leo, ¿tengo el placer de conocerte? —pregunté.

—Bueno, más bien yo tuve el placer de servirte las copas anoche —solté una risilla nerviosa ruborizándome.

—Ah, sí. Ya me acuerdo.

—Y ¿bien? —me preguntó.

—¿Bien qué?

—¿Cómo llevas la resaca? Te dije que te llamaría, bebiste demasiado. Pensé incluso que iba a tener que mandar una patrulla a seguirte, cuando vi que un aprovechado te llevaba de la cintura. Pero cuando te fuiste con tu amiga él se quedó allí, tranquila, a los cinco minutos estaba bailando con una rubia preciosa —reí de nuevo.

—Gracias por la información. Estoy perfectamente, nada que no se pueda superar con un poco de manzanilla y algo de paracetamol.

—¿Quieres que vaya a verte? Se me da bien curar las resacas, tanto como provocarlas —no era tonto el Leo.

—Eeeehh, creo que no. Gracias —más risas—. Tengo un aspecto horrible, completamente desnuda y con los pelos

alborotados. Además apenas he sacado la cabeza de la vasija, no he dejado de vomitar.

—Razón de más, yo te cuidaré —se ofreció.

—Gracias... eeh... Leo. Pero prefiero que ninguna persona del sexo masculino me vea en estas penosas circunstancias —reí—. Tengo que dejarte, creo que voy a volver a vomitar.

—Que seductor —rio— Llámame y tomamos algo, ¿un café quizás? Yo invito, por haberte dejado que te pegaras a vaciarme medio bar sin impedírtelo.

—Lo pensaré.

Colgué el teléfono y después de pasar a vomitar de nuevo me senté con una sonrisa tonta en los labios. Sinceramente no me esperaba que me llamase, estaba bien causar algo de sensación.

Una ducha y un lavado de dientes después, tras tomarme una manzanilla y colocarme uno de mis pijamas infantiles, me encontraba bastante mejor, necesitaba tumbarme un rato, pero antes cambié las sábanas que apestaban a bilis.

Apenas acababa de apoyar la cabeza en la almohada cuando sonó el timbre. Recé todo lo que sabía hasta llegar a la puerta para que no fuera Héctor, aunque tenía mucho mejor aspecto que hace algo más de media hora, todavía no había pensado en cómo hablar con él y muchísimo menos había decidido si haríamos las paces o no. Además no quería que conociese toda la gama de pijamas que tenía antes de poder acostarme con él.

Abrí la puerta y todo atisbo de sonrisa se derrumbó, me costó reconocerle con aquel esmoquin, pero sin duda era él. Tenía un aspecto horrible, pero solo debido a las copas, pues su cuerpo seguía siendo tan estupendo como cuando salíamos juntos. Marcos

estaba apoyado en la barandilla de la entrada y por un momento pensé que iba a vomitar. Hacía más de un año que no veía al *cuernífero* e ignoraba cuáles eran sus intenciones.

Escuché a Denisse gruñir desde la habitación.

—Mierda, entre el teléfono y la puerta no se puede dormir en este manicomio —se levantó y fue directa al baño sin pararse a mirar quién había llamado a la puerta.

—¿Qué haces aquí? —pregunté cuando recuperé el habla.

—Quería verte, gatita —odiaba que me llamase gatita, aunque en un tiempo lo vi de lo más cursi y romántico—. ¡Feliz año nuevo! —vociferó.

—Haz el favor de bajar la voz. No quiero verte.

—¿No me vas a dejar entrar? —ronroneó intentando acercarse a abrazarme, pude apartarme a tiempo y tenía mi rodilla preparada para un buen golpe por si volvía a intentarlo.

—¿Dónde está la arpía esa con la que sales?

—¿Sonia? Aggg —dijo haciéndome una señal con la mano, como si fuera agua pasada—. No era más que eso, una arpía.

—Marcos, por favor, vete a casa —Denisse oyó ese nombre y se asomó a la puerta.

—¡Dios mío! ¿Pero qué clase de imán atrae capullos tienes en el culo? —dijo dirigiéndose a mí.

Me encogí de hombros, no tenía ni idea de qué podía haber hecho yo tan malo en mi anterior vida, para merecer toda aquella mierda.

—¡No quiero irme! —gritó y le cerré la puerta en las narices.

No tenía ganas de aguantar aquello, no estaba dispuesta. Quizás si me hubiera ocurrido hacía tan solo unos cuatro o cinco



meses le hubiera suplicado que entrase a mi casa y a mi cama, pero no en aquel momento.

—Bien hecho, preciosa —Denisse se acercó y besó mi frente —. Me vuelvo a la cama, estoy reventada.

Sonó el timbre de nuevo ¡Otra vez! Pero qué clase de pesadilla era ésta. Abrí de golpe a punto de soltar un grito cuando vi a Héctor en mi puerta, con un ramo de preciosas rosas rojas mirando a Marcos, que estaba tirado en el suelo, con auténtica cara de incógnita.

Ya está, creo que le quedaban pocos pijamas por verme puestos. Le sonreí y le hice pasar.

—Es una larga historia... bueno, en realidad no. El *cuernífero* ha bebido demasiado y supongo que quería echar un revolcón antes de caer dormido por la cantidad de alcohol que ha tomado —Héctor rio.

—Ya decía yo que no se me parecía en nada al camarero del bar —bromeó mientras me guiñaba un ojo.

—Ah, no. Con él he quedado más tarde —se le apagó la sonrisa y seguí hablando—. Me ha llamado esta mañana muy preocupado por mí. Me dijo algo sobre que mi ligue no había dudado en abalanzarse a una rubia explosiva en cuanto salí por la puerta y que se veía en la obligación de invitarme a un café por no haber impedido que me cogiera tal mazurca.

Me carcajeé al ver que se había quedado pálido. Rocé mis labios con los suyos y cerré la puerta y le quité las rosas de las manos, dirigiéndome a la cocina para ponerlas en agua. Me siguió, intentando hacerme cosquillas por el camino y me puse a preparar café. Al fin y al cabo, ya no podría volver a acostarme.

Denisse se levantó al oír las risas y se asomó a la cocina.

—Grrr... ¡estupendo! —cogió algo de la nevera y soltó la puerta salvajemente, dirigiéndose al sofá del salón.

—¿Por qué me odia tanto Denisse? —me preguntó con curiosidad Héctor.

—Por la tarántula venenosa —sonreí.

—¡Eso sucedió hace mil años! —protestó cruzándose de brazos.

—Pero fue una putada.

—Tendré que conquistarla primero a ella, para poder estar contigo —dijo abrazándome por detrás y besando mi cuello, haciendo que un escalofrío recorriera mi espalda.

—Bah, se le pasará en cuanto vea que empiezas a hacerme feliz —contesté mientras me giraba para besar sus labios.

—Te quiero, Gea —mi estómago se lanzó a disparar fuegos artificiales que recorrieron todo mi cuerpo en un escalofrío incontrolable.

—No me mientas, pequeño *Hellboy*. Apenas has tenido tiempo para cogerme algo de cariño —protesté.

—¿*Hellboy*? —Rio—. ¿Cómo que *Hellboy*?

—Tienes muy mal genio, ¿sabes?

—Eh... lo siento, cielo —murmuró.

Asentí y me besó, regalándome las caricias de aquel piercing que hacía que me volviese loca. Fue el beso más largo y dulce que me había dado. Fue un momento mágico.

—¡Joder! ¡Dejad de morrearos! —Gritó Denisse—. Desde aquí puedo oír vuestras babas. ¡Qué asco! —los dos reímos y fuimos hasta el salón con ella.

—Oye, Denisse, al final le vas a tener que perdonar. Yo ya lo he hecho —Héctor la miró con ojitos de cordero degollado—. Ha pasado mucho tiempo y ya no somos unos críos.

—De eso nada —Denisse cruzó los brazos encima de su pecho y los morros le llegaron al piso.

—Prometo no huir detrás de ninguna tarántula venenosa —declaró Héctor con el tono de voz más dulce que le había escuchado en la vida, con una mano en el pecho y la otra levantada a modo de juramento—. Anda, no soy tan malo —fue hasta la cocina y cogió dos rosas rojas del ramo y se las llevó a Denisse—. Toma, son para ti.

—¡Eh! —le di un pequeño golpecillo mientras me reía—. Ese ramo es mío —Denisse sonrió.

—Está bien, te daré una oportunidad. Pero a la primera lágrima que vea en los ojos de Gea, te cortaré los huevos —susurró esto último y los tres nos reímos.

En ese momento entraron Alicia y Samuel. Al parecer Marcos seguía en el suelo de la entrada de mi casa. Samuel que intentó despertarlo sin éxito, sacó un vaso de agua que le tiró a la cara.

—Anda, chaval. Coge un taxi y vete a casa —le dijo.

Marcos miró alrededor, como si no supiera donde estaba. De pronto reconoció la casa y a mí, abrazada por mi dios griego. Se sonrojó y se dio la vuelta para subir al taxi que acababa de pararle Samuel.

—Perdón —dijo antes de subirse.

Todos reímos.

## Capítulo 18

Deseaba quedarme a solas con Héctor. Llevábamos tonteando casi desde principios de verano y estaba harta de tantas dudas e inseguridad. La verdad es que quería darle una oportunidad a aquello. Héctor me gustaba, su sonrisa me cautivaba y me hacía sentir como una princesa (cuando no me estaba gritando como un poseso por haber secuestrado a su hermana y a su sobrina).

Me encantaba cada parte de su cuerpo, y sus lindos ojos verdosos me cautivaban. Sus labios me embriagaban.

—Bueno, Denisse. Por qué no nos enseñas a Samuel y a mí ese piso tan estupendo dónde te has mudado con Robert, no hay nada que nos apetezca más en este momento —sugirió Alicia, leyéndome el pensamiento.

—¿De verdad vamos a dejarlos solos? —protestó mi amiga. Alicia sonrió dándole un codazo a Denisse para que reaccionara.

—Denisse, Robert te está esperando, anoche no volviste a casa, ¿recuerdas? Pensará que te has ido con un cualquiera por ahí —insistió Alicia.

Sonreí. Héctor y yo esperamos con paciencia abrazados en mi sofá mirando el televisor en lo que mis amigos se duchaban y se cambiaban de ropa.

Realmente yo no prestaba atención a aquella caja tonta, estaba en mi propia Luna rememorando todas y cada una de las fantasías que había tenido con Héctor. Mientras él acariciaba mi pelo y supongo que estaba en su propio planeta, no parecía estar haciéndole mucho caso tampoco al programa que estaban poniendo.

—Eh, Samuel —dijo Héctor—. Si me entero de que tu hermano hace llorar a mi hermana, le escacharé la cabeza y haré que le salgan los sesos por los oídos —Reí y le di un codazo.

—¿Cómo narices terminaron saliendo juntos? —pregunté. Aún no me explicaba como aquella angelical criaturilla, tímida y rezagada que no le había hecho el menor caso a Mario la primera vez que se vieron, podía haberlo conquistado tan deprisa sin yo haberme enterado.

—El día después de Navidad, Graz fue a dar un paseo con Daiara al parque y se lo encontró por casualidad. Empezaron a hablar, sé que se besaron y si no fuera porque estaba presente la renacuaja, no sé qué otras cosas le hubiera hecho aquel pervertido a mi hermana —me explicó riendo. Samuel también rio tirándole un cojín para callarle.

—No ha habido quien soporte a Mario en toda la semana. Hasta que por fin se decidió a pedirle que saliesen juntos en Nochevieja. Tranquilo —se dirigió a Héctor—. Es un buen chico, tiene buenas intenciones.

—Lo sé.

Alicia, Samuel y Denisse se despidieron y me empecé a poner de los nervios, así que me levanté del sofá, donde no aguantaba un minuto más sentada y me dirigí a la cocina para lavar un par de platos sucios que quedaban en el fregadero. De repente me sentí como una quinceañera avergonzada, me estaba dando un pánico terrible quedarme con Héctor a solas.

—¿Te ayudo a recoger? —él había acompañado a mis amigos a la salida y ahora estaba en la cocina, apoyado al marco de la puerta, mientras me devoraba con la mirada.

—No, tranquilo. Enseguida acabo —se acercó por detrás y me abrazó. Me besó el cuello y se me erizaron todos los poros de la piel.

—Tranquila, Gea. No pienso irme de aquí, no tengo prisa. Pero si quieres podemos poner el lavaplatos —sugirió riéndose, sabiendo en todo momento cual era mi temor.

Solté el plato que tenía en las manos y cogí un trapo que había al lado del fregadero para secarme las manos antes de darme la vuelta. Héctor olía a esa mezcla que me encantaba, a recién duchado, con algún perfume que estaba hecho para volver loca a las jóvenes con las hormonas revolucionadas como yo. Acaricié su cara y besé sus labios.

Héctor me quitó el trapo de las manos y me cogió de la cintura, sin dejar de besarme casi me arrastró por el pasillo hasta el dormitorio. Me costaba respirar, hacía mucho que no tenía la oportunidad de desahogar mis deseos y empecé a temblar, como si no lo hubiese hecho en la vida.

—Tranquila, princesa —Héctor se me quedó mirando a los ojos un rato antes de besarme nuevamente.

Agarró mi camiseta tirando de ella con suavidad, disfrutando de las caricias de la prenda en el recorrido por mi cuerpo y bajó mis pantalones, dejándome frente a él en ropa interior. Su mirada de deseo tiñó mis mejillas de rojo, sin embargo, no me cubrí. Lo único que quería en aquel instante era disfrutar de sus caricias. Me quité el sujetador y Héctor gruñó acercándose a mí de nuevo.

Mi pecho se irguió con los pezones erectos, los cuales besó, mordió y succionó, pasando el piercing por la zona. Gemí de placer

y de anticipación cuando me empujó con suavidad hasta llevarme a la cama, donde le ayudé a desprenderse de su ropa.

Sus besos recorrieron toda mi piel y se hundieron en mi sexo caliente, devorándome, haciéndome gemir y mover las caderas con desesperación, cuando mis piernas comenzaron a tensarse subió hasta mis labios, haciéndome probar mi propio sabor y entrando dentro de mí, penetrándome despacio y profundamente, moviéndose despacio. Salía del todo y volvía a entrar, llenándome por completo y cuando no soportamos más la tortura del juego, me agarró los muslos en alto y se movió con rapidez provocando que me fundiera en un clímax bestial y segundos más tarde lo hiciera él.

Sentí que lo amaba, que quería a aquel dios griego, al *Hellboy* de las narices... había robado mi corazón, solo que esta vez esperaba que se lo quedara para siempre.

—Te quiero, pequeña bruja —murmuró tras recuperar el aliento.

—Te quiero, Toto.

Se rio mientras me hacía cosquillas y me acercaba de nuevo a él, colocándome encima suyo para poder hacernos de nuevo el amor. Sentí que aquel hombre iba a hacerme feliz, y que al fin y al cabo, yo también podía hacerlo feliz a él.

Dos meses más tarde Alicia anunció que se iba a vivir con Samuel y Graz no quiso volver a mi casa por nada del mundo. Así que Héctor, para que yo no me sintiese sola, cogió dos o tres cosas de su casa (exactamente diez cajas de trastos y tres maletas repletas de ropa), dispuesto a hacerme compañía... los próximos cien años a ser posible.

FIN



## Biografía



Me llamo Raquel Antúnez, nací en 1981 y vivo en Gran Canaria junto a mi marido y mis dos niños. Soy madre y trabajadora dentro y fuera de casa y por encima de todo soy escritora, básicamente porque lo necesito como respirar. Hay quién requiere horas de gimnasio, una tarde de tele basura o una cerveza en una terraza para despejar la mente, yo necesito teclear.

Escribir a formado parte de mí toda la vida, cuando intento recordar qué fue lo primero que escribí, soy incapaz, porque siempre, siempre, tengo recuerdos ligados a los libros, los bolis, las libretas, las cartas, los folios garabateados, los archivos de

ordenador en los que me explayaba tecleando. Siempre. Es la mejor palabra que se me ocurre relacionada con mi relación con la escritura y literatura en general.

Ha habido muchas historias, algunas de ellas las guardo con cariño (iba a decir en un viejo cajón, porque suena muy romántico, pero la verdad es que lo guardo en el ordenador y en cientos de copias de seguridad por ahí).



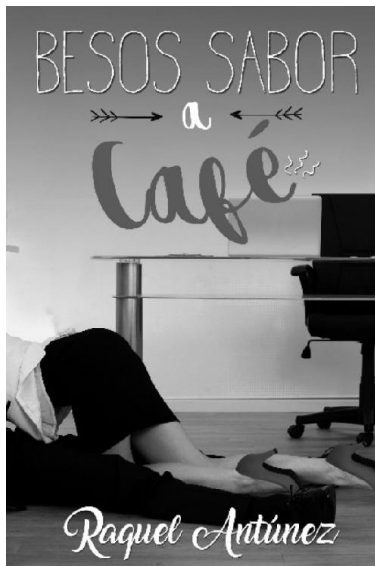
Un día me atreví a teclear una comedia romántica muy cortita que autopubliqué y que fue el principio en esto de Amazon: Las tarántulas venenosas no siempre devoran a los dioses griegos. 2011 fue el año de mi despegue, sin saber a qué me enfrentaba y sin tener idea de nada. Esta novela se ha publicado también en portugués unos años más tarde.



Siempre me ha gustado experimentar con las letras, con los géneros, con los subgéneros y un día me vi tecleando una historia en la que el misterio y el erotismo se entremezclaba en sus páginas, dando como fruto Redes de Pasión, publicada con el sello Tombooktu de Ediciones Nowtilus, con esta novela fui nominada a mejor autora revelación y mejor novela chick lit en 2012 por la web Premios Chick Lit España.

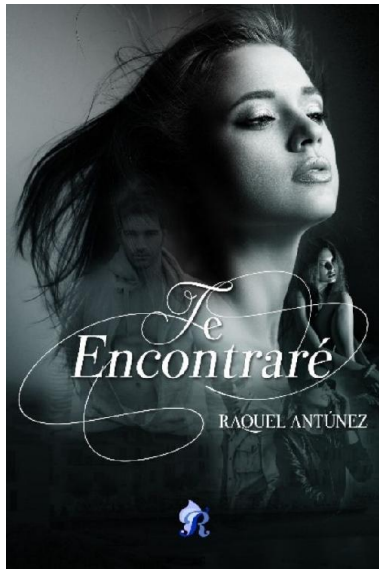


En 2014 volví a la comedia romántica, esta vez de la editorial Alentia Ediciones, con la novela ¡A otra con ese cuento! Que repitió nominación a mejor novela chick lit en ese año. A la finalización del contrato de edición autopubliqué la novela en Amazon. Esta novela está publicada también en italiano.



En 2016 volví a la autopublicación con Besos sabor a café, una novela

romántico-erótica que se ha mantenido a lo largo del tiempo en el top ventas dentro de su género en Amazon. La novela fue publicada también en inglés e italiano en todas las plataformas digitales.



Más tarde me lancé de lleno al thriller romántico con *Te encontraré*, novela que quedó finalista del I Premio de Novela Romántica de la editorial Romantic Ediciones y fue publicada por la misma editorial en abril de 2017.



En diciembre de 2017 publiqué *Tropezando en el amor*, una novela romántica contemporánea con pinceladas eróticas, publicada por Ediciones Besos de papel.

En junio de 2018, me atrevo con este reto: el libro de relatos *Amor, sexo y otras movidas*. Una antología de relatos románticos que autopublico en Amazon.



[RaquelAntunezC](#)



[Rqantunez](#)



[Raquel Antunez](#)

Búscame en las  
redes sociales:

